YOANN IACONO
El violín de Goebbels
¿Puede un regalo
cambiar para siempre
el destino de una persona?
NOVELA
DUOMO
NEFELIBATA

YOANN IACONO

El violín de Goebbels

Traducción de Josep Escarré

Duomo ediciones
Barcelona, 2022

Índice

Portada
El violín de Goebbels
Fantasías
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
Fugas
15
16
17
18
19
20
Persecuciones
21
22
23
24
25
26
Pantomimas
27
28
29
30
31
32
33
34
35
Final
Agradecimientos
Notas
Créditos

Para Sigrid y nuestra adorada hija Adèle

«Si la realidad supera la ficción es porque la ficción debe seguir siendo creíble, no la realidad».

Mark Twain, Viaje alrededor del mundo, siguiendo el ecuador, 1897

«Encubrimiento: acción de ocultar, retener o transmitir algo sabiendo que proviene de un crimen o de un delito. También constituye encubrimiento el hecho, con conocimiento de causa, de beneficiarse a cualquier precio de un crimen o de un delito. La condena por encubrimiento es de cinco años de cárcel».

Artículo 321-1 del Código Penal francés

«No esperéis al juicio final. Se celebra todos los días».

Albert Camus, La caída, 1956

Antes de recibir ese paquete no había vuelto a pensar en esta historia. Fue hace unos días, un sábado por la mañana, en mi apartamento de la rue Auguste Comte de París. Estaba tocando la trompeta frente a la ventana del salón —Almost blue, de Chet Baker— mientras observaba a dos niños que se perseguían alrededor de la estatua de Charles Baudelaire, en los Jardines de Luxemburgo. Tras golpear varias veces la puerta de forma bastante violenta, un mensajero me dio un recibo para que lo firmara y me entregó un voluminoso envío procedente de Japón.

Lo abrí meticulosamente, como si se tratara de un paquete bomba, y vi que contenía cuatro cuadernos escritos en kanji japonés en papel washi tradicional, con tapas ornamentadas en azul y oro. La nota que los acompañaba decía:

> Una periodista de The New York Times intenta encontrarme. Está claro que esos rumores sobre mi violín no cesarán jamás. Lo metí en la caja fuerte gris y fría de mi banco de Tokio, de donde no saldrá hasta que mi sobrino lo herede cuando yo muera. Estos son mis cuadernos personales; dejo que sea usted quien decida lo que conviene hacer con ellos.

La mujer que me escribe se llama Nejiko Suwa. Tiene ochenta y dos años y es la violinista más famosa de Japón. En Francia no la conoce nadie.

He entrado en su vida, me he pasado años siguiéndola; quería investigar sobre ella, sobre su violín. Pero hasta ahora, cuando por fin tengo sus cuadernos en mi poder, me había resignado a vivir con su fantasma. He intentado tejer los pocos hilos que había tardado tanto tiempo en reunir. Pero solo soy un trompetista de jazz y el lenguaje de las palabras me es ajeno; solo la música me habla.

Ahora que Nejiko Suwa me ha dado su la —o, mejor dicho, su ma —, puedo tratar de componer con sus palabras, a mi manera.

París, 3 de agosto de 2002

Fantasías

París, 1943-1944

1

La historia empieza en Alemania el 22 de febrero de 1943, veinte días después de la caída de Stalingrado. Esa mañana, Sophie Scholl, de veintiún años, es guillotinada en Múnich junto con su hermano por haber repartido folletos en la universidad haciendo un llamamiento a la resistencia contra Hitler. Por la noche, en Berlín, el ministro de Educación del Pueblo y de Propaganda del Reich, Joseph Goebbels, le regala un violín Stradivarius a Nejiko Suwa, una joven virtuosa japonesa.

Muchos oficiales nazis, soldados y el embajador japonés en Alemania, Hiroshi Oshima, asisten a la escena de la entrega del violín. Todos se congratulan por esta ceremonia que cimentará la alianza entre las dos naciones. El champán corre a raudales, las lámparas de araña brillan en honor a la grandeza del Reich y de su Führer. En la calle, el caos: gritos de desesperación por todas partes, cuerpos destrozados, heridas que se infectan y puños y botas que golpean.

Esa noche, en el diario que escribió regularmente desde 1923 hasta su último día en el búnker, Goebbels anotó: «La famosa violinista japonesa Nejiko Suwa ha interpretado para nosotros un concierto de Grieg y algunas magníficas composiciones breves con una técnica soberbia y un gran talento artístico. Oshima, que ha triunfado con esta recepción, estaba encantado. Como regalo, le he ofrecido a la joven Nejiko un violín Stradivarius. Viendo cómo toca, el instrumento está en muy buenas manos».

Entre toda esta pequeña multitud, el más feliz es el más discreto: Herbert Gerigk. Esta velada es obra suya, la consagración de su trabajo al servicio del Reich. Ha escrito el discurso de Goebbels sobre la música y ha traído el Stradivarius desde Francia. Musicólogo, antiguo jefe de la sección musical del Partido Nazi, es el director de la Sonderstab Musik, una unidad especial del Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg que confisca todas las propiedades valiosas de los judíos y las envía a Alemania. A lo largo de dos años, en la Francia ocupada, ha saqueado treinta y cuatro mil quinientas casas y pisos judíos y ha confiscado miles de muebles, cuadros y un único Stradivarius.

Dicen que los violines tienen alma. Los lutieres siempre hablan en voz baja de esa pieza de madera de abeto que se coloca dentro de la caja de resonancia, situada a unos milímetros del pie derecho del puente.

El alma se coloca en el interior del instrumento cuando ya está terminado, con un posicionador de almas.

Antes de entregar el violín a la joven prodigio, el protocolo prevé un discurso de Goebbels sobre la música. «El pueblo alemán es el primer pueblo músico de la tierra —declara el ministro de Propaganda—. Hay que acabar con la música degenerada, la cacofonía antialemana producida por los negros y la judería. —Estruendo de aplausos—. Debemos otorgar nuestra preferencia a lo que expresa la alegría de vivir y no a esas partituras judaicamente lúgubres; y en cuanto al tempo, debe estar desprovisto de esos ritmos invertidos que caracterizan a las razas bárbaras y alimentan los instintos extranjeros en el pueblo alemán…».

Nejiko escucha sin prestar atención. No puede dejar de pensar en Mendelssohn: a ella no le parece «judaicamente lúgubre». Su tía Ana le enseñó a tocar el violín a partir de sus obras. ¿Cómo es posible no amar a Mendelssohn? ¿Cómo se puede calificar su música de degenerada?

El embajador Oshima asiente ostensiblemente con la cabeza; no se trata de música, sino de diplomacia. La cultura autoritaria e imperialista del Japón de la era Shōwa coincide en gran medida con la del régimen nazi. Cuando en 1943 el Reich extermina a decenas de miles de judíos deportados al son de las notas de Wagner, de Beethoven o incluso de Bach, el Imperio de Japón masacra al mismo tiempo a millares de chinos. Igual que la Gestapo, dos cuerpos militares japoneses, el Kempeitai y el Tokkeitai, siembran el terror en los territorios ocupados. Como en los campos de exterminio nazis, unidades especiales japonesas realizan experimentos con seres humanos. La más famosa es la Unidad 731, dirigida por Shiro Ishii: a cada detenido se le asigna un número a su llegada y pierde su condición de hombre. A estos conejillos de Indias humanos se les llama marutas, que en japonés significa «tronco de madera o leño», porque se supone que los campesinos del lugar creen que este campo es un gigantesco aserradero que suministra madera apilada. Esos troncos son humanos. Los experimentos están relacionados con el cólera, el tifus y la peste. Las mirillas instaladas en las puertas de acero permiten comprobar a los guardias el estado de los marutas encadenados. Ven extremidades podridas, trozos de hueso que sobresalen de la piel negra por la necrosis. Otros sudan, víctimas de una fiebre atroz, retorciéndose y gimiendo de dolor. Cuando un prisionero sobrevive a un experimento, es sometido a otro hasta que acaba muriendo. Se realizan vivisecciones y amputaciones. A algunos los hierven vivos o los queman con lanzallamas, mientras que a otros

les hacen transfusiones de sangre de caballo o los congelan y los desecan hasta que acaban reducidos a una quinta parte de su peso. Mátalo todo. Quémalo todo. Saquéalo todo. Es como una suerte de lema en el Japón de 1943. Podría ser perfectamente el de Hitler en Europa.

El discurso de Goebbels termina con vítores. Su talento como orador lo ha convertido en uno de los ministros más influyentes del Reich. Y es, también, el antisemita más encarnizado del régimen.

De pie, en primera fila, Gerigk saborea su victoria: ha convencido a Goebbels de que la música es el arte germánico por excelencia y de que debe ser el núcleo de la propaganda del régimen nazi, un arma al servicio de la esclavitud. ¿Acaso hay algo más servil que una orquesta, con su director, sus intérpretes, su docilidad, su cadencia, su compás? Gerigk es quien ha inspirado la adopción de la medida, por parte de la oficina central de seguridad del Reich, que autoriza la creación de orquestas —Lagerkapelle— en los campos de exterminio «para apaciguar a los prisioneros antes de ejecutarlos».

Gerigk se acerca a Goebbels para entregarle el preciado violín que ha traído personalmente de Francia. Goebbels le tiende el instrumento a Nejiko; ella, maravillada, contempla su majestuoso esplendor y los reflejos del brillante barniz sobre la madera centenaria de abeto rojo y arce.

A sus veintitrés años, Nejiko está resplandeciente. Un turbante de seda, un vestido tradicional japonés perfectamente ajustado, una amplia sonrisa. A todo el mundo le parece encantadora. Hay que decir que el hecho de haberle confiado un Stradivarius siendo tan joven es un inestimable privilegio. Un momento poco habitual en que una joven japonesa le estrecha la mano a Joseph Goebbels en Berlín.

Es la primera vez que ella se codea tan de cerca con un alto dignatario del Reich. Examina discretamente su singular apariencia y piensa en lo que le ha dicho su amiga Yoshiko: Joseph Goebbels no representa el ideal de la estética nazi. Es más bien bajo, tiene una nariz prominente, puntiaguda, y la tez bronceada; a los ojos de Nejiko, su físico mediterráneo lo hace menos frío, más accesible. Le han hecho la manicura, y el traje confeccionado a medida, de un elegante tejido, le da el aspecto de un caballero.

Como lo está observando de reojo, Nejiko no se da cuenta de un defecto en la pierna derecha de Goebbels, aunque para él es cualquier cosa menos una nimiedad. Se trata de la secuela de una desafortunada operación cuando solo tenía seis años, un pie zambo que lo obliga a utilizar permanentemente un aparato ortopédico. Lo disimula con

meticulosidad. Un día, Himmler lo vio cojear; pillado por sorpresa, Goebbels se puso nervioso y lo atribuyó a una herida de guerra. Una vergüenza para alguien que fue inhabilitado para el servicio militar debido a esta discapacidad, lo que le causó un obstinado complejo. Es una herida íntima y personal que va mucho más allá del mero dolor físico. Es un resentimiento que él expresa a su manera. Con un odio tenaz contra los judíos, los negros, los homosexuales, los católicos e, incluso, los enfermos como él, llegando al extremo de ordenar el rodaje de películas propagandísticas que justifiquen la eutanasia de esta clase de individuos, una carga para la nación.

Nejiko se da cuenta de que él también la está mirando. De forma insistente, con una sonrisa ávida. Incómoda, vuelve el rostro hacia la multitud de oficiales y periodistas. El ministro de Propaganda ha convertido esta velada en todo un acontecimiento. Su papel es crucial en el adoctrinamiento de las masas y los periodistas en favor de la causa nazi. Goebbels siempre ha sabido encontrar las imágenes para convencer a los demás. Gran parte de su carisma se basa en eso. Una noche que Hitler lo invitó para celebrar su cumpleaños, Goebbels le expuso su proyecto: «Lo ideal es que la prensa se manipule de una forma tan sutil que, en cierto modo, se convierta en una especie de piano que el Gobierno pueda tocar a placer». Es el preludio de la opresión.

2

Unas semanas después, Nejiko se instala en París, en el número 89 de la rue Saint-Louis-enl'Île. En aquel entonces, yo vivía en la otra orilla del Sena, en la rue du Faubourg Saint-Antoine, y ahora soy consciente de que faltó poco para que nuestras vidas se cruzaran antes, porque yo dejé el Conservatorio de París, donde me diplomé en trompeta, un año antes de que Nejiko ingresara en él para asistir a las clases del profesor Kamensky.

A través del intermediario de Gerigk, el Reich ha puesto a su disposición un enorme piso con chimenea, molduras y paredes tapizadas con elegantes motivos. Incluso hay un piano y una biblioteca de madera de castaño llena de novelas, partituras y libros de poesía. «Perteneció a un músico —le anunció con orgullo Gerigk—. Siéntase como en casa».

Esa noche, incapaz de conciliar el sueño, Nejiko está tumbada en la cama. Observa fijamente la diminuta llama de una vela que parpadea en la pared blanca de la habitación. El viento se cuela por la ventana entreabierta y hace temblar imperceptiblemente las cortinas de color azul celeste. Se recita a sí misma en voz baja los haikus de los grandes maestros japoneses que su madre le enseñó cuando era una niña. Susurrar estos breves poemas que celebran la ineludible evanescencia de la vida cotidiana le trae paz desde hace mucho tiempo.

Una luciérnaga En mi mano
— Luz fría

De pronto,
Pasa una sombra
— El viento

Con el viento de otoño,
Donde quiera que yo vaya,
— ¿hasta dónde ir?

Siente frío bajo la manta. Sin pensarlo, palpando el colchón con la mano, comprueba que el violín de Goebbels sigue ahí.
El año anterior, cuando el embajador Oshima le preguntó qué instrumento le gustaría tener, Nejiko respondió inmediatamente que un Stradivarius. En ningún momento se le ocurrió pensar que él tuviera en mente ofrecerle uno.

Su profesor, Boris Kamensky, le enseñó a tocar el violín con su propio Stradivarius. Un día, el maestro incluso le permitió tocarlo y fue entonces cuando Nejiko descubrió un sonido puro, aunque con mucho carácter, un sonido particularmente abierto en los agudos y generoso en los graves, una potencia asombrosa; un hechizo, en definitiva. El aura mítica de este instrumento conquistó a la joven, reforzada quizás por la leyenda que lo rodea: se dice que, en 1917, cuando tuvo que abandonar Rusia para huir a Francia, si hubieran obligado a Kamensky a elegir entre su esposa y su violín, habría elegido el violín.

Con un Stradivarius de su propiedad, Nejiko siempre mantiene los ojos bien abiertos. El menor ruido le hace aguzar el oído y la mantiene alerta durante largos minutos. Un crujido en las escaleras la inquieta. A la hora de acostarse siempre lleva a cabo el mismo ritual: después de haber atado el estuche a los barrotes de la cama con un fino alambre, lo desliza bajo las sábanas, junto a ella. Sin embargo, no tiene ningún motivo para preocuparse: Gerigk, de acuerdo con Oshima y Goebbels, ha ordenado que la vigilen discretamente.

En un principio, se había decidido que ni siquiera volvería a París. Después de la velada, que acabó con la entrega oficial en Berlín del Stradivarius por parte de Goebbels, el embajador Oshima habló a solas con Nejiko. Alto, de hombros anchos, rígido, tosco y en general de aspecto insondable, aquella noche parecía preocupado.

—Este instrumento es más que un simple estímulo para su inmenso talento. Simboliza la unión entre nuestros dos países, entre nuestros dos pueblos. Si lo perdiera o se lo robaran, sería una ofensa para el pueblo alemán. Una falta imperdonable que mancillaría el honor de toda la nación japonesa. Esta es la razón por la que le pido que abandone París y se instale aquí, en Berlín.

Nejiko frunció el ceño. Para ella era impensable abandonar París. Dejando a un lado su perfecto dominio del francés y su bajo nivel de alemán, la razón principal era que no soportaba al embajador, y mucho menos aún a Toyoko, su esposa. La verdad es que le parecían ariscos y aburridos. Sus veladas obedecían a tediosas convenciones sociales: proyecciones de películas de propaganda, recepciones para dignatarios nazis, encuentros con supuestos artistas, homenajes varios… Los hombres vestidos siempre con el uniforme del ejército imperial y las mujeres con kimono. En una carta a su madre, Nejiko escribe que «en raras ocasiones he visto personas tan desagradables como Oshima y su esposa» y asegura detestar sus conversaciones «pretenciosas y poco interesantes. En París —concluye—, Gerigk al menos me divierte, por mucho que sea un adulador incorregible».

* * *

Desconozco si Nejiko lo hizo a propósito, pero hay una foto, tan pequeña que cabe en la palma de la mano, que permaneció oculta entre dos páginas del primer cuaderno de su diario. Es de su adolescencia: en la imagen aparece sentada en un hostal del barrio de Shiba, con sus padres. En un primer plano, muy sonriente, está su tía rusa, Anna Bubnova-Ono, la violinista. La mujer que, años más tarde, enseñará música a la futura esposa de John Lennon, Yoko Ono.

En el reverso de la foto, una fecha escrita a mano: «Domingo, 2 de febrero de 1936».

Ese día llovía a cántaros y fue durante el desayuno cuando la tía Anna y el padre de Nejiko intentaron convencer a su madre de que la dejara proseguir sus estudios en Europa, en el seno de la escuela de violín franco-belga.

Nejiko transcribió la discusión en su diario. Recabo sus palabras para recomponer la escena:

—Es una niña prodigio —empieza a decir la tía Anna—, la futura mejor violinista japonesa de todos los tiempos. Mi amigo Kamensky, uno de los más célebres profesores del mundo, completará su formación en París. Más que una bobada, negarse a dejar que vaya a París sería un crimen contra el prestigio de la música japonesa.

En ese momento, Nejiko sueña con ir a Europa, aunque la perspectiva de estar lejos de su madre le provoca un nudo en el estómago. Es la culminación de todo su aprendizaje. De lo contrario, ¿por qué la obligaron a sostener un violín cuando tenía tres años? ¿Por qué la empujaron a trabajar ocho horas al día, primero con su tía y luego con el profesor Mogilevsky?

El silencio obstinado de su madre obliga a la tía Anna a dar más argumentos:

—Nejiko ha alcanzado tal nivel que el propio Mogilevsky dice que no encontraremos ningún profesor en Japón que pueda mejorarlo. Solo Kamensky, en París, hará que progrese. A los dieciséis años ya no es una niña. A su misma edad, yo hui de mi país y de Lenin para refugiarme aquí, y ya ves, aún sigo viva.

Aguardando hasta ese momento, el padre de Nejiko la emprende con su esposa:

—Mariko, hemos hecho muchos sacrificios para que Nejiko pudiera cumplir su sueño, y casi lo ha conseguido… Incluso ha aprendido francés. Y ya he devuelto los diez mil yenes que habíamos pedido prestados para comprarle el violín, por no hablar del gramófono importado de Europa para que pudiera escuchar a los más grandes…

—¿Estos son tus motivos? —lo interrumpe la madre—. ¿Quieres que se convierta en la mejor violinista de Japón para no tener que seguir gastando más dinero? ¿Estás pensando en ella o en ti?

Su madre se levanta de la mesa antes de terminar de desayunar. Es algo que atormenta a Nejiko, aunque no lo suficiente para que reconsidere su decisión.

* * *

Más adelante me enteré de que, en la época de esa foto, sus padres llevaban dos años separados. Ella tenía catorce cuando su relación se empezó a deteriorar. Tras un distanciamiento progresivo, la madre de Nejiko había descubierto que su esposo tenía una amante desde hacía muchos años. Se encadenaron reconciliaciones y distanciamientos, y a las reconciliaciones siguieron las rupturas, con escenas feroces. La agresividad de su padre afectó a Nejiko hasta el extremo de alertar a sus profesores de violín, que se inquietaron al comprobar que no progresaba.

Su madre acabó abandonando el hogar familiar en 1934 para instalarse con su hija cerca de la casa de la tía Anna, en el barrio de Mejiro.

Extraña pareja. Sí, extraña pareja la de Mariko y Junjiro Suwa, formada en ese intervalo de tiempo en el que Japón se abría al mundo. Los teatros de variedades florecían en Shinjuku, los estadios resonaban con los golpes de los bates de béisbol y las palabras «casino» y «charlestón» aparecieron en el vocabulario nipón. Una belle époque japonesa antes del retorno del nacionalismo y la guerra.

Hay encuentros felices. Y luego están los otros. Estoy convencido de que, si Mariko hubiera tenido de nuevo la posibilidad de elegir, de que si hubiera tenido que volver a hacerlo, pasaría de largo; ella, la muchacha llegada de las montañas, del pueblecito de Nikko, con sus vidas mezquinas, duras y miserables. Pero en Tokio, Mariko se entusiasmó. Todo iba tan deprisa. Los corazones, los cuerpos… Ya no había prohibiciones, miradas suspicaces ni susurros maliciosos. Solo la despreocupación de una capital en ebullición, donde todas las clases sociales se mezclaban sin excepción.

Fue allí, en una de esas veladas en un teatro de variedades, cuando conoció a su futuro marido, Junjiro Suwa: era un elegante médico, joven, hijo de buena familia, muy pulcro, de vasta cultura y también embriagado por la efervescencia de la época. Haciendo caso omiso de las convenciones, le propuso de inmediato que se casara con él. Sus testigos fueron el hermano de Junjiro y una conocida de Mariko. Ni

gritos de alegría, ni flores, ni abrazos; obviamente, ninguna de las dos familias quedó satisfecha con este enlace.

Quince años después del nacimiento de su única hija, se separaron. Atrapado por el peso de su tradición familiar, y sin duda también por un cierto egoísmo, el padre de Nejiko optó por repudiar a su mujer y buscarse a otra más acorde con su entorno.

¿Podría haber influido este tenso ambiente familiar en la decisión de Nejiko de proseguir su formación en Europa? En su diario guarda silencio al respecto. Y, en realidad, nunca me ha hablado de su familia.

* * *

Algunas semanas después de esa comida, Nejiko deja a su familia. Primero embarca con destino a Marsella y luego toma un tren hasta Berlín. De acuerdo con su madre, unos adultos velarán por ella durante la travesía.

A través de la naviera, Mariko contactó con una familia cuyo hijo, un atleta de élite, iba a participar en los Juegos Olímpicos de Berlín. Tomaron el té, cenaron tres veces juntos y, una vez establecida la confianza, el trato quedó sellado: los Nishida cuidarían de su hija durante todo el trayecto.

Cuando llega el día, una densa multitud se apiña en el muelle para despedir el navío. Sus padres están allí. El ambiente es triste. Tres breves sonidos rompen el clamor. Nejiko escucha tres do mayor. En ese momento se siente más presente en el entorno que la rodea. Lleva los zapatos nuevos de piel que le ha regalado su madre y su vestido de seda más bonito, el azul celeste, que le ciñe con firmeza las caderas y los pechos.

Sigue mirando fijamente a su madre, cuyo rostro revela una sonrisa forzada.

Nejiko contempla la ciudad que se intuye a lo lejos, se imagina por última vez en la diminuta sala del Conservatorio de Tokio y luego en su dormitorio, donde están los juguetes de su infancia y las medallas que ganó en los concursos musicales. Intenta ver más allá de la ciudad, piensa en las montañas nevadas en invierno, en los suntuosos paisajes de la campiña en verano, en los días sofocantes, en los prados, en los coros de los insectos, en el verde deslumbrante de los campos de arroz y en los juncos mecidos por el viento. Sus padres no son más que dos diminutos puntos oscuros, dos seres fragmentados.

3

Solista habitual, desde hace un tiempo, de la Orquesta Filarmónica de Berlín, Nejiko actúa con el Stradivarius que le regaló Goebbels en todos los países de la Europa en guerra.

En Alemania y Austria tiene el privilegio de tocar bajo la dirección de Wilhelm Furtwängler. Para ella es todo un logro, ya que el talento del director de la Berliner Philharmoniker es aclamado universalmente. La radio emite algunas grabaciones que Nejiko manda a sus padres: Beethoven —Obertura Coriolano, por supuesto—, pero también las sinfonías Quinta, Séptima y Novena, y luego Brahms, Schubert o incluso Sibelius.

Patriota alemán, aunque de espíritu libre e independiente, Furtwängler se niega obstinadamente a tocar en los países conquistados por la Wehrmacht: es su forma de protestar contra los nazis.

A Goebbels, que ejerce la tutela de la orquesta y un día demostró ante Hitler su entusiasmo por Furtwängler, el Führer le respondió secamente:

—Sí, he oído decir que algunos se quejan de su inconformismo. Pero dejemos que se hagan una pregunta: ¿aportan tanto como él a la grandeza de Alemania y a nuestra música? Su maestría supera a la de ese mequetrefe austríaco que tanto le gusta… ¿Cómo se llama? ¿Von Karajan?

En los países donde se niega a tocar, Furtwängler ha delegado la dirección de la orquesta en su fiel Hans Knappertsbusch. Es con él con quien actúa Nejiko en las principales capitales europeas: Copenhague, Estocolmo, Malmö, Oslo, Lisboa, Madrid, Budapest, Roma, Ginebra, París…

En sus cartas, Nejiko describe sus viajes por la Europa en guerra a su madre, a su tía Anna y, en raras ocasiones, a su padre. Les escribe desde los compartimentos del tren, los camarotes de los barcos, los diminutos escritorios de sus habitaciones de hotel o los camerinos, entre ensayos y conciertos. En sus líneas se dejan entrever sentimientos ambivalentes: el orgullo de llevar una gran vida, pero también el miedo, la impresión de haber usurpado el lugar de otra persona, la angustia ante el gélido recibimiento que le dispensan los demás músicos de la orquesta... Empecemos por el miedo. Los

primeros años de la guerra fueron de los más prósperos para la orquesta, pero en el invierno de 1943, en el caos de un mundo en pleno conflicto mundial, bajo los obuses y las bombas, en medio de edificios derrumbados y carreteras destrozadas, los viajes y las actuaciones de la orquesta filarmónica pueden calificarse, y cito textualmente, de «heroísmo». En Alemania, todos los conciertos se han adelantado a las seis de la tarde para que los espectadores puedan volver a casa antes del toque de queda, y ahora la ley obliga a que en cada programa musical se incluyan medidas de seguridad y qué hacer en caso de alerta aérea.

De entre todas las anécdotas que cuenta Nejiko en sus cartas, está la del día en que su tren fue detenido por un sabotaje de la vía, y las horas de espera que siguieron en el vagón expuesto a los bombarderos. Para mantener la calma, dice que utilizó una técnica que se remontaba a su infancia y que consiste en recitar una canción popular a modo de salmo. En este caso, Sakura («Flores de cerezo»):

> Flores de cerezo, flores de cerezo,
> cruzando el cielo primaveral,
> hasta donde alcanza la vista,
> ¿es niebla o son nubes?
> Perfume en el aire,
> ven ahora, vamos, vamos a ver, ¡por fin!

Nejiko conoce el miedo, pero lo que parece llevar peor son los celos que despierta en los demás miembros de la orquesta. Cuando escribe «celos», creo que se equivoca: yo diría que se trata más bien de resentimiento o de rechazo.

En Berlín, cuando recorría la ciudad devastada en su busca, me encontré con una de sus antiguas compañeras de orquesta, una violonchelista, la única que accedió a hablarme de ella. Sus duras y directas palabras se me quedaron grabadas en la memoria. Su desdeñoso modo de referirse a «ese reclutamiento político» y a todas esas voces murmurando que Goebbels había impuesto a Nejiko a Furtwängler porque este se había negado a participar en el concierto de celebración del cumpleaños del Führer.

Los tiempos tampoco carecían de sospecha. Al parecer, a Nejiko la nombraron tras la muerte del segundo violinista de la orquesta, Aloïs Ederer, fallecido durante un ataque aéreo inglés cuando regresaba de un concierto en Viena. «¿Cómo ser tan ingenuo hasta el punto de no entender que ese nombramiento era un símbolo orquestado desde las más altas instancias?», me dijo la violonchelista.

* * *

En el extranjero, las muestras de desaprobación hacia Furtwängler son cada vez más virulentas. En la prensa, intelectuales y músicos judíos se sorprenden de que un artista tan talentoso pueda comprometerse con los nazis. Aunque mantiene hábilmente las distancias, sobre todo mediante la programación musical, el mero hecho de seguir siendo director de la Filarmónica de Berlín resulta, para los editorialistas, una decisión inaceptable que compromete su responsabilidad moral. Aunque ciertamente Furtwängler siempre se ha opuesto a la expulsión de los músicos judíos de la orquesta, tampoco ha obtenido nunca lo que se proponía.

Aunque el director no lo demuestra, estas críticas lo estremecen sobremanera. Un día, Nejiko llega temprano a un ensayo en Berlín. Entra sin hacer ruido y lo encuentra solo en la sala, enfrascado en la lectura de su correspondencia. Furtwängler, que aún no la ha visto, parece furioso, eructa, arruga una carta hasta convertirla en una bola y luego la lanza con todas sus fuerzas contra la pared. Es entonces cuando ve a Nejiko. Vacila y, a continuación, se dirige a ella como si siguiera hablando consigo mismo:

—¿Tan complicado es entender que mi preocupación no es promover el régimen nazi, sino solo preservar la música alemana en la medida de lo posible? No puedo abandonar a mi país en su profunda miseria. Marcharse sería una huida vergonzosa. Después de todo, soy alemán, independientemente de lo que la gente pueda pensar de eso en el extranjero, y no me arrepiento de seguir dirigiendo esta orquesta para el pueblo alemán.

Cuando termina el ensayo, después de que Furtwängler haya abandonado la sala, Nejiko recupera discretamente la bola de papel y lee estas líneas:

> Querido señor Furtwängler:
>
> Muchos asiduos a los conciertos renunciarán al placer de escucharlo. Aunque lo consideramos uno de los más eminentes representantes de la música alemana, usted es al mismo tiempo símbolo de esta nación, cuya política amenaza seriamente nuestra cultura […]

Esa noche Nejiko escribe en su diario dos preguntas, dos buenas preguntas que se hará más adelante el tribunal encargado de juzgar el caso Furtwängler: «¿Qué daño hace al seguir componiendo obras musicales? ¿Cómo se le puede reprochar que componga música y dirija una orquesta?».

Unas semanas más tarde, Nejiko se encuentra con un artículo de la prensa alemana que denuncia la propaganda de los anglosajones. El periodista cita un extracto del Daily Sketch de Londres: «Actualmente,

los artistas y los políticos saben que la Berliner Philharmoniker no viene a nuestros países para defender la paz. Su arte sirve a los nazis, pero también al espionaje y a las actividades de la quinta columna […]». Comentario del periodista nazi: «Qué imaginación artística la de los ingleses creyendo que poner un violín en manos de un espía basta para convertirlo en un perfecto violinista de nivel. ¿Acaso el servicio secreto británico ha probado este método? ¡Esa debe ser la razón por la que no existe una orquesta británica de auténtica calidad!».

Nejiko no se toma los comentarios del Daily Sketch con el mismo sentido del humor. De repente es consciente de la dimensión política de la orquesta filarmónica. Acaba haciéndose las mismas preguntas que sus compañeros: ¿es solo la calidad de su interpretación lo que le ha valido su lugar en la Filarmónica o bien otras consideraciones menos confesables? ¿Qué papel jugó el regalo de Goebbels en su nombramiento como solista? Y, además, ¿no está ocupando ese sitio porque era necesario sustituir a toda costa a los talentosos artistas que se fueron o renunciaron, por no hablar de los rumores sobre los que desaparecieron?

A lo largo de su diario, sus preguntas se tiñen de remordimiento, luego de culpa, «el pato amargo de la duda, con sus labios de vermut».*

4

Los primeros días de Nejiko con su Stradivarius son de euforia. El objeto la maravilla. En cuanto abre el estuche, una inmensa sonrisa le ilumina el rostro. Permanece largos minutos contemplándolo, fascinada por la graciosa elegancia de la tabla armónica. Lo acaricia con extrema precaución, con la punta del dedo índice, rozando apenas la madera.

Con este instrumento ensamblado hace trescientos años, revisa gran parte de su repertorio: Mozart, Beethoven, Bach, Schubert e incluso Mendelssohn, que procura tocar con mucha delicadeza, con los ojos cerrados, como si la concentración la ayudara a deslizarse por la música prohibida para apreciar la sonoridad de su violín. Nejiko prueba su instrumento, lo experimenta, va de pianissimo a fortissimo y luego vuelve a pianissimo, rebasa sus límites, la parte superior de su cuerpo oscila, se inclina, fluye en todas las direcciones con un movimiento ágil y redondeado.

Oficialmente, cuando responde a los periodistas o cuando Oshima o Gerigk se lo preguntan, Nejiko siempre dice que la armonía entre ella y su violín es perfecta. Pero lo cierto es que la cosa no funciona. Al principio solo se abre a su confidente, la tía Anna. En una larga y enrevesada carta, le explica que, a diferencia del violín que tenía antes, sobre el que sus dedos giraban sin esfuerzo, este Stradivarius la bloquea: sus movimientos son menos vivos, menos precisos, como si el instrumento frenara el alcance de sus gestos.

«Este violín parece vivo —escribe—. Es imposible hacer que emita un sonido que no le apetece».

La respuesta que recibe unas semanas después la tranquiliza, aunque no la ayuda a resolver el problema.

Mi querida niña:

Todo es cuestión de tiempo. Poco a poco, tu violín y tú os vais a entender. Modula ligeramente tu interpretación para adaptarla a él. En cuanto al hecho de que está vivo, no lo dudo ni por un momento: imagi na todo lo que ha pasado durante todos estos años...

Debes enfrentarte a él con la conciencia de su madu rez; hazlo con modestia y humildad y todo se desa rrollará de forma natural.

* * *

El 30 de enero de 1944, un incidente trastorna a Nejiko. En su diario le dedica varias páginas. Durante una gira de la orquesta por Suiza, en pleno ensayo en el Victoria Hall de Ginebra, Hans Knappertsbusch interrumpe bruscamente a la orquesta y le ordena a Nejiko que, por favor, controle su violín para seguir el ritmo exigido, más lento. Ruborizada por la vergüenza y profundamente perturbada, Nejiko solo es capaz de murmurar unas pocas palabras en su defensa. Knappertsbusch solo escucha «mi violín...» y estalla, encolerizado:

—Me importa una mierda tu violín y todo lo que lo rodea. Aquí viajas en el mismo barco que todos los demás. Al menos aprende a respetar el tempo.

La humillación se ha convertido en una grieta profunda, en una fragilidad que nunca la abandona. Nejiko se ha sentido desenmascarada por ese impetuoso director de orquesta que se complace en provocar al régimen nazi. Con él, la maestría aplasta la estupidez. Knappertsbusch está mal visto por Goebbels, pero a él le trae sin cuidado. De manera categórica, ante las narices del ministro de Educación, Pueblo y Propaganda, a pesar de las leyes nazis, se niega sistemáticamente a tocar el Horst Wessel Lied, el himno oficial de las Secciones de Asalto. Además de considerar una lamentable necedad esta melodía inspirada en una ópera, su letra le saca de quicio, con la bandera izada y las filas muy apiñadas…

Esta bravata con Goebbels habría conmovido al mismísimo Hitler, pero Knappertsbusch es un electrón libre, un iconoclasta carismático protegido por Furtwängler. Un intocable que incluso se mofó de la propuesta de Goebbels de ofrecer a sus músicos instrumentos de gran valor:

—Señor ministro, la música no es como la guerra. A diferencia de sus Wunderwaffe, en nuestro campo no hay armas milagrosas. Solo los músicos tienen poder, no sus instrumentos.

Desde que Knappertsbusch la regañó en público, no pasa un día sin que Nejiko tenga todo tipo de pensamientos negativos.

«¿Estoy a la altura de este instrumento? ¿Soy digna de él?».

A veces se despierta sobresaltada, siempre por la misma pesadilla: sale al escenario, desliza el arco por las cuerdas y no pasa nada. Ningún sonido. No surge ninguna nota. En su sueño, la sala se impacienta y se ríe antes de empezar a abuchearla.

En esta época manda decenas de cartas desesperadas a su tía Anna. En ellas le cuenta repetidamente su sentimiento de desarraigo y su impotencia con el violín, a pesar de esos interminables ensayos que le han hecho reaparecer, como cuando era pequeña, una marca en forma

de pulgar bajo la barbilla.

¡La querida tía Anna! En los archivos rusos y japoneses hay mucha información sobre esta «madre de los violinistas japoneses» que obtuvo la medalla al mérito musical y pedagógico. Hija de una música y de un banquero perteneciente a la nobleza rusa, Anna Bubnova recibió una exhaustiva formación musical y se diplomó en el prestigioso Conservatorio de San Petersburgo. Tras convertirse en una reconocida violinista, conoció en Moscú a un estudiante de zoología japonés, Shunichi Ono, del que se enamoró. Después de casarse y de la revolución de 1917, decidieron huir a Japón, donde Shunichi se convirtió en un famoso zoólogo y también en traductor de literatura rusa.

Al principio, para estar ocupada, Anna fundó una escuela con el objetivo de dar a conocer la música europea a los niños japoneses. Ubicada en su casa y bautizada con el nombre de «Lulilo», esta escuela supera enseguida los límites de su salón y forma a generaciones enteras de jóvenes músicos, incluida Nejiko. En 1930, la muerte de su único hijo provoca que Anna y su esposo se separen. Ella se vuelca por completo en su vocación sin dejar de estar muy unida a Nejiko. Su hermana pintora, Varvara Bubnova, que había permanecido en Rusia hasta entonces, se une a ella y descubre a Nejiko un arte diferente a la música: la litografía.

Evidentemente, los orígenes rusos de su tía tuvieron una gran influencia en la capacidad de Nejiko para familiarizarse con el aprendizaje de un arte extranjero. Lo que parecía natural para Anna, consagrada desde la infancia al violín y a la música clásica, era terriblemente arduo para una niña de Extremo Oriente cuyo oído estaba familiarizado con una gama musical y un ritmo totalmente distintos. Su tía le repetía a menudo que aprender a tocar el violín era como dominar una lengua extranjera:

—La mejor manera de sumergirse en ella es escuchar sus sonidos y su ritmo, pero sobre todo saber leer su literatura en la lengua original.

La tía Anna, que dominaba perfectamente el japonés, además del ruso y el francés, sabía de lo que hablaba. Es ella quien empuja a Nejiko a aprender francés desde los trece años, sin duda ya con la idea de enviar a su sobrina a completar su formación con Kamensky en París.

Así pues, Nejiko, vestida con el uniforme de colegiala, pasa sus primeros años de formación con su tía. Anna se inspira en las normas pedagógicas del Conservatorio de San Petersburgo, cuya característica es conseguir que el gesto resulte lo más libre y natural posible. Le

enseña a Nejiko a dar primacía al brazo derecho. El arco debe guiarse de un modo riguroso, con el brazo relajado, como si estuviera suspendido en el aire: el omóplato debe estar libre y el hombro flexible, sin la menor tensión, desde el pelo hasta la punta de las uñas. A los siete años, Nejiko es capaz de interpretar El sueño de una noche de verano, de Mendelssohn, con un perfecto dominio de la técnica.

A los diez años, su tía considera que ha llegado el momento de ver a otro profesor. La manda junto a Nakajima Tazuruko, un joven simpático, alto y delgado, con la frente despejada, mesurado en sus movimientos, tranquilo y de buenos modales, vestido con elegancia. Metódico y preciso, Tazuruko concentra los ejercicios en el repertorio de Anton Dvorák, en particular el Concierto para violín, así como en Haydn y, de forma más inesperada para Nejiko, en Pergolesi.

Y cuando Tazuruko considera que ha terminado su trabajo con Nejiko, Alexander Mogilevsky toma el relevo. Con él se da por sentado que la técnica es lo primero. Nunca habla de interpretación e impone a Nejiko cientos de horas de escalas y ejercicios. En su diario, ella menciona este período como el más tedioso, «el más agotador y el menos agradable» que ha vivido. Pero también admite en una carta que su progreso técnico ha sido considerable, que ha aprendido a concentrarse en su propia ejecución, a no moverse, a ocultar sus emociones.

Una noche, al final de una lección, Mogilevsky le dice que ha concluido su trabajo con ella. No hay necesidad de que regrese al día siguiente. Le desea buena suerte y se despide como al final de cada clase. Este es el momento preciso en que la tía Anna pone en marcha su plan y logra convencer a la madre de Nejiko para que deje que su hija complete su formación en París.

Con Kamensky las cosas dan otro giro. El nuevo profesor anima a Nejiko a tocar como más le gusta y «con sentimiento». Continúa el trabajo con las escalas, aunque no más de una hora al día. Kamensky nunca dice lo que piensa; la única pista que tiene Nejiko es cuando le propone un ejercicio más difícil.

Una tarde de septiembre, poco antes de que Alemania invada Francia, Nejiko se atasca con el motivo de una pieza en la que llevan semanas trabajando. Kamensky niega con la cabeza.

—Vamos, vamos.

Luego interpreta la pieza él mismo. Nejiko se altera.

—¿Qué? —dice Kamensky, fingiendo preocupación—. ¿He tocado mal?

—Es muy bonito. Ojalá mis dedos en las cuerdas y mi brazo con el arco fueran como los suyos… Cuando interpreto, tengo la sensación de

que estoy tocando una pared, como si no pudiera torcer el cuerpo o relajarlo como hace usted...

Kamensky coloca su violín cerca del atril y, para sorpresa de Nejiko, la agarra paternalmente del brazo para llevarla hasta la ventana del salón del Conservatorio de París.

—Eso es bueno —dice—. Muy pocos músicos llegan al punto en que se dan cuenta de que hay una pared.

La intimidad física hace que Nejiko se sonroje. Ese gesto es poco habitual en su maestro. Da a entender que ha alcanzado un nuevo estatus.

—De modo que hay una pared —repite ella.

Kamensky guarda silencio durante varios minutos antes de continuar:

—Una vez allí, cada músico debe encontrar su propio camino. Ningún maestro puede enseñárselo.

Ante la confusión de Nejiko, él simplemente añade:

—El resto se te revela sin explicación. ¿Conoce a Spinoza? La mente y el cuerpo son uno y, en nuestro caso, son uno para interpretar y unir las notas en la música. Con el tiempo, todos nos volvemos místicos… Fíjese en mi Stradivarius: ya no lo separo de mi cuerpo y de mi mente. Están tan íntimamente unidos que me resultaría muy difícil decirle cuál de los tres me guía durante mi interpretación…

5

Los violines tienen alma, pero también tienen memoria. Memoria en un sentido literal: la madera vive, trabaja, graba los sonidos y las emociones. Los absorbe, se empapa de ellos, los integra, hasta el punto de que el instrumento se comporta de manera singular en una pieza interpretada en cientos de ocasiones. Los jóvenes músicos lo intuyen; sus maestros lo saben con certeza:

La memoria del Stradivarius se hace eco de lo que la tía Anna escribió a Nejiko, algo que la obsesiona. Una noche, poco antes de las doce, una idea le ilumina la mente. ¿Qué pasaría si le pidiera consejo a su antiguo maestro? Después de todo, Boris Kamensky debe de haber tenido problemas similares con su instrumento. Tal vez querría abrirse a ella y contarle el secreto para dominarlo, o al menos darle algunos consejos

Son las doce y media de la noche del 4 de febrero de 1944, pero Nejiko no se lo piensa ni un segundo. Ni siquiera se molesta en ponerse una prenda de más abrigo. En la calle hace un frío glacial. Recorre la rue Saint Louis-en-l'Île y cruza el Sena. Sobre el río, el viento se mezcla con la humedad y la hace tiritar. Unos cuantos soldados patrullan a lo lejos. Acelera el paso, avanza por el quai de la Tournelle, corre por la rue du Cardinal-Lemoine y gira a la derecha en el bulevar Saint-Germain, donde viven los Kamensky. A su alrededor todo está en silencio. Se encuentra alterada; su visión es borrosa. Apenas distingue las sombras y las luces de las farolas que jalonan el camino. Cuando llega frente a la mansión, llama frenéticamente.

Es la esposa del maestro, Ksenia Vladimirovna, una mujer majestuosa de rostro redondo, quien le abre la puerta totalmente atemorizada. Hay que decir que el aspecto de Nejiko da miedo, sobre todo a esta hora, vestida de un modo tan estrafalario, con los ojos desorbitados y la mirada de una loca. Si no la hubiera reconocido ya, Ksenia la habría tomado por una lunática. Unos segundos después aparece Kamensky; se ha vestido a toda prisa y lleva el bigote desaliñado. Está de mal humor: interrumpe a Nejiko, que ha empezado a hablar apresuradamente, y le dice que no son horas de visita. El toque de queda es a medianoche. Sin embargo, la muchacha se deshace en disculpas y consigue convencerlo de que se trata de un asunto de suma importancia. Kamensky la hace pasar al salón mientras Ksenia, en bata, les prepara un té.

Nejiko solo logra calmarse al mirar las ondas de vapor de agua

sobre la taza. Luego, tras respirar profundamente, inicia un largo monólogo sobre el origen del trastorno que la aqueja desde hace seis meses: «Profesor, ¿usted también tardó mucho en domesticar a su Stradivarius? Seguro que debe de existir una técnica, un remedio que me pueda ayudar».

Kamensky la escucha sin decir ni una palabra, perplejo. Cuando por fin ella deja de hablar, él guarda silencio durante varios minutos. Mirando al vacío, observa un patrón en las enormes cortinas de la sala de estar. La joven Nejiko ha progresado tan deprisa gracias a su entereza y a su aplicación en el trabajo. Coge su taza, bebe a pequeños sorbos y, al final, le dice en voz baja:

—Nejiko, ¿recuerda nuestras últimas sesiones de trabajo sobre los matices? ¿El suave y el fuerte? ¿El lento y el rápido? Cuanto más fuerte es el sonido, menos percibe el oído sus matices y sutilezas. Por el contrario, cuanto más bajo se toque, más aumenta la capacidad de separarlos.

Nejiko asiente sin decir nada y recuerda su asombro cuando Kamensky consiguió una música tan pura, tan sensible, dominando los matices.

—En una ocasión —continúa Kamensky— me dijo que le gustaría tocar como yo. ¿Se acuerda de lo que le respondí? Le dije que ese no era el objetivo. Que tendría una técnica tan buena como la mía, puede que incluso mejor, pero que luego todo sería una cuestión de sensibilidad. Está más allá de la música, Nejiko. Si ese violín se le resiste, entonces infórmese sobre su pasado, conózcalo… ¿Quiénes fueron sus anteriores dueños? ¿Cómo tocaban…? Un instrumento cuya vida pasada no se conoce solo se puede tocar con frialdad.

Nejiko escucha sus palabras sin comprenderlas. Le preocupa que el secreto la eluda. Un torrente de preguntas la abruma.

—Mi tía Anna me habló de ello, pero no lo entiendo muy bien, profesor. ¿Qué relación existe entre lo que el violín vivió en el pasado y yo?

—Cada instrumento, incluso el menos perfecto, vibra de cierta manera sobre una obra que ya ha hecho resonar. No solo conserva el ritmo y la velocidad con la que tocaba su anterior maestro, sino también los sentimientos que este le puso a su interpretación.

—Pero, entonces, ¿nunca podré imponerle mi propia música? ¿Mi propio sentimiento?

Por primera vez, Kamensky esboza una sonrisa.

—Conocer al anterior dueño debería serle útil. De lo contrario, solo depende de usted frenar ese muro que toca. No le impondrá nada a ese violín. Deben aprender a poner mutuamente a prueba sus almas.

Nejiko no se siente mucho más tranquila. Kamensky ya está de pie en medio del salón, listo para despedirla; ella retrasa el momento de levantarse. Al ver fluir los primeros sollozos en el rostro de la joven, Kamensky, compasivo, le recomienda que se reúna con su lutier-afinador en la rue de Rome, aunque parece arrepentirse de ello de inmediato.

—Dígale que va de mi parte. Y no le hable a nadie de él, sobre todo a ese famoso Gerigk.

6

En París, durante los primeros meses de 1944, la tensión se palpa en todas partes. Desde mi humilde condición, doy fe de ello. Formado por mi amigo Jean Vérines, con quien me sumé, antes de la guerra, a la Brigada Musical de los Guardianes de la Paz de la Prefectura de policía de París, me uní a la red de la Resistencia de Saint-Jacques. Desde nuestra sede principal en la plaza de la República, me encargo de planificar ataques con granadas a destacamentos del ejército alemán o a garajes y hoteles requisados por los nazis. Dedico todas mis energías a fabricar bombas caseras; la música ya no es ni siquiera un pasatiempo. No me atrevo a imaginar la presión que debió de ejercer Oshima para que Nejiko abandonara París.

Con el objeto de reforzar su deseo de quedarse a toda costa, Nejiko cuenta con dos apoyos de gran peso: Knappertsbusch y Gerigk. El primero por indiferencia: al no ensayar colectivamente antes de los conciertos, Knappertsbusch no ve inconveniente alguno en el hecho de que Nejiko viva en París entre las giras de la orquesta. El segundo por interés personal: con Nejiko en París, Gerigk puede establecer un vínculo directo con el embajador japonés que, según un insistente rumor, goza de la absoluta confianza de Hitler. Cada semana envía un telegrama a Oshima para darle noticias de Nejiko y tranquilizarlo sobre la situación en París.

Una noche, Gerigk insiste en llevar a Nejiko a la ceremonia de entrega de premios del primer concurso de música de Long-Thibaud. Aunque la idea no entusiasma a la joven, cuando se entera de que su amiga Michèle Auclair es la ganadora, acaba aceptando.

En el coche que los lleva al Teatro de los Campos Elíseos, Gerigk realiza un análisis de la situación internacional usando palabras encubiertas. Él no lo dice así, pero la Alemania nazi está a la defensiva en todos los frentes. La soga se está apretando. En el frente oriental, tras su victoria en Stalingrado, el Ejército Rojo avanza y ha recuperado el control de Leningrado desde enero. En el Atlántico, la flota alemana también parece estar bloqueada, hasta el punto de que se habla de un desembarco aliado.

Nejiko escucha el monólogo de Gerigk sin prestar atención. La guerra se la deja a los hombres como Oshima, Gerigk, Goebbels... Se ha convencido a sí misma de que toda ideología es básicamente imperialista, y nunca ha querido profundizar en el tema. Su guerra es

mucho más personal y obsesiva: domesticar a ese maldito violín. Conseguir que se doblegue, adiestrarlo, sojuzgarlo.

La impotencia sume a Nejiko en un permanente estado de melancolía que afecta a su humor, hasta el punto de que ya no puede disimular la soledad que la abruma. Necesitaría encontrar escenarios familiares, a su tía Anna, a personas con quienes pudiera compartir su angustia: pero aquí, en esta ciudad donde insiste en quedarse, no tiene a nadie con quien hablar.

Al otro lado del cristal trasero del coche, París desfila ante sus ojos: las fachadas de estilo Haussmann, los plátanos y los castaños sin hojas, los toldos de lona de los cafés, las luces que iluminan los bulevares y los cruces. Son las cinco y media; una noche glacial ha envuelto ya la ciudad. Un pesado silencio reina ahora en el interior del coche. El chófer conduce despacio; cruza el Sena por el puente de la Concordia, dejando atrás el edificio de la Asamblea Nacional, en el que ondea la bandera nazi. En el puente de la Concordia se han reforzado las medidas de seguridad frente al hotel Crillon, sede del gobernador militar de París y la Feldgendarmerie. El ambiente ha cambiado en toda la ciudad. Los soldados alemanes mueren asesinados en el corazón de París y los camiones militares se convierten en objetivos. Incluso Gerigk muestra un rostro más inexpresivo, más tenso que de costumbre. El miedo ha cambiado de bando.

El chófer se detiene frente al teatro. Vestidos con traje de gala, Gerigk y Nejiko entran en el majestuoso salón, donde los recibe el violinista Jacques Thibault, uno de los dos impulsores del evento. Les explica en tono afable que acaba de regresar de una gira por Alemania por mediación de Furtwängler. Algunos músicos evitan cuidadosamente al reducido grupo; hay que decir que pocos aprecian a Gerigk: un simple musicólogo, un teórico de la música, un artista fracasado que nunca sabrá tocar un instrumento. La música es una emoción, no algo mecánico. Gerigk solo es un mecánico musical. En el mejor de los casos, un perito contable. Hace inventario, clasifica, espía, enumera, denuncia y ordena, pero nunca será capaz de tocar.

En la escalinata, un poco más arriba, Nejiko ve a Michèle Auclair, la ganadora del primer premio de violín, la amiga con la que asistió a las clases de Kamensky en el Conservatorio de París en 1938. Se saludan, encantadas de reencontrarse:

—Mi enhorabuena por este premio, Michèle.

—¡Si hubieras participado, lo habrías ganado tú!

—No digas tonterías —responde Nejiko, riéndose—. ¿Recuerdas cuando el profesor Kamensky me volvió a enseñar a tocar el violín desde cero? ¡Me decía que ni mi postura ni mi forma de sostener el

instrumento eran correctas!

—Oh, sí, pero estabas tan decidida…

—Es cierto… Y aquí estoy otra vez, empezando de nuevo con ese violín que me han regalado… Aún no lo he dicho realmente, pero es una gran carga…

Al oír mencionar el Stradivarius, Michèle se queda en silencio un instante, como si buscara la mejor manera de formular los comentarios que está a punto de hacer. Asegurándose de que nadie pueda oírlas, susurra:

—No te fíes de Gerigk. Dicen que es el encargado de confiscar todos los instrumentos musicales de los judíos antes de que desaparezcan.

Nejiko escucha sin inmutarse, con el rostro inexpresivo.

—Mucho antes de la guerra —continúa Michèle— escribió un glosario de judíos en el mundo de la música. Ahora, esa lista sirve de base para perseguirlos.

Un torbellino de admiradores que aparecen para felicitarla se lleva a Michèle y Nejiko la pierde de vista.

Un poco más tarde se encuentra sentada en primera fila, al lado de Gerigk. Ella tiene veintitrés años y él treinta y ocho. Las palabras de su amiga aún resuenan en su cabeza. ¿Y si todos esos rumores fueran ciertos? El propio Knappertsbusch había insistido en que ningún músico aceptara donaciones de instrumentos del régimen. También están todos los cuchicheos de sus compañeros de la orquesta. Y ahora, su amiga Michèle Auclair… Un malestar se apodera de ella. Tenía grandes sueños de venir a París y todo está saliendo mal desde ese regalo de Goebbels. La desolación la invade. Cuando Michèle sube al escenario para interpretar el Concierto para violín en la mayor de Mozart, ella se inclina lentamente hacia Gerigk para susurrarle, del modo más despreocupado posible:

—¿Mi violín era de un judío?

Con la mirada fija en el escenario en el que se instala Michèle, Gerigk responde sin pestañear, fingiendo deleite:

—¡Qué imaginación tan desbordante tiene! ¡Debería escribir novelas, querida!

7

Prólogo de la cuarta edición del Diccionario de judíos en la música, bajo la dirección del doctor Herbert Gerigk, Ediciones Bernhard Hanefeld, 1944:

> Hemos conseguido purgar nuestra vida cultural y musical de todos los elementos judíos. Unas dispo siciones reglamentarias estrictas y claras han ase gurado que se prohíba a todos los judíos cualquier actuación, producción o publicación, y se les prive de cualquier autoría artística. Todos los composito res judíos tienen algo en común: observan la regla de su raza, cosa que los conduce indefectiblemente a perturbar las leyes de la armonía polifónica, por la que no sienten afinidad. Este glosario tiene una gran autoridad. No pretendemos perpetuar la obra de los judíos, sino todo lo contrario: permitir que se erradique todo rastro de ella en nuestra vida cultu ral e intelectual lo antes posible. Será largo y difícil, porque son maestros en el arte de la ilusión y es de temer que alguno haya logrado colarse por las rendi jas. ¡Estemos atentos!

Die Musik [La música], número de febrero de 1944, editorial del redactor jefe, Herbert Gerigk:

> Queda estrictamente prohibido interpretar cualquier forma de jazz americanizante u otra música que en tre abiertamente en conflicto con el patrimonio cul tural alemán. Esto también se aplica a cualquier ac tuación musical que transmita la degeneración a través de una música de fondo físicamente distorsio nada, canciones de moda decadentes o exhibiciones de bajo nivel.

Artículo del doctor Herbert Gerigk en Musik im Kriege [La música en tiempos de guerra], publicación periódica distribuida por la Oficina de la Música dirigida por Alfred Rosenberg (fragmentos):

> Arnold Schönberg: «Un hombre del saco de la músi ca, aficionado al nihilismo y la desintegración».
> Giacomo Meyerbeer: «Frivolidad, cinismo, erotismo».
> Jacques Offenbach: «Un mal compositor de opere tas».
> Carl Goldmark: «Enfoque superficial de todos los as pectos del estilo. Un cursi sobrevalorado».

«Informe de evaluación profesional de Herbert Gerigk», por Alfred Rosenberg:

> A lo largo de los años, el Dr. Gerigk ha demostrado una admirable perseverancia en la lucha contra las fuerzas subversivas que actúan en nuestra vida mu sical, contribuyendo a eliminar muchos obstáculos de cariz mental.

Siempre ha sabido preservar la co hesión entre la música y la ideología alemana, y su reconocimiento en el mundo musical es bien mere cido teniendo en cuenta la calidad de sus numerosas publicaciones.

8

Marzo de 1944. Los americanos avanzan visiblemente por el Pacífico. Con rumbo a las islas Marianas, la Marina de los Estados Unidos rodea y pone cerco a numerosos atolones y archipiélagos para convertirlos en aeródromos desde los cuales los B-59 pueden bombardear el Imperio del Sol Naciente. La situación de las tropas japonesas en las islas remotas es desesperada. El cuartel general imperial en Tokio los condena, prohibiéndoles rendirse: «No sobrevivan avergonzados como prisioneros. Mueran para no dejar tras de sí la ignominia». Los oficiales y soldados japoneses respetan las órdenes y llegan a recurrir al canibalismo para sobrevivir. En Nueva Guinea matan, descuartizan y se comen a la población local, así como a parte de los prisioneros de guerra americanos, a los que llaman «cerdos blancos», en referencia a los cerdos negros asiáticos, tan deliciosos cuando se doran en un asador. Los soldados japoneses asan las partes más consistentes, aquellas donde hay más carne, principalmente los muslos. Fríen hígados y cerebros humanos.

Al igual que el Imperio de Japón, Nejiko se encuentra mal. Está atormentada y físicamente demacrada. Ya no come. Un día, cuando la visita, Gerigk intenta animarla, contándole la historia de esos soldados solitarios y hambrientos.

—¡Al menos no arman tanto alboroto para alimentarse! —concluye lacónicamente con su tono moralizador.

Nejiko está en un pozo sin fondo; anula una tras otra sus giras con la Filarmónica, hasta el punto que sus ausencias llegan a oídos de Oshima, quien le envía un telegrama y luego un emisario. Oga Koshiro, consejero especial y hombre de confianza del embajador, asume esta extraña misión. Me lo imagino en ese hermoso día de marzo llegando de Berlín en tren. Conoce bien París, ya que trabajó en la ciudad durante algunos años antes de incorporarse a la embajada de Alemania. Desde la Gare de l'Est, toma la línea 5 del metro y se baja en la estación Arsenal. Comprueba la dirección que ha escrito en un papel y se dirige hacia el Sena, respirando profundamente el aire fresco.

Camina con paso tranquilo por el bulevar Enrique IV, bañado por el sol. En el puente de Sully, los reflejos de la luz sobre el Sena lo deslumbran. Finalmente, gira por la calle central de la manzana en la que vive Nejiko. Al llegar frente a su edificio, Oga Koshiro se toma su

tiempo para peinarse en el reflejo de un escaparate que está al lado y se dirige hacia el ascensor.

Irritada desde el principio por el mensaje del embajador, Nejiko está bastante intrigada por este misterioso consejero. El ruido de la puerta la alerta de su llegada y lo observa discretamente a través de la ventana mientras aún está en el patio. Es un hombre bastante apuesto, distinguido y elegante. Le parece que tiene la misma edad que Gerigk. Su atuendo es impecable: ni una arruga en la camisa azul, traje oscuro de un tejido delicado y corbata perfectamente anudada. Nejiko se ajusta su propio atuendo en el espejo de la entrada. Viste pantalones de franela y un holgado jersey rojo. Cuando el hombre llama, Nejiko tarda mucho en abrir la puerta con sus tres cerraduras.

Oga Koshiro se inclina delicadamente. Nejiko nota un sutil perfume que emana de su cuello, una mezcla de cedro y naranja, o eso cree. Ella le ruega que se siente en el salón. Él enseguida toma asiento en una de las dos butacas que están frente al sofá cubierto de terciopelo e inspecciona la sala mientras Nejiko prepara un té en la cocina equipada «con todas las comodidades modernas».

El piso es grande y está bien decorado: los tonos naranjas del suelo de parqué le dan un particular toque cálido. En las paredes, algunas partituras enmarcadas de Schubert y Chopin y una gran biblioteca acristalada que contiene muchos libros, quizás el doble de los que él tiene en Berlín. Algunos están en japonés, pero la mayoría en francés. En otra parte de la pared, un marco le llama tanto la atención a Koshiro que se levanta para examinarlo detenidamente.

De vuelta en el salón, Nejiko detecta su interés.

—No me atrevo a ser categórico, pero creo que se trata de una estampa con una impresión en seco en papel hosho grueso —dice Koshiro—. El monte Fuji está bellamente reproducido en ella. ¿Me permite preguntarle dónde encontró este grabado?

—Conocí a su autor, un austríaco llamado Fritz Capelari, que vivió mucho tiempo en Japón. Durante una gira con la orquesta filarmónica vino a saludarme al final de un concierto, en Viena, y me lo regaló. El nombre del grabado es El monte Fuji desde un campo desolado.

—Me atrevería a afirmar que este artista pertenece al movimiento shin hanga, una corriente que da un gran protagonismo a los paisajes y a las mujeres hermosas, señorita Suwa.

Nejiko se sonroja por el cumplido, pero continúa como si nada hubiera ocurrido.

—Fue la hermana de mi tía, Varvara Bubnova, pintora y litógrafa, quien me inició en este arte. Me alegro de que le guste esta estampa. El Fuji San siempre me ha parecido irresistible.

—Solo soy un aficionado. Ayudo a artistas de otro movimiento, los del sosaku hanga. Aunque el estilo es similar, abordan temas menos convencionales y dejan más espacio a la expresión individual.

—¿Está usted tan versado en música como en grabados, consejero?

—No, y le pido disculpas por ello… Aprecio la música, y todo su trabajo, que el embajador me ha hecho descubrir. En Berlín tuve varias oportunidades de asistir a conciertos de la orquesta filarmónica, pero, en lo que a la música se refiere, estoy como usted con este grabado: algunas melodías me parecen hermosas y otras menos agradables, sin poder ir más lejos en el análisis.

—No lo sienta. En el arte, las sensaciones y la intuición priman por encima del análisis.

—Sí, pero lamento muchísimo tener tan pocos conocimientos sobre un arte tan importante. ¡Por eso prefiero hablar de su biblioteca que de su repertorio musical!

Nejiko se ríe con ganas.

—Todo el mundo me habla continuamente de música, como si viviera solo para eso. La lectura es mi otro pasatiempo favorito. Ocupa mis momentos de soledad. En cuanto tengo tiempo libre, paseo a orillas del Sena y me detengo en cada puesto de libros de segunda mano. Cuesta no volver a casa cargada…

—Y yo que pensaba que tenía una buena biblioteca en Berlín... Con eso no puedo competir. Solo la de mi casa, en Kioto, está más abastecida.

—Si quiere le presento a mi librero favorito; siempre tiene algunos libros en japonés. Supongo que no ha viajado desde de Berlín para una hora…

—En realidad, me voy mañana, pero esta noche tengo una cena de negocios en el Lutetia con unos oficiales alemanes.

—Bueno, déjeme que lo lleve al Flore a comer y luego vamos a dar un paseo. ¡No me gustaría que le dijera al embajador que lo he recibido mal!

—Todo lo contrario, señorita Suwa… Acepto encantado la invitación. ¡Me alegra estar de vuelta en París con una compañía tan encantadora!

En el Flore, Nejiko pasa un rato muy agradable con Oga. Aunque es mayor que ella, le gusta. Le parece culto y divertido, refinado y delicado, muy diferente de los demás colaboradores de Oshima, siempre tan autoritarios y serviles. Atento, él le pregunta por su salud y en ningún momento intenta conseguir información sobre el violín. Aunque habla poco sobre sí mismo y se comporta con mucha discreción, Oga Koshiro le inspira confianza. Durante la comida

intercambian sus impresiones sobre la cultura francesa, como esa manía de saludar a desconocidos. Es imposible entrar en una panadería sin que otro cliente emita un atronador «Buenos días, señoras y señores…». Por no hablar de todos aquellos que se suenan la nariz en público o comen descaradamente en los transportes públicos. Y en lo que se refiere a esa costumbre tan francesa de llevar la contraria, consistente en dejar en ridículo al interlocutor, es una actitud que les resulta incomprensible...

Sin embargo, la literatura recupera el prestigio de lo francés. Nejiko evoca a Gustave Flaubert —La educación sentimental, Madame Bovary—, Guy de Maupassant —Bel Ami—, pero también a Julio Verne y Chateaubriand. Oga tuerce el gesto ante la mención de este apellido.

—¡Por supuesto! —responde ella, riendo—. Y me olvidaba de Victor Hugo. ¿Y usted? ¿Cuál llevaría siempre con usted?

Oga se toma unos segundos para reflexionar antes de recitar unos versos de Baudelaire:

> Cada flor se evapora cual un incensario.
> El violín vibra como un corazón afligido.
> ¡Vals melancólico y lánguido vértigo!

Oga se conmueve con esas palabras, pero Nejiko se le adelanta y paga la cuenta. En la calle, el tiempo es agradable, casi templado para esta estación. Antes de que Oga la acompañe hasta la entrada de su edificio, dan un paseo a orillas del Sena.

Nejiko casi olvida el ambiente asfixiante que se ha instalado en la ciudad. Le habla a Oga de sus primeros días en París, cuando llegó siete años atrás. Su asombro ante la Torre Eiffel, Notre-Dame, el Louvre, los Campos Elíseos, el puente Alejandro III, el Grand Palais... Apenas puso un pie en esta ciudad, «sintió que se había convertido en alguien», dice. Perdía el tiempo en el Jardin des Plantes, en los cafés, en los Grands Boulevards. Por la noche adquirió la costumbre de acudir al Max Linder, en el bulevar Poissonnière, sin temor a ir sola o en compañía de su amiga, la cantante japonesa Yoshiko, residente también en París. La guerra aún no había estallado. Con el toque de queda, ha reducido sus salidas. Ya no se atreve a salir sola con su violín. El año pasado solo vio una película, Adrien, un decepcionante vodevil que, por fortuna, se salva gracias a un actor especialmente divertido y conmovedor llamado Fernandel.

En este punto de la conversación, Oga y Nejiko llegan a la rue Saint-Louis-en-l'Île. Solo entonces él menciona el motivo de su viaje:

—Señorita Suwa, estamos preocupados por el giro que está tomando

la guerra en Europa y nos quedaríamos más tranquilos si regresara usted a Berlín. Al embajador le gustaría que me acompañara en el tren de regreso a la ciudad, aunque, por supuesto, no lo consideraré una ofensa personal por su parte si decide tomarse unos días para recapacitar…

Nejiko sonríe ante las últimas palabras de Oga, quien añade, aún en tono de broma:

—¡Con este sol tan brillante, he elegido el día equivocado para defender la causa de Berlín! ¡Todo ello sin haberle reconocido que la aviación inglesa no nos ha dejado en paz en los últimos meses! Pero prométame no mencionarle una palabra de esta conversación al embajador…

—No se preocupe, quedará entre nosotros —responde Nejiko, divertida.

Oga adopta un aire serio y pensativo en este momento.

—Sea prudente, Nejiko. Muy prudente. Los tiempos se están volviendo sombríos.

Nejiko guarda silencio antes de responder en voz baja:

—Tranquilice al embajador en mi nombre. El profesor Kamensky me aconsejó que acudiera a una persona que resolvería mis dificultades. El mero hecho de pensar en conocerla ya me hace sentir mucho mejor, como puede ver.

9

Finalmente, Nejiko decidió llamar a la puerta del lutier que Kamensky le había recomendado, el mismo que luego me proporcionaría tanta información decisiva para mi investigación.

Ese día se baja en Havre-Caumartin. Las calles están desiertas. Un velo de nubes se agarra al horizonte. Se apresura por la rue Caumartin, mientras aumenta la presión de la mano derecha sobre el asa del estuche del violín. Gira rápidamente por la estrecha rue de Provence y se da nerviosamente la vuelta para asegurarse de que nadie la sigue. Pasa por delante de la oficina de correos cerrada que hay en la esquina y toma la rue de Rome. Nejiko retrocede unas decenas de metros, se detiene, piensa que ha ido demasiado lejos, recula unos números antes de cambiar de opinión y retoma el camino hacia el otro lado hasta encontrarse finalmente frente a una enorme puerta de madera. Recupera el aliento y se seca el ligero sudor de la frente. Un breve movimiento de la cortina del segundo piso del edificio de enfrente la hace temblar. Entra corriendo y descubre un gran patio rectangular pavimentado, rodeado de edificios de piedra y ladrillo en ruinas. La planta baja la ocupan varios talleres de artesanos, algunos de los cuales parecen abandonados. Empieza a caer una fina lluvia. Las gotas, ligeras, impregnan el abrigo de lana negro de Nejiko. A través de una de las ventanas brilla una luz. Se acerca y llama suavemente a la puerta acristalada. Espera unos largos segundos antes de volver a llamar con más fuerza, hasta que la ventana y el marco de la puerta tiemblan. La cortina de lino blanco que oculta el interior se mueve imperceptiblemente; un anciano la observa. Viste un traje de terciopelo verde oscuro; tiene el pelo blanco y las cejas aún oscuras en parte. Decide abrir el pestillo.

El interior de la casa es un caos: apesta a cerrado y a cigarrillos, o quizás a pipa. El fino haz de luz que entra por una lucerna ilumina la estancia y hace girar lentamente el polvo en el aire denso. Hay un montón de instrumentos, madera puesta a secar, herramientas y partituras antiguas.

El anciano no es ni afable ni hospitalario. Es casi hostil. Apenas saluda a Nejiko. Impasible, le permite presentar la recomendación del profesor Kamensky y las razones de su visita. A Nejiko le late el corazón con violencia. Al no encontrar las palabras adecuadas para describir lo que le molesta de su violín, guarda largos e incómodos

silencios durante los cuales el lutier parece escuchar el ritmo de su respiración entrecortada, el tono de su aliento.

Lo que sucedió a continuación lo sé por el lutier. Cuando Nejiko rompe finalmente a llorar, él la invita a sentarse en un pequeño taburete, cerca de su banco de trabajo. Él coge otro y toma asiento frente a ella, en la oscuridad. Espera unos momentos a que ella se recupere y luego le pide permiso para llevarse su violín y estudiarlo. Cuando saca el instrumento de su estuche, con mucho cuidado, se le iluminan los ojos. Lo escudriña, le da la vuelta, lo acaricia, llega a olerlo incluso y acompaña cada uno de los lentos movimientos que impone al instrumento con enigmáticos gruñidos y pequeñas exclamaciones.

Cuando el lutier coge el arco y empieza a tocar delicadamente, el sonido es prodigioso. Es como si lograra hacer resonar voces o cantos humanos. El violín suena tan bien como si lo hubiera tocado el propio Kamensky.

—Es magnífico —susurra el lutier—. Prodigioso, de verdad. Una maravilla. Extraordinario. He tenido entre mis manos algunas obras maestras, pero este... No tengo palabras...

—Sí, solo que, conmigo, la armonía no funciona…

—Sin embargo, no hay que cambiar nada, ¡ni siquiera el arco! —se entusiasma él.

Para un lutier no hay nada más desagradable que recibir a músicos perdidos cuyo juicio técnico se ha visto alterado por una emoción excesiva. Incluye rápidamente a Nejiko dentro de esta categoría. Sin la recomendación de Kamensky, la habría rechazado gustosamente, como a esos músicos con los que percibe que no fluye la corriente. Intrigado por el hecho de que la joven posea un violín tan valioso, le dice que quiere ver el certificado de autenticidad y el título de propiedad. Nejiko no los lleva encima y responde que, de todos modos, el certificado lo firma Goebbels. Le parece útil precisar:

—Solo sé que es un Stradivarius. Herbert Gerigk me lo aseguró.

Al escuchar los nombres de Goebbels y Gerigk, el rostro del anciano se queda petrificado. Maldice por dentro a Kamensky. «Me acabará metiendo en problemas». Lo cierto es que este violín no es un Stradivarius sino un Guarneri. Un Guar-ne-ri. A los alemanes siempre se les ha dado bien componer, pero cuando se trata de conocer los instrumentos… Es tan suave y tan sonoro a la vez, y esa oscura profundidad… ¿Cómo no reconocerlo? La voz de Nejiko lo saca de sus pensamientos; le suplica que la ayude, que acepte volver a verla. A regañadientes, recordando su antigua amistad con Kamensky, él acaba aceptando.

Nejiko se aferra a la esperanza que le ha dado el anciano. Adquiere la costumbre de pedirle consejo regularmente, hasta dos veces por semana, y logra expresar mejor lo que siente con respecto a la relación que tiene con su violín.

Aún ignora que los lutieres son médicos de todas las almas, las de los instrumentos y las de los humanos. Por eso su discernimiento es tan grande y su presencia resulta tan tranquilizadora para los músicos.

En cada visita, Nejiko le ruega al artesano que manipule el instrumento, que lo afine con mano firme, para demostrarle a este supuesto Stradivarius que ella ya no se enfrenta sola a él, que ha encontrado un aliado. Cuando ella se vuelve demasiado insistente, el anciano le miente con aplomo: afirma que ha hecho nuevos ajustes, que ha movido el alma una décima de milímetro, pero la verdad es que en realidad no toca nada. No se trata de reparar el instrumento, sino de curar a la intérprete.

Un día que Nejiko se muestra particularmente inoportuna, el lutier se queja:

—Si quiere mi opinión, darle un violín como este a alguien tan joven como usted no es ningún regalo... ¡Primero debe encontrar su propio sonido! Es el único modo de domar un instrumento así... Si es que es capaz de llegar a hacerlo...

Una vez más, Nejiko se encuentra sumida en el abismo. ¿Su sonido? Se pasa mucho tiempo buscándolo, trabaja mucho para apoderarse de él; le parecía que empezaba a conocerlo. Y siempre se hace la misma pregunta: ¿quién tocaba este violín antes que ella? ¿Cuál era la sensibilidad de ese misterioso músico? ¿Su repertorio, su estilo, su ritmo?

10

¿Encuentra Nejiko los mismos motivos para escribir que los que necesita para tocar el violín? ¿Fragmentos, estallidos de sensaciones, reminiscencias?

El viernes 19 de mayo de 1944 escribe un recuerdo, inspirada por el sonido de la lluvia que gotea sobre el tejado de zinc. Cuando era pequeña le encantaba la lluvia, siempre acompañada de su séquito de kasas, esas sombrillas japonesas multicolores. La kasa de su madre le gustaba particularmente: le encantaba el tacto de la lona recubierta de aceite, el crujido sedoso, los dibujos de hojas blancas de membrillo sobre fondo rojo, el olor a bambú del mango y también el de sándalo del mástil y las varillas. En su diario relata su asombro, pero también su frustración, ante este objeto tan codiciado que le estaba prohibido tocar. Cuánto le habría gustado hacerlo girar sobre los charcos en los ballets que ella misma componía.

Cuando tenía alrededor de ocho años, descubrió que su tía contaba con una colección de sombrillas en su casa de Mejiro. Durante las semanas de clases, había trazado un plan. Había visto un parasol pequeño y discreto, como si estuviera separado de los demás. Nejiko lo cogió y lo escondió en el estuche de su violín, pensando que su tía no se daría cuenta. Este robo la angustió durante toda la noche. Cuando se despertó, su primera intención fue confesarlo todo y devolver la sombrilla de inmediato; sin embargo, cuando bajó a desayunar, su madre le preguntó dónde había conseguido ese precioso parasol. Pillada por sorpresa, Nejiko mintió. Frunciendo los labios, le respondió que la tía Anna se lo había regalado como recompensa por sus progresos con el violín.

Llegó a casa de la tía exhausta tras un día lleno de remordimientos. Al terminar la clase, Anna le preguntó si no tenía nada que confesarle, pero Nejiko siguió guardando silencio. Su tía la interrogó insistentemente acerca de la desaparición de una sombrilla, la que estaba un poco escondida, la más preciada de su colección… Nejiko tartamudeó mirando al suelo, que se había vuelto borroso con sus primeras lágrimas. Como ortodoxa practicante, la tía la sermoneó sobre la gravedad de su acto. Y añadió que le habría regalado gustosamente el parasol si se lo hubiera pedido.

¿Por qué escribe todas estas páginas cuando se supone que debe expresar sus sentimientos más profundos a través de su música?

¿Debemos interpretarlo como una necesidad de materialidad, una textura imprescindible que responde al carácter evanescente de las notas que extrae de su violín, a su sonido efímero? Ni siquiera la más perfecta de las grabaciones consigue reproducir la realidad: solo la materia prima permite que te formes tus propias impresiones. Entonces, sin duda, sería útil que les transmitiera ex abrupto las palabras que utiliza, su forma de enlazarlas, de juntarlas, de ensamblarlas, su forma de hablar sin que nadie la interrumpa.

20 de mayo Mamá me ha escrito. Se preocupa por mí. Cree que le estoy ocultando un marido. Es imposible saber si me está diciendo la verdad y si todo le va bien en To kio. Tengo un abrumador sentimiento de culpa, pero ¿qué puedo hacer? La tía Anna me dijo que sería una locura tratar de volver sola a casa y que no sobrevivi ría. Esperar… Otra vez…

21 de mayo He aprovechado el sol para salir a pasear. De camino a la estación, una anciana le decía a su amiga: «Hoy te quejas; espera a ver mañana». Hablaban de cortinas convertidas en vestidos y de suelas de plataforma de madera para sustituir la piel de los zapatos. Una de ellas también habló de mí: entendí «autobús gratis» y «sin cartilla de racionamiento».

21 de mayo ¡Hace un calor sofocante! Treinta y cinco grados… Este lutier está increíblemente flaco. La próxima se mana intentaré llevarle pan y patatas. Con mi violín, las cosas han llegado a un punto en el que me pre gunto qué podría ser peor. Le dije a Knappertsbusch que aún estaba terriblemente afligida.

23 de mayo ¡Oh, mi violín! Sueño que el pasado se acabó, ¡no quiero que tus recuerdos te molesten más!

24 de mayo Gerigk ha venido para dejarme una partitura original de Schumann. Quería llevarme al Louvre. Los moti vos de todas sus atenciones se vuelven turbios.

11

En París, el Centro de Documentación Judía Contemporánea alberga gran parte de los archivos del Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg en Francia. Contiene una serie de documentos condenatorios para Gerigk: un memorando que describe el funcionamiento del Sonderstab Musik; instrucciones que dirige a sus subordinados; requisiciones de judíos, músicos o reparadores de instrumentos, deportados al campo de Drancy, para sus talleres parisinos, e incluso los nombres de sus principales colaboradores, como su asistente, el doctor Wolfgang Boetticher, o su colaboradora y amante, la Dra. Franzi Berten, encargada de los aspectos organizativos.

Dentro del Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg (ERR) de Gerhard Utikal, la industria de la confiscación de los bienes judíos en la Europa ocupada, Gerigk dirige, como es sabido, el sector de la música. Esta floreciente empresa también tiene una unidad dedicada a las obras de arte, la Sonderstab Bildende Kunst, mientras que otro departamento, la Dienststelle Westen, la oficina occidental, se ocupa de los muebles, algunos de los cuales se transfieren a las familias alemanas afectadas por los bombardeos aliados: es la M-Aktion (Möbel Aktion), que podría traducirse como «Operación Muebles».

Esta burocracia al servicio de la arianización da vía libre a Gerigk. Hay que decir que, mientras que las eminencias del régimen se apresuran a transportar el máximo número de lienzos o de estatuas de bronce a sus escondites alemanes —el propio Hitler soñaba con construir un gigantesco museo en su honor en la ciudad de Linz, donde estudió—, los instrumentos musicales y las partituras raras despiertan menos codicia. De forma intencionada, las directrices del Führer sobre las prerrogativas de sus ministros siguen siendo vagas. Rosenberg, Göring y la jerarquía militar, aunque también Ribbentrop y el Ministerio de Asuntos Exteriores, reclaman una parte de las competencias en la confiscación de obras de arte. Goebbels es uno de los más vengativos: considera que estas incautaciones son su responsabilidad en el marco de la Propaganda Staffel, que trabaja para controlar las mentes.

Con sus instrumentos musicales, Gerigk tiene pocas cuentas que rendir, salvo durante los esporádicos encuentros con el jefe del servicio Rosenberg, Gerhard Utikal, en la sede del ERR, en el número 54 de la avenida de Iéna. En su enorme despacho, en el primer piso de

una mansión confiscada, Utikal acumula un montón de obras de arte y tiene un magnífico piano de cola que le ha entregado Gerigk. Con una copa de bourbon —y, si los embargos han sido provechosos, saboreando un puro—, los dos hombres hablan de la grandeza del Reich y de su supremacía cultural.

En la primavera de 1944, la Dienststelle Westen dispone de ciento quince agentes y el apoyo de unas cien empresas francesas de mudanzas y guardamuebles que ponen a disposición del Reich hasta ochenta camiones al día. Para clasificar y transportar todos estos objetos a Alemania y Austria, Kurst von Behr, encargado de la recuperación de propiedades judías, ha conseguido autorización para abrir tres campos de internamiento y trabajos forzados anexos al campo principal de Drancy, todos ubicados en París. El número 85 de la rue du Faubourg-Saint-Martin para «el campo Levitan». En el número 2 de la rue Bassano para «el campo Bassano». En el número 4 del muelle de la Gare para «el campo de Austerlitz», el más activo. Los internos trabajan allí más de doce horas al día, descargando y volviendo a cargar los camiones de mudanzas bajo la supervisión de equipos de la Dienststelle Westen. Algunos encuentran objetos que les pertenecen a ellos mismos o a sus familiares.

Al escribir estas líneas, reconstruidas gracias a los archivos del Centro de Documentación Judía Contemporánea, me doy cuenta de que nadie ha realizado jamás una indagación seria sobre Gerigk. Yo mismo, obsesionado con mi investigación, abandoné la historia de este hombre responsable de tantas persecuciones. En los archivos alemanes encuentro detalles de su infancia en el seno de la pequeña burguesía de Baden-Württemberg. Su padre soñaba con una carrera como violinista famoso para él, pero el joven Herbert no tenía ni predisposición ni talento. Además, era zurdo en una época en que los maestros exigían tocar con la mano derecha para que todos los arcos de una orquesta estuvieran orientados hacia el mismo lado.

Cuando Herbert tocaba, su interpretación era aplicada e impecable. Sin embargo, el joven no sentía la música, por lo que sus gestos y su mente nunca llegaron a estar vinculados ni a conectarse entre sí. Ante la desilusión paterna, y eximido de las obligaciones militares a raíz de un infarto, se comprometió a ponerse al día desplegando toda su energía y rigor en estudios de musicología, que superó con brillante éxito. Pero cuantas más distinciones y honores acumulaba, más perdía su padre el interés por él, incluso el día que recibió una carta de felicitación de Hitler por la publicación de su Tratado sobre los judíos en la música. «¡Querrías que te felicitara —le escribió su padre— por elaborar listas de músicos cuando has sido incapaz de convertirte en

uno de ellos!».

El 14 de mayo de 1944, Gerigk visita a Kurt von Behr en «el campo de Austerlitz» para discutir los problemas de transporte de instrumentos a Alemania. Los reveses militares y el aumento de la presión de los aliados hacen que Gerigk se muestre nervioso e insistente. En la entrada, los centinelas con sus cascos lo saludan. Pasa sin inmutarse y cruza los depósitos de los antiguos Almacenes Generales sin mirar a los seiscientos prisioneros que están trabajando. Mientras sube la gran escalera metálica que conduce al despacho de Von Behr, echa humo: en vez de la noble lucha contra la música degenerada y los músicos judíos que el propio Hitler le había asignado, se ha visto relegado a resolver problemas de logística, espacio y recursos humanos. La sala del Palais de Tokio y el ala del Museo Nacional de Bellas Artes, en la rue de la Manutention, no tardaron en quedarse pequeñas para albergar su botín. ¡Y qué decir del garaje de la rue de Richelieu que subarrendó a la Gestapo para que sirviera de almacén! Esta falta de profesionalidad lo ofende. En cuanto al «campo de Austerlitz», si consiguió trescientos metros cuadrados para reparar instrumentos es solo porque lo lleva una firma berlinesa y hay un mercado: la organización de actividades de ocio nazi Kraft durch Freude, Fuerza a través de la Alegría, que compró unos quinientos pianos.

Cuando entra de golpe en el despacho de Von Behr, Gerigk se encuentra cara a cara con Aloïs Brunner, el comandante en jefe del campo de Drancy. Solo habían coincidido un par de veces en La Closerie des Lilas, y lo menos que se puede decir es que el comandante no lo ayuda demasiado a cumplir su misión. Sin dejarse impresionar, Gerigk decide aprovechar este encuentro fortuito.

—Comandante, no ha respondido a mi carta en la que le pedía dos judíos para limpiar los pianos verticales antes de su traslado, y también un lutier y un pianista judío.

Brunner lo observa con un desprecio y una arrogancia que acentúan el aspecto juvenil de su delicado rostro.

—¿Y qué quiere que haga, amigo mío? La llegada de judíos a Drancy es cada vez más ocasional. Antes de que entrara usted sin llamar estaba a punto de presentarle al querido Von Behr la idea de recurrir a los centros infantiles para continuar con las deportaciones... Debo garantizar que mis hombres tengan perspectivas de futuro. No hay nada más nocivo para la disciplina que el aburrimiento.

Gerigk tuerce los labios en una mueca de disgusto mientras Von Behr sonríe. Una hermosa bestia rubia, ceñida por un uniforme bien cortado y confeccionado que resalta su complexión, aunque no llega a

ocultar una barriga en ciernes. Von Behr parece resplandecer de satisfacción bajo su piel grasienta. Una vez que Brunner se va, se hunde en su silla y apoya los dos pies sobre el escritorio para escuchar a Gerigk enumerar sus peticiones mientras juega con su cuchillo. Luego lo interrumpe bruscamente en un alemán ronco:

—Capitán, todo el mundo tiene que acelerar el envío de convoyes a Alemania. Incluso aquí estamos desbordados de objetos y muebles. Pero las instrucciones son claras: con las vías cortadas por los aviones enemigos y la ralentización de nuestras operaciones, se da prioridad a los convoyes de judíos. Si no le gusta esa orden, ¡diríjase personalmente al Führer!

Gerigk no insiste. Ese día entiende que su misión en París ha terminado. Hace tiempo que el ministro Rosenberg perdió la atención de Hitler, que ahora tiene otras prioridades que luchar contra la música degenerada. Cuando Gerigk abandona «el campo de Austerlitz» y se sube al coche donde le espera su chófer, la decisión está tomada: ha llegado el momento de regresar a Alemania, donde será mucho más útil supervisando la distribución de instrumentos.

12

Último memorando de Herbert Gerigk a Joseph Goebbels resumiendo el balance del año 1943 del Sonderstab Musik de París (7 de junio de 1944).

4 de febrero de 1943: envío de 50 cajas de partituras y de objetos musicales diversos.

7 de febrero de 1943: envío de un violín Stradivarius para el ministro de Propaganda.

18 de febrero de 1943: envío de 30 pianos verticales y 20 pianos de cola a Oberhausen y Maguncia.

31 de marzo de 1943: envío de 3 vagones de carga llenos de instrumentos para el Ministerio de los Te rritorios Orientales Ocupados.

7 de abril de 1943: envío de 120 pianos de cola desde el depósito de la rue de la Manutention al almacén del monasterio de Raitenhaslach.

12 de abril de 1943: 75 pianos de cola de categorías

1 y 2 enviados a Leipzig y Berlín.

14 de abril de 1943: 1.006 pianos verticales y de cola depositados en los almacenes parisinos esperando a ser entregados.

11 y 16 de junio de 1943: 3 vagones de carga llenos de instrumentos, incluidas 9 arpas.

28 de junio de 1943: 2 vagones de pianos para el alto mando de las Waffen-SS en Berlín.

24 de julio de 1943: 120 pianos en espera de envío a Berlín.

2 de agosto de 1943: 120 pianos verticales repartidos en 2 vagones de mercancías.

11 de agosto de 1943: 2 vagones de mercancías de instrumentos diversos destinados a familias alema nas víctimas de ataques aéreos.

20 de agosto de 1943: envío de un lote de 24 instru mentos y de un cargamento de discos de 78 r. p. m. a Raitenhaslach.

25, 26 y 31 de agosto de 1943: envío de 40 pianos,

20 pianos y de un cargamento repartido en 3 vago nes compuesto por 30 pianos, 1 armonio, 44 cajas de partituras, libros de música, 24 cajas de pequeños instrumentos y discos de 78 r. p. m.

1 de septiembre de 1943: 12 violines, 8 violonchelos y 2 pianos de cola.

8 de septiembre de 1943: 12 pianos verticales y 1 pia no de cola enviados a la sede central de las Waffen-SS para sus lugares de recreo.

21 de septiembre de 1943: 100 pianos verticales y

5 pianos de cola enviados a una base de submarinos y a la Luftwaffe.

7 de octubre de 1943: llegada de un lote de 3 valiosos violonchelos al almacén de la rue Bassano (propieta rios desconocidos).

16 de octubre de 1943: un piano vertical Grotrian Steinweg o un piano de cola Stutz a punto de partir hacia las salas de recreo del recinto de Ratibor.

18 de noviembre de 1943: subasta de 200 pianos ver ticales y de cola en desuso.

12 de diciembre de 1943: 49 pianos de cola y muchos instrumentos de cuerda fueron asignados a regimien tos de la Wehrmacht estacionados en Francia.

13

El 16 de junio de 1944, cuando Nejiko llega a la recepción ofrecida por Gerigk para celebrar el final de su estancia en Francia, lo encuentra muy risueño mientras espera a los invitados en las escaleras de su mansión del distrito 16. El jefe del Sonderstab Musik ha logrado sus fines: ahora es en Alemania donde acumulará su botín, en el castillo de Langenau, en Hirschberg, además de un cuartel general en el monasterio de Raitenhaslach, cerca de Múnich.

Con un cigarrillo en los labios y un gin-fizz en la mano, Gerigk parece satisfecho mientras observa las formas de Nejiko sin el menor disimulo. Es cierto que la joven llama la atención de un modo especial gracias a su vestido de noche con cuello y finos puños de encaje. Gerigk coge a Nejiko por los hombros y la conduce al interior. Ella aparta lo mejor que puede la inoportuna mano y trata de mantener la sonrisa.

En la sala repleta de gente hay que sortear los uniformes. Algunas mujeres, aunque principalmente hombres, miembros de la Gestapo y sobre todo oficiales de la SS y de la Wehrmacht, se agolpan alrededor del bufé. Hay pocos franceses. Lo único que tienen en común los invitados es que ya están borrachos y gritan mucho. El vocerío y las risas hacen casi inaudible la música de Mozart que un desdichado trío intenta tocar. Cargadas con bandejas de cerveza y comida, las camareras se abren paso a duras penas entre la multitud bajo lujuriosas miradas.

La comida es copiosa: asado en lonchas, patatas y queso en abundancia, aunque todo el mundo está aquí sobre todo para beber, Gerigk el primero. Toma un trago tras otro, sobre todo licores dulces, sosteniendo a Nejiko a su lado. Se acercan al bar y pide para ella un Haut-Brion de 1932 antes de que se le acerque un suboficial que le habla de su partida. Nejiko aprovecha para escabullirse, asustada por este ambiente, y curiosea entre la reunión en busca de algún amigo o conocido. En vano. Cansada del ajetreo, centra su atención en la suntuosa decoración de la sala: obras de arte originales, espejos, molduras, grandes puertas de roble, un magnífico piano de cola negro, un suelo de parqué centenario. Le llegan algunos fragmentos de conversaciones. Las más sensatas versan en torno al reciente desembarco en Normandía de los anglosajones, las armas milagrosas que pronto estarán en manos del Führer y las dudas sobre si abandonar París. Importunada por un desaliñado teniente de la

Wehrmacht, Nejiko le responde secamente en japonés mientras se aleja de él para contemplar un cuadro que ha visto cerca de la entrada de las cocinas. Encuentra un ambiente sorprendentemente asiático y se deja absorber por sus vivos colores, que se mezclan entre sí, cuando un abrazo la sobresalta. Es Gerigk, que se le ha acercado por detrás. Vuelve a cogerla por los hombros.

—Es un Matisse, Mujer sentada —le susurra al oído, con un aliento que apesta a coñac—. Von Behr lo consiguió de un coleccionista de arte y me lo regaló. Si vienes conmigo a Berlín, te lo daré.

Nejiko se da cuenta de que está totalmente borracho, hecho que confirman unas caricias cada vez más apremiantes. Lo empuja con más violencia, pero entonces recuerda una frase de su madre: «No hay nada más fácil que sacarle información a un borracho». Aprieta los dientes y decide enfrentarse a su acosador:

—Teniendo en cuenta que se marcha, ¿debo devolverle mi violín?

Gerigk, dispuesto a lograr lo que quiere, adopta una actitud de falsa indignación.

—El ministro Goebbels se lo regaló en nombre de la amistad entre nuestros dos países. ¡No rebajaríamos nuestro honor recuperando así los obsequios oficiales! Venga, ¡solo los judíos se comportarían así!

Nejiko aprovecha la oportunidad.

—Sí, y me imagino que su anterior propietario debió de ser uno de ellos. ¡Me está resultando tan difícil domarlo!

—¡Bien podría ser! —exclama Gerigk, avanzando de nuevo hacia ella.

—No parece usted muy seguro.

Gerigk se impacienta.

—En lo que respecta a su Stradivarius, el embajador de su país hizo una solicitud al Führer en persona. Hitler habló de inmediato con Goebbels, que me confió esa misión. Como no tenía ningún Stradivarius entre mis existencias, ¡se lo compré a uno de mis intermediarios franceses! En cuanto a saber de dónde lo sacó, ¡me está pidiendo demasiado, jovencita!

Tras pronunciar estas palabras, Gerigk coge a Nejiko por el brazo y la empuja contra la pared. Tiene una idea fija: enseñarle la planta donde está su habitación, decorada con algunos desnudos muy logrados. Nejiko, sin embargo, se siente más valiente por la información que ha conseguido y encuentra las fuerzas para proponer dos copas de champán con las que amenizar esa encantadora visita. Cuando Gerigk la deja ir al bufé, se mezcla con la multitud y se dirige precipitadamente hacia la salida.

14

Cada cincuenta años más o menos, preferiblemente durante la temporada estival o en primavera, París se libra a su pueblo. Casi siempre con la misma cronología de la insurrección popular, la ciudad empieza a agitarse, nos empujamos, nos gritamos, saqueamos, rompemos, robamos, destruimos, matamos. Al principio son actos aislados, pequeños grupos. Luego, tumultos más grandes, provocaciones. Después, barricadas, bandas armadas. Hasta llegar a la multitud decidida, despiadada, compacta.

La rebelión contra la desigualdad o la opresión es lo que agita a la multitud parisina cada medio siglo. Durante la Revolución francesa, la Bastilla pagó el precio el 14 de julio de 1789. Luego las barricadas de la Revolución de febrero de 1848. Más adelante la columna de Vendôme, símbolo del despotismo imperial, desmantelada en mayo de 1871 durante la Comuna de París. Y sigue siendo así este 19 de agosto de 1944, cuando las Fuerzas Francesas del Interior (FFI) marcan el inicio de la insurrección popular al tomar la Prefectura de policía.

Y en esta ocasión, participo.

Nejiko aún no se ha ido a Berlín y se encuentra en el centro de uno de esos momentos vertiginosos de la historia. Ni la intimidación de Oshima ni la violencia de Gerigk la han convencido para abandonar París. Ha estado ocho años en el corazón de esta Europa en guerra, tocando en todas esas ciudades bombardeadas y ocupadas. La música le sirve de coraza.

Sentada en una banqueta roja de piel en un desierto Café de Flore, escucha a su amiga Yoshiko implorándole que se vaya de la ciudad con ella al día siguiente, en un tren especialmente fletado para oficiales alemanes. Yoshiko le dice que su novio actual, el asistente personal del general Dietrich von Choltitz, oyó a Hitler dar la orden de arrasar París antes de que llegaran los aliados.

Afuera, las aceras están llenas de transeúntes ruidosos y la calle ruge, llena de coches pequeños que enarbolan la bandera francesa. A través de las ventanas, boinas con escarapelas tricolores gritan que luchamos en la plaza de la Madeleine y en el Barrio Latino.

Como antiguo miembro de la Brigada Musical de los Guardianes de la Paz, he respondido a la llamada de las FFI para recuperar la Prefectura de policía; incluso tocaré allí con mi trompeta la primera Marsellesa desde la ocupación alemana.

Yoshiko pierde la paciencia. ¿Acaso Nejiko no entiende que, aunque salgan vivas de los bombardeos, las arrestarán porque su país está en guerra contra los americanos, que se encuentran a tan solo unos pasos de aquí? ¡Japón es el aliado de los nazis y todos saben que ellas tocan en conciertos para apoyar a los ejércitos de las SS!

Como huyendo de un ataque, ahora son los camiones de la Wehrmacht los que pasan en tromba. De pie, con actitud resuelta, las tropas de la SS apuntan con revólveres y metralletas a los curiosos. Desde la rue de Tournon llegan escuadrones de alemanes, fusil en mano, para instalar ametralladoras en la acera. Asustado, el dueño del café corre las cortinas y cierra la puerta a cal y canto.

Nejiko recuerda temblando las palabras de Gerigk al desaconsejarle formalmente que frecuentara el Flore, «esa guarida de miembros de la Resistencia y artistas fracasados», el día que supo que ella era una asidua de esta institución del bulevar Saint-Germain. Gerigk prefiere el distrito de Montparnasse, donde encuentra a los oficiales de la Wehrmacht en el Dôme o en la Closerie des Lilas, su local preferido.

En el Flore, Nejiko se ha cruzado regularmente —sin conocerlos— con Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Boris Vian y Albert Camus. Un día, Camus estaba almorzando con Maria Casarès y, a petición de esta, le dirigió la palabra. La actriz, muy alegre ese día, e intrigada por la presencia de aquella joven japonesa que estaba sola, instó a su acompañante a invitarla a su mesa. Muy seguro de sí mismo, el escritor se acercó a Nejiko e intentó iniciar una conversación señalando el estuche de su violín para preguntarle si era música. Ella pensó que él quería robarle su instrumento y fingió no entenderlo, mientras agarraba instintivamente el Stradivarius, despertando la perplejidad de su interlocutor. Jovial, Camus volvió a la mesa donde Maria Casarès ya se estaba burlando de él. «Cualquier negativa a comunicarse es un intento de comunicación», le dijo en tono burlón, volviendo a sentarse. Divertida por esta alusión a la primera novela de su amante, Maria concluyó su frase con una carcajada: «Cualquier gesto de indiferencia o de hostilidad es una invitación encubierta».

Ese 19 de agosto, no hay ni rastro de Camus: está ocupado con Sartre para montar guardia en la Comédie-Française. De todos modos, en el café no hay nadie. El Flore está vacío y su propietario muy agitado. A lo lejos se empiezan a escuchar las primeras grandes explosiones. Un tanque alemán llegado de la plaza del Châtelet toma posición en la explanada de Notre-Dame. Otros seis vienen para apoyarlo y abren fuego contra la puerta este de la Prefectura, donde yo me encontraba entonces con mis camaradas de la Resistencia. Pero volveré a hablar de esto más adelante. Arrastrándose, un guardián de

la paz consigue prender fuego a uno de los alemanes con un cóctel molotov. París está de nuevo en guerra. La ciudad se rebela contra el ocupante. Poco a poco, el murmullo se eleva y un clamor acaba retumbando. Se escuchan disparos por todas partes. Los miembros de las FFI pasan zumbando en sus coches, revólver en mano. Las pancartas nazis a lo largo de la avenida de Rivoli son desmanteladas una tras otra.

Entre lágrimas, Yoshiko sigue instando a su amiga para que se marche con ella a Berlín, pero la mirada de Nejiko permanece clavada en su Stradivarius. A través del estuche entreabierto, acaricia la madera del violín y siente bajo los dedos la fina aspereza del tiempo.

Fugas

Berlín – Bedford
1944-1945

15

Desde que está en Berlín, Nejiko se siente como una fugitiva. Llegada a Europa para perfeccionar su interpretación con los más grandes maestros, se encuentra inmersa en el centro de acontecimientos que la superan, un engranaje que acaba engulléndolo todo, desde los sentimientos más nobles hasta las melodías más delicadas.

Unas semanas antes, casi muere en el camino entre París y Berlín. Los Mosquitos y los bombarderos pasaron tan cerca que su tren tuvo que detenerse de golpe para permitir que los oficiales alemanes se refugiaran bajo los árboles. Angustiada, Nejiko siguió a la multitud, corriendo en busca de cobijo, antes de darse cuenta de que había olvidado su violín en el compartimento. Los gritos de Yoshiko no impidieron que se apresurara a recuperarlo bajo los aviones que se acercaban.

Tiene veinticuatro años. En sus cuadernos encuentro pocas pistas de sus primeros meses en esta ciudad, bajo el fuego de los anglosajones, y ninguna carta a su familia. Imposible saber qué metió en su maleta, aparte de su violín, si dejó sus libros o su litografía del monte Fuji.

Me imagino el terror que siente al ver estas calles bloqueadas, los tranvías tirados de lado por las explosiones, las líneas eléctricas caídas en el asfalto y los árboles destrozados; todas estas avenidas llenas de escombros, flanqueadas por filas de supervivientes demacrados, helados en la nieve, cerca de sus edificios incendiados. En la ciudad, los grupos de adolescentes siembran el terror por todas partes, saquean casas y apartamentos mientras Sperrkommandos, Feldgendarmen y otros iluminados de la SS Leibstandarte —los portaestandartes, la guardia cercana del Führer— hacen una justicia más que expeditiva, matando al azar en las calles a cualquiera que se niegue a luchar. Luego los cuelgan de las farolas con un cartel alrededor del cuello: «Me han colgado aquí porque he dudado de mi Führer, me han colgado aquí porque soy un traidor».

De estas escenas dantescas, solo una figura en el cuaderno de Nejiko. Es de noche. Está acostada en su habitación de la embajada cuando suenan las sirenas. El elegante Oga Koshiro, el consejero especial que fue a visitarla a París y cuyo recuerdo le resultaba tan tierno, ha recibido la orden de velar por ella. Golpea su puerta con los puños. Grita tan fuerte que apenas se oyen las sirenas. A pesar de todo, se toma su tiempo para vestirse antes de seguirlo para refugiarse

con todo el personal de la embajada. Los bombarderos lanzan su carga de fuego y acero. Toda la ciudad retumba. Entran a hurtadillas entre piernas y zapatos. Dos velas iluminan la bodega, titilando con cada detonación. La alerta dura más de una hora.

¿Por qué quiso transcribir esta escena y no otras?

Y he aquí el último concierto oficial de la Orquesta Filarmónica de Berlín. Ella también está allí. El 11 de abril de 1945, el maestro Knappertsbusch sale al escenario, saluda al público antes de darle la espalda y se coloca frente a sus músicos. Adolf Eichmann está en primera fila, junto a Goebbels y Albert Speer, el ministro de Armamento, que se encuentra en el origen de este último concierto privado de la formación berlinesa.

El Reich, el imperio nazi, que se extendía desde el Atlántico hasta el Cáucaso, no es más que un estrecho corredor en el corazón de Alemania. Los últimos fanáticos del régimen siembran el terror en Berlín. La ciudad se está desmoronando bajo las bombas. Todas las ventanas de la embajada japonesa están destruidas y tapiadas. El agua corriente y la electricidad están cortadas. Los berlineses, privados de todo, viven entre los escombros. Los edificios bombardeados se derrumban uno tras otro entre ruidos sordos y enormes nubes de polvo. El barrio de Lichterfelde, en el suroeste de la ciudad, ha sido rebautizado por los habitantes como Trichterfelde, «el campo de los cráteres». El de Steglitz es apodado Stehnix, «nada se mantiene en pie». Productos del sentido del humor berlinés, el Berliner Witz, que a menudo se compara con el francés.

En la Bernburgerstraße, la Filarmónica no es más que un montón de cenizas. Los conciertos se han trasladado a la Köthener Straße, en la Beethoven-Saal, cuya gélida galería está intacta. Desde hace varios meses, la moral de los músicos de la orquesta filarmónica está en su punto más bajo. El público es escaso y los conciertos cada vez menos frecuentes. A finales de enero, Furtwängler dirigió el último concierto de la Filarmónica antes de abandonar temporalmente Alemania sin saber él mismo adónde iría.

Antes del 11 de abril de 1945, Nejiko solo ha tocado en algunos conciertos benéficos para la Wehrmacht, el Réquiem de Mozart para la Hitlerjugend o, en la Villa Olímpica de Berlín, el preludio de los Maestros cantores para los NSFO, los oficiales instructores de la Wehrmacht. Esta noche es el último concierto de la Orquesta de Berlín. Las lámparas de araña se han vuelto a encender; el inicio del programa se ha fijado para las siete en punto debido a la amenaza de redadas nocturnas. El melómano Speer ha elegido personalmente el

programa. Los músicos tocan, Hans Knappertsbusch dirige la orquesta. La Sinfonía número 3 de Beethoven. Luego llega Richard Strauss para dirigir en persona el final de El crepúsculo de los dioses.

Knappertsbusch apunta al aire con la batuta. Nejiko coloca el violín contra el cuello, posiciona el arco y lanza los dos primeros acordes, breves y volcánicos, en medio de violines, violonchelos, violas y contrabajos que introducen el allegro con brio. Luego las maderas se turnan en el tema heroico principal hasta el crescendo que lo lleva a los cornos y trompetas.

En París, una burbuja protegía a Nejiko. En Berlín, se siente atrapada en el centro de los últimos sobresaltos de la guerra. El Imperio de Japón y el régimen nazi no se rendirán. O victoria o muerte. Hitler lo gritó en sus últimos discursos emitidos por la radio al pueblo alemán: «¿Rendición? ¡Nunca! ¡Nunca!». Los últimos meses son los más violentos: se lanzan más bombas, se experimentan las técnicas más inhumanas.

Marcha fúnebre. Con un movimiento de la batuta, Knappertsbusch inicia el segundo movimiento de la sinfonía. Nejiko se concentra. El tema de esta marcha lo introducen los primeros violines, a los que Nejiko debe marcar el tempo, que será retomado por un lastimero oboe.

Oga Koshiro está sentado en las primeras filas, unas butacas por detrás de Goebbels y Eichmann. Nejiko se siente cómoda con esta sinfonía; ya la ha trabajado con Kamensky. Pero la armonía con su violín es siempre imperfecta. Recuerda lo que Kamensky le dijo sobre la Tercera Sinfonía. El primer movimiento es una expresión del coraje de Beethoven frente a su sordera. El segundo, lento y funesto, representa su inmensa desesperación. El divertimento del scherzo libera la rebeldía de su energía creativa y el final rompe todos los códigos del género.

Una obra perfecta, según Kamensky, pero a las siete y media de la noche, el sonido de Nejiko se bloquea cuando en la ciudad retumban las primeras sirenas e interrumpen este canto del cisne. Oga corre hacia Nejiko, la coge de la mano y la lleva a toda prisa hacia los refugios subterráneos. Nejiko agarra su violín. Los oficiales de la SS ponen a salvo a Goebbels, Speer, Eichmann, Richard Strauss y algunos otros. A lo lejos, los motores de los primeros Mosquitos y los Ilyushin rusos resuenan en el cielo.

Las paredes del refugio tiemblan. Las bombas caen cerca. Ruidos amortiguados de explosiones. Plegarias. Algunos murmullos y lamentos. Una niña que llora en los brazos de su madre. Rostros estupefactos. Oga pegado a Nejiko. Está tan cerca que ella puede oír

su respiración; es tranquila y pausada. Él le da ánimos. Ella coge su violín y lo saca del estuche.

La niña y su madre la observan, asombradas, mientras coge el arco y empieza a tocar una sonata para violín de Dvorák: Lamento indio. El miedo se mezcla con la emoción. La mente de Nejiko se aleja poco a poco del refugio sumido en la oscuridad y empieza a viajar: está en el barrio de Shiba de Tokio, en esa calle que tanto le gustaba cuando jugaba con sus amigos. Oga la mira fija e intensamente pero desde muy lejos... De pronto se encuentra sola con su violín; todo le parece sencillo, como si se hubiera vuelto dócil o incluso servicial. Le llegan nuevas notas, nuevas variantes cuya existencia ni siquiera imaginaba.

El violín la dirige; las cuerdas vibran al ritmo de su corazón y sus emociones afloran al mismo tiempo que sus recuerdos, como si el Japón de la infancia también inspirara al instrumento. Los bombardeos han cesado, pero en el refugio nadie se ha dado cuenta de ello. Los que rezaban han pensado que el Señor los había escuchado. Boquiabiertos, desconcertados, cautivados por el sortilegio, transportados por el virtuosismo de Nejiko. Y cuando ella emite la última nota y se hace el silencio, nadie entiende lo que está pasando: primero la música y luego la ausencia de ruido afuera, el apaciguamiento, la vuelta a la paz, un largo silencio tranquilizador, respetuoso. Nejiko vuelve poco a poco en sí. Oga parece muy conmovido, pero ella no entiende por qué. Y, una vez pasado el momento de gracia, unos aplausos atronadores. En el refugio, todos se levantan y empiezan a gritar. Un joven silba. Nejiko tiembla como si acabara de nacer, ahí, en un sótano, en Berlín, con la muerte acechando.

16

Desde esa noche en el refugio, Nejiko se siente definitivamente conectada con su violín. Le habla como a un confidente y le explica que su único defecto es sin duda seguir haciendo con docilidad lo que mejor sabe hacer: música. ¿Es un crimen? Entonces, ¿por qué los aliados o los rusos la compararían con los nazis? ¿Qué reproche podrían hacerle? ¿No haber rechazado un regalo que simboliza el reconocimiento de su trabajo y de su talento como música japonesa? Es absurdo. Berlín la agota. Nejiko solo espera una cosa: regresar a Tokio.

Para pasar el tiempo, el embajador la invita a cenar algunas noches con otros comensales en su apartamento privado, en el tercer piso de la embajada, aunque el edificio no es más que una sombra de lo que era. El ritual está bien orquestado: antes de la cena, él le pide que acompañe a su mujer y a sus dos hijos, e interpreten juntos unos cuartetos de cuerda de Brahms. A Nejiko, el ejercicio le parece indecoroso, pero acepta. Solo la hija menor del embajador ofrece, al violonchelo, una interpretación aceptable; por lo demás, la ejecución es aburrida y laboriosa. Una vez finalizada esta simpática actuación, el embajador aplaude enérgicamente, imitado por el resto de invitados, y todos se sientan a la mesa. Las conversaciones no son demasiado animadas. Nejiko permanece sumida en sus pensamientos la mayor parte del tiempo y no participa mucho. Solo sus ojos hablan. A veces, si el momento es propicio o el silencio resulta muy pesado, toma la palabra. Ya no duda en afirmar, burlándose de sus opiniones, incluso sobre la guerra y la política. Una noche, incluso se aventura a pedir abiertamente noticias de Tokio. Un silencio incómodo se apodera de la reunión justo antes de que el asesor militar, que está sentado frente a ella y que hasta ese momento ha permanecido en silencio, cargue contra las fuerzas aéreas americanas, que el día anterior arrojaron miles de bombas incendiarias que arrasaron la mitad de la ciudad vieja construida de madera, causando cien mil muertos.

El embajador intenta interrumpirlo, pero el asesor, preso de la ira, continúa citando las palabras del general americano a cargo de la operación: «Los japoneses deben ser quemados, hervidos y cocinados hasta morir». La esposa del embajador emite un leve gemido. Nejiko retoma la palabra. Con voz tranquila, le pregunta al asesor militar si no cree que ha llegado el momento de firmar un tratado de paz. Oshima la mira y casi grita que, juntos, Alemania y el Imperio saldrán

victoriosos de esta guerra, con la condición de que cada uno haga su trabajo: «Los militares, la guerra, y los violinistas, música».

Solitaria y reservada, Nejiko parece feliz de haberse reencontrado con Oga en Berlín. Ese hombre le sigue gustando mucho. Le interesan sobremanera los temas culturales y su erudición nunca deja de impresionarla.

Un día que Nejiko está preocupada por el rumor que han difundido los últimos diplomáticos franceses, italianos o húngaros que quedan en el lugar —«Una vez en Berlín, los rusos violarán a todas las mujeres de la ciudad una tras otra»—, Oga le confía que hay un plan secreto para evacuar a toda la delegación japonesa a un lugar seguro.

—Pero ¿cuándo? —sigue presionándolo Nejiko.

—Lo antes posible, pero la aviación inglesa y la artillería rusa complican la tarea. Y el embajador Oshima está muy cerca de Ribbentrop y Goebbels, pero también del propio Führer. Aún cree que la victoria es posible. Y, sobre todo, no quiere dar la señal para nuestra partida.

—Los símbolos…

—Sí, los símbolos —responde Oga—. Con su violín, usted sabe mejor que nadie lo importantes que son.

17

20 de abril de 1945. Mi investigación, a petición del prefecto de policía de París, ha empezado hace unos meses, pero prefiero acabar de contar cómo termina la estancia de Nejiko en Berlín. Acaba mal.

Bajo el radiante sol de primavera, un diluvio de fuego asola Berlín. El Ejército Rojo acaba de lanzar su gran ofensiva a las puertas de la ciudad. Los occidentales y los soviéticos celebran a su manera el cumpleaños del Führer. Un millón de toneladas de obuses caen sobre la ciudad. El acero se desata sobre la capital alemana en un movimiento final: tanques, trenes de tropas saliendo de las estaciones, hombres con cascos, aviones, proyectiles, bombas...

En las calles resuenan los altavoces soviéticos, instando a los soldados alemanes a rendirse. Ancianos casi desnudos, criaturas de un mundo subterráneo, deambulan aturdidos por las calles. Los niños que se han despertado de repente, aterrorizados, se cogen de las manos de sus madres. Por todas partes, en las ventanas, cuelgan sábanas o fundas de almohada blancas en señal de rendición.

La cuenta atrás se acelera. En tres días, los americanos lanzan mil setecientas toneladas de bombas incendiarias sobre Tokio. Desde Moscú, Stalin se impacienta y le pide a Zhúkov que apure el avance de sus tropas hacia el Reichstag. Churchill lucha por calmar el estallido de violencia ordenado por Arthur Travers Harris, mariscal de la Royal Air Force: «Ninguna ciudad alemana debe quedar en pie cuando termine la guerra». Harris «el Carnicero» es el apodo que le han puesto sus hombres. «Quien siembra viento, recoge tempestades», repite incansablemente el Carnicero, y enumera los daños sufridos por Londres y los londinenses al comienzo de la guerra. Menospreciando con un ademán el riesgo de pérdidas humanas, ordena intensas campañas de bombardeo de civiles alemanes sin otro objetivo táctico que socavar la moral de la población.

Esta estrategia funciona con Nejiko. Ha agotado sus fuerzas y sus nervios. Afortunadamente, Oga por fin tiene buenas noticias para ella.

—Se supone que no debo decírtelo, pero nuestra partida hacia los Alpes austríacos está programada para esta noche.

Aliviada, ella lo abraza espontáneamente, desafiando siglos de moderación japonesa.

—¡No te imaginas lo feliz que me hace dejar este lugar!

Oga esboza una leve sonrisa y busca durante un momento las palabras.

—Tengo que pedirte un favor, Nejiko. Lo hago en mi nombre, pero también en el del embajador Oshima.

—Si de verdad nos vamos esta noche, Oga, puedes dar por hecho ese favor, sea cual sea.

—Hoy es el cumpleaños del Führer. Su amigo más íntimo, Joseph Goebbels, quiere darle una sorpresa esta noche. El ministro Ribbentrop también conoce el secreto. Le preguntaron a nuestro embajador si accederías a tocar una melodía de violín para conmemorar el acontecimiento y alegrar el ambiente. Ya sabes, en Berlín ya no hay músicos; tú eres la última artista digna del Führer… Tocas treinta minutos, el embajador se despide de su amigo Hitler y nos vamos: toda la delegación japonesa, con Göring, a Bad Gastein, en la frontera de los Alpes austríacos. ¿Te parece bien?

Nejiko se queda petrificada. Hitler… El Führer… Hace unos meses, unos años, sin duda hubiera sido un privilegio… Pero ¿hoy?

Oga se da cuenta de que está dudando.

—Nejiko, es la condición para nuestra partida, un símbolo: no estamos abandonando a nuestros aliados, sino partiendo con dignidad para seguir la lucha en otra parte. Si no lo haces por nuestro país o por el embajador, hazlo por mí. Por favor.

En su mente cansada, agotada por esta Europa que solo ha conocido en guerra, ella ya está en Japón.

—De acuerdo, Oga. Pero prométeme que luego volveremos a Tokio.

—Te lo juro por mi honor, Nejiko.

Unas horas más tarde, Nejiko se encuentra en un coche que viaja a gran velocidad, escoltado por agentes del Ministerio de Propaganda. Solo la acompañan el chófer y el embajador Oshima. Está sumida en sus pensamientos, con la mirada fija en su violín, que sostiene sobre las rodillas. El vehículo entra en una calle subterránea y se detiene. Hay que continuar a pie. Un oficial de la SS los guía a través de un laberinto de sótanos hasta llegar al Führerbunker, situado a doce metros bajo tierra, en los jardines de la Cancillería.

Nejiko tiembla al entrar en el búnker de Hitler, aunque no hace frío. El olor pestilente que reina en estos lugares confinados es el primer detalle que le llama la atención. Unos motores diésel renuevan a duras penas el aire. Las habitaciones son minúsculas, muy estrechas. La decoración es inexistente en las paredes de cemento desnudo; del techo cuelgan unas simples bombillas.

Goebbels está allí para dar personalmente la bienvenida a sus invitados. Abraza a Oshima —son amigos de verdad— y saluda con

reverencia a Nejiko, agradeciéndole mucho su presencia:

—Eva Braun ha insistido en que organizáramos nuestra fiesta arriba, en un salón abandonado de la cancillería. Vengan... En fin, el champán está tibio y solo hay un disco para el gramófono, Rosas rojo sangre te hablan de felicidad. Su presencia es muy oportuna, señorita Suwa. ¡Se lo ruego, tóquenos una o dos piezas emotivas!

Nejiko no sabe qué responder. Las habitaciones por las que Goebbels y su séquito la conducen desfilan como imágenes ante su mirada, como si ella misma estuviera fuera de esta escena.

Cuando entran en la sala, Nejiko se sorprende al encontrarla abarrotada. La mayoría de los altos dignatarios está allí; los reconoce porque los ha visto en fotos o en películas de propaganda. Himmler. Ribbentrop, a quien veía a menudo junto al embajador. Bormann. Göring. El almirante Dönitz. El mariscal Keitel. Speer. Jodl. Todos se inventan excusas para abandonar la capital antes de que esté completamente rodeada y el Ejército Rojo tome los aeródromos. También está la esposa de Joseph Goebbels. El mayordomo de Hitler, Heinz Linge. Secretarios. Y Eva Braun bailando en un rincón, al lado del gramófono.

—Muchos han venido a despedirse del Führer —le susurra Oshima —. Ven, te lo presentaré; lo más probable es que nunca lo vuelvas a ver.

Cuando Nejiko intenta protestar, ya es demasiado tarde. Oshima la arrastra a unos pasos del Führer. Al ver a Hitler, ella se asusta por su apariencia: los rasgos envejecidos, la figura encorvada, su cuerpo roto, las manos temblorosas, la cara hinchada, los ojos inyectados en sangre.

Él la mira durante mucho tiempo sin decir nada. También parece estar en otra parte, poseído por una extraña fuerza. Nejiko es presa del pánico. Oshima le sostiene la mano para evitar que retroceda. Hitler se acerca, caminando penosamente:

—General Oshima, es usted uno de los pocos en los que confío por completo. Aquí solo hay traidores. Mucha gente ha abusado de mi confianza. La deslealtad y la traición han socavado nuestra resistencia durante toda la guerra. Al menos ustedes, los japoneses, tienen el mismo honor que el pueblo alemán. Como nosotros, sé que lucharán hasta la muerte. La derrota en esta guerra sería la destrucción de nuestros respectivos pueblos.

Oshima asiente y, para calmar al Führer, le presenta a la violinista Nejiko Suwa, «a quien el Reich ha regalado este maravilloso violín». Hitler mira a la joven con desdén. Sin decir ni una palabra ni saludar, se aleja bruscamente de ella y del embajador para dirigirse a los

aposentos privados de su búnker.

Atónitos, Nejiko y Oshima se unen a Goebbels.

—Últimamente está muy cansado… No se quede aquí, señorita Suwa. Incluso sin el Führer, nos tocará algunas bonitas piezas...

Nejiko le sostiene la mirada a Goebbels y, presa de una súbita inspiración que la impresiona, le pregunta:

—Ministro, ¿sabe quién era el anterior dueño de este violín?

Desconcertado, Goebbels decide tomarse la pregunta como una broma y se echa a reír a carcajadas, arrastrando al embajador Oshima con él.

—¡Señorita, solo Gerigk lo sabe! ¡Todo lo que puedo decirle es que este no es un instrumento de su colección! —dice en tono hilarante, como si se riera de su propia ocurrencia—. Solo tiene que preguntarle. ¡Dios sabe dónde estará ahora!

Luego Goebbels lleva a Nejiko al centro de la sala. Mientras ella saca el violín de su estuche y el ministro de Propaganda llama la atención de la gente, Eva Braun se acerca.

—¿Qué piensa tocar?

—Había pensado en Wagner o en Liszt, señora.

Eva Braun sonríe ante la mirada impresionada de Nejiko.

—¿Sabe?, siempre he sentido debilidad por Chaikovski y Borodin. Le regalé al Führer una caja completa de las obras de Chaikovski interpretadas por el violinista polaco judío Bronislaw Huberman. Si los invitados lo supieran, ¡se sorprenderían! ¡Pero de música no saben nada!

Nejiko se queda perpleja. Sin saber qué pensar, preguntándose si no será una trampa, finalmente se decanta por Wagner.

Goebbels pronuncia unas breves palabras para darle las gracias a la joven artista japonesa y recordar el episodio del regalo del violín. Nadie escucha, ni siquiera Nejiko. Toca mecánicamente, casi demasiado rápido, como si tuviera prisa por irse y volver finalmente a Tokio.

18

Ojos negros, labios finos y apretados, cuerpo demacrado, mirada que desafía el horizonte. En la cubierta de popa del transatlántico Santa Rosa, Nejiko respira hondo el aire del océano. Su pelo suelto ondea al viento. Mira fijamente el espejo del agua, del que brota ese problema que lucha por ocultar. Un joven soldado armado la observa con actitud sospechosa.

Estamos en julio de 1945. Capturada por los americanos en el hotel Kaiserhof de Bad Gastein, en los Alpes austríacos, Nejiko navega con otros ciento cuarenta y seis prisioneros japoneses rumbo a Nueva York, donde serán interrogados: diplomáticos, asesores, personal técnico y militar, cocineros, criados, conductores, artistas o empresarios... Todos estaban allí, en el Kaiserhof, con el embajador Oshima.

En Bad Gastein, los americanos los mantuvieron cautivos en el hotel Soëntgen durante varias semanas mientras el Departamento de Estado encontraba un lugar seguro para darles la bienvenida a los Estados Unidos. Una vez elegida la ciudad de Bedford, en Pensilvania, se informó en plena noche a Nejiko y a toda la delegación de que su salida estaba prevista para tres horas más tarde. Tras viajar en autobús a Salzburgo y luego en tren a Le Havre, embarcaron hace varios días en el Santa Rosa.

Este periodo en el que pasa horas encerrada, postrada, es el más prolífico. No toca. Tiene demasiado miedo de sacar su violín por temor a que los americanos se lo confisquen. Escribe, llena de tinta sus cuadernos. Por primera vez, a su modo, se cuestiona a sí misma. Tiene dudas.

> 21 de julio de 1945 Mi tentación más constante, aquella contra la que nunca dejo de librar una dura batalla: el egoísmo. El terrible y devorador egoísmo de los artistas.
>
> 23 de julio de 1945 Lo más real que hay en mí son las ilusiones que creo con este instrumento y mi música.
> 25 de julio de 1945 Poco a poco, la música nos separa de los hombres y nos rechaza sin la sombra de un amor.
>
> 1 de agosto de 1945 En momentos de ocio se apodera de mí la angustia de no poder alcanzar nunca la perfección con mi violín, un descontento, un odio hacia mí misma. La idea de que no sirvo para nada, que solo mi gran actividad palía

mis errores, que solo el trabajo, una y otra vez, me salva.

3 de agosto de 1945 Este barco… Una cárcel dorada. Pero, aun así, una cárcel.

Una cárcel dorada porque toda la delegación japonesa viaja en primera y segunda clase, mientras que los soldados americanos regresan finalmente a su país en tercera.

El 5 de agosto, por primera vez desde que embarcó, Nejiko se cruza con Oga en la cubierta de proa del barco. Él se acerca lentamente, con aspecto cansado, y espera a estar cerca para susurrarle:

—Ahora, después del hotel Kaiserhof, el camarote de lujo de un transatlántico, ¡no podrás decir que el embajador no ha cuidado de ti!

Como siempre, su tono es irónico, neutraliza el drama. Le explica que lo han instalado en un camarote de aislamiento. Por su proximidad con el embajador. Lo acusan de ser el instigador de la alianza entre Hitler y el emperador de Japón.

Nejiko lo presiona para que le dé noticias del mundo y de Japón, y él le cuenta que la guerra ha terminado en Europa. Hitler y Eva Braun se han suicidado, imitados por Goebbels y su esposa Magda, quienes primero envenenaron a sus seis hijos. Alemania se ha rendido. Solo Japón sigue resistiendo.

Ante la mención de Goebbels, Nejiko se estremece. Lo vio muy de cerca, sostenía su violín en las manos.

—No corres ningún riesgo; en absoluto —la tranquiliza Oga—. Te regalaron este violín como un homenaje a tu talento. Diles a los americanos que solo eres una profesora de violín y no te molestarán.

Llamado al orden por su guardia, Oga se aleja de Nejiko para regresar a su camarote. En este momento aún ignora que los americanos han interceptado y descifrado los telegramas que Oshima envió al primer ministro y al emperador de Japón. Roosevelt llamaba a Oshima «el pelele de los alemanes», pero era su principal fuente de información sobre el régimen nazi. Un secreto que quiso preservar, ordenando a las pocas autoridades militares con acceso a los cables diplomáticos que los quemaran inmediatamente después de leerlos. Sin saberlo, Oshima proporcionaba datos decisivos sobre la ubicación de las tropas y submarinos de la Wehrmacht, sobre el nuevo armamento en construcción o sobre el estado moral y psicológico de los dignatarios nazis. En ocasiones compartía información más anecdótica, como en este cable del 23 de febrero de 1943 que encontré en los archivos de la CIA y que se mandó directamente al emperador al día siguiente de la ceremonia de la entrega del violín a Nejiko:

En nombre del Führer, el ministro de Educación Po pular y Propaganda del Reich, Joseph Goebbels, ha entregado personalmente un violín de gran valor a nuestra joven violinista prodigio Nejiko Suwa. En su nombre, me he tomado la libertad de enviar una car ta de agradecimiento a Adolf Hitler para reconocer este regalo oficial, símbolo de la unidad entre nues tros pueblos.

19

9 de agosto de 1945. Una foto en blanco y negro inmortaliza el momento. El Hudson en primer plano, el Santa Rosa en segundo y, al fondo, el skyline unido al cielo y al río por la espesa humareda de vapor blanco que sale de la enorme chimenea delantera del barco. Nejiko entra, asombrada, en la bahía de Nueva York. Lo que siente tiene mucho más colorido de lo que sugiere la foto, con el azul inundando el cielo, los edificios de ladrillo, las torres, los rascacielos, ese bosque construido, que se eleva hasta donde alcanza la vista, donde se reflejan las sombras.

El barco gira y bordea la Estatua de la Libertad, lo que provoca los vítores de los marineros y soldados americanos. El capitán hace sonar una sirena larga. Los gritos de alegría se redoblan. «¡Tierra!». Los cascos y

los sombreros bob de los soldados vuelan en la cubierta del barco. ¡América! ¡De vuelta a casa!

Nejiko piensa en su país. Empieza a soñar con una tregua en esta guerra interminable y, por qué no, con la paz. Oga le ha contado que en el Pacífico la guerra aún sigue en pleno apogeo. El ejército japonés está decidido a luchar hasta el final. Si te caes siete veces, levántate ocho. Es el orgullo bushido, ese código de honor del Japón medieval que impone la lealtad y el honor hasta la muerte. Al igual que los nazis, los altos dignatarios del ejército japonés desean arrastrar a los civiles en su caída: existen unidades de combate de ciudadanos patriotas armados con cinturones explosivos que les permiten, como último recurso, arrojarse sobre los tanques americanos para detener su avance.

Antes de desembarcar, Oga y el embajador Oshima son convocados a la sala de mando, adonde se dirigen escoltados por hombres armados. El almirante les pide que se acomoden cerca de los instrumentos de comunicación. Los dos hombres están preocupados hasta que el almirante se dirige a Oshima y le tiende un teléfono.

—Señor embajador, tengo el honor de presentarle al presidente de los Estados Unidos de América, el señor Harry Truman.

Oshima guarda silencio antes de acercarse al receptor y saludar al presidente con deferencia y en perfecto inglés.

—Señor embajador. Usted no me conoce, pero yo lo sé todo sobre

usted. Interceptamos todos los telegramas que envió a su emperador desde Berlín, uno tras otro. Esto es lo que me da la certeza de que su opinión es importante para él.

Oshima encaja esta terrible noticia y comprende que ha dejado caer innumerables datos valiosos en manos enemigas. Permanece en silencio.

—Tres días después de la de Hiroshima, lanzamos otra bomba atómica sobre Nagasaki. Estalló a quinientos metros del suelo. La radiación de calor y la explosión, de un poder desconocido hasta el día de hoy, mataron instantáneamente a cuarenta mil personas. Cuarenta mil personas, señor Oshima, ¿entiende lo que eso significa?

A Oshima le zumba la cabeza.

—Vamos a poner a su disposición los medios para enviar un mensaje al emperador de Japón. Por el bien de su pueblo, pídale que se rinda incondicionalmente de inmediato. De lo contrario, todas las ciudades de Japón quedarán borradas del mapa, incluso la más grande, Tokio.

Oshima cuelga, atónito. Cuando Oga le pregunta qué le ha dicho el presidente americano, aún sigue temblando y se contenta con murmurar un acrónimo japonés que acaba de acuñar: Pikadon. Pika, «una gran luz». Y Don, que podría traducirse como «bum». Explosión y deflagración.

Oshima y Oga vuelven a bajar a cubierta. El barco acaba de atracar en la isla de Ellis. Nejiko y la delegación japonesa tienen instrucciones de permanecer en sus camarotes para los controles de identidad y equipaje. Un inspector alto, flaco y con las mejillas hundidas le pide cortésmente a Nejiko que declare su identidad y los motivos de su presencia en Alemania en el momento de su detención. Recordando el consejo de Oga, Nejiko habla de un trabajo como tutora de los hijos del embajador que alternaba, de vez en cuando, con clases de violín. El inspector parece satisfecho, pero aun así opta por echar un vistazo al violín, lo que hace que Nejiko se estremezca.

El hombre abre el estuche, saca el instrumento, lo gira y lo voltea para observarlo desde todos los ángulos; lo golpea, retuerce las cuerdas para hacerlas vibrar.

—¡No está mal como instrumento! Pero en los Estados Unidos es donde encontrará los mejores.

Desconcertada, Nejiko se limita a asentir. El inspector arroja despreocupadamente el violín sobre la cama del camarote y continúa el registro sin prestarle más atención. Recuperando poco a poco la respiración, Nejiko escucha al oficial decirle que se la llevarán con el resto de la delegación para dejarla en arresto domiciliario cerca de

Washington, en un hotel de lujo.

—¡Ya verá, estará a sus anchas, señorita!

20

Bedford Springs Resort. El nuevo arresto domiciliario de Nejiko es un hotel de lujo aislado en el corazón de las montañas Allegheny, convertido por el Gobierno de los Estados Unidos en una escuela de radio para marines. La CIA ha instalado micrófonos en todas las habitaciones. En los archivos de la prensa local puede leerse el revuelo que ha causado la llegada de estos nuevos vecinos. El día anterior, el titular del Bedford Post era «¡Ya llegan!» y la entradilla daba fe del estado de ánimo general: «Muchos de nosotros tenemos a muchachos encarcelados en campos japoneses. Mientras hospedamos a estos criminales en nuestro hotel más lujoso, los nuestros son torturados o pasan hambre». El Altoona Mirror, que nunca brilla por su moderación, afirma: «¿Desde cuándo jugamos a las enfermeras con estas ratas inmundas mientras nuestros chicos mueren en sus campos de concentración? ¿Quién querrá ir a este hotel después de que los japoneses lo hayan ocupado?».

Dado el contexto, la llegada de la delegación japonesa solo podía ser tormentosa. Cientos de manifestantes reunidos frente a las puertas del jardín del hotel recibieron el autobús gritando consignas como: «¡A prisión, no a la pensión!».

El 14 de agosto de 1945, el Gobierno de los Estados Unidos anuncia la rendición incondicional de Japón y el fin de la Segunda Guerra Mundial. Los habitantes se concentran en las calles de todas las ciudades del país para protagonizar masivas manifestaciones espontáneas de júbilo popular. Bedford no es una excepción. Los habitantes salen de sus casas para demostrar su alegría. Con la bandera americana ondeando al viento, algunos desfilan con sus coches pintados de rojo, blanco y azul, equipados para la ocasión con altavoces que escupen música patriótica en bucle. En la Ruta 220, frente al hotel Bedford Springs, los automóviles suben el volumen, aunque el ejército les impide detenerse.

El final de la guerra no va acompañado de la liberación de los japoneses de Bedford ni del cese de las hostilidades contra ellos por parte de la población. Pensando en calmar los ánimos, el director del hotel publica un comunicado con el que solo consigue agravar la situación, precisando que «los detenidos no pueden utilizar la piscina ni el campo de golf del resort» y que la cocina «es muy básica, al igual

que la decoración de las habitaciones». Las puertas del jardín están adornadas con gigantescos carteles en los que se puede leer: «Nuestros chicos siguen en la guerra y los japoneses se dan la gran vida».

Estas palabras surten efecto y, después de todo, merece la pena plantearse la cuestión: ¿Nejiko se da la gran vida? En esta prisión dorada, los días se suceden y se parecen entre sí. Todo el mundo está confinado en su habitación, salvo por los cortos y raros paseos por el jardín y las tres comidas diarias que permiten a los miembros de la delegación japonesa charlar y escapar del aburrimiento.

Me imagino a Nejiko en una fresca mañana de septiembre tomando el camino de grava que sube hasta el edificio principal para llegar al comedor. Son las ocho y media, la hora del desayuno. En las alturas se alargan estelas de niebla mientras unas voluminosas nubes blancas y grises se extienden por encima de las montañas más lejanas. Aquí y allá, un trozo de cielo azul, y cuando un rayo de sol se abre paso, el pueblo de Bedford brilla en el fondo del valle, más allá de los pinos oscuros que cubren las laderas.

Cuando entra en la sala iluminada de la planta baja, de techo ligeramente abovedado, Nejiko escucha un murmullo de voces y ruido de platos. Se disponen diez mesas grandes, cada una para ocho comensales. Ella ocupa el mismo lugar de siempre, frente a Oga y a la izquierda del director de orquesta Hidemaro Konoye. Sobre la mesa, huevos revueltos, tarros de mermelada y miel, leche, un bol de frutos secos y cereales. La decoración era entonces moderna, según los archivos de la ciudad que pude consultar, con lámparas de araña eléctricas de metal y grandes ventanales, dos de los cuales daban a una terraza.

Ha sido Oga quien le ha presentado a Konoye, una figura de la música occidental en Japón a quien Nejiko solo conocía de oídas. Primer japonés en convertirse en director de la Orquesta Filarmónica de Berlín en 1924, amigo de Furtwängler y Richard Strauss, también estaba en Alemania cuando los americanos lo detuvieron.

Konoye se sumó a la delegación del embajador Oshima poco antes de abandonar Europa y, como ellos, viajó hasta Bedford. Nejiko no pierde la oportunidad de aprovechar la experiencia de Konoye como director de orquesta. Esa mañana reanudan una charla iniciada el día anterior. Konoye explica que la dificultad de un violín, en una orquesta, es emitir un sonido que se transmita sin ser demasiado violento. El violinista debe protegerse de cualquier exageración, insiste. Oga los escucha, divertido, mientras su vecino de mesa, un cincuentón de mirada indiferente y curiosa que en otros tiempos fue chófer del embajador, se concentra en la comida.

Nejiko escucha con mucha atención a Konoye, pero le dice que la naturaleza profunda de un violinista es emitir un sonido muy suave, casi un susurro. Y eso es precisamente lo que le reprochaba su maestro Kamensky cuando empezó; quería que desarrollara un sonido más potente.

Encantado con la precisión técnica de su charla, Hidemaro sigue explicando que un violinista siempre debe sopesar la intención del director, que trata de obtener un efecto general. Y concluye, como si le confiara un secreto:

—La naturaleza profunda de un instrumento de cuerda es la no violencia... Puede haber potencia, pero siempre manteniéndose en la justa medida.

* * *

Hay que aceptar la evidencia. En el recinto protegido del Bedford Springs Resort, el ambiente es relajado y apacible, por lo que Nejiko no tiene motivos para sentirse angustiada. Como al resto de la delegación, empezando por el embajador Oshima, los americanos la tratan con cortesía y respeto. Para decirlo con toda claridad: la vida de Nejiko en Bedford dista mucho de ser desagradable. Las conversaciones son simples, se habla de cosas mundanas, del clima, de cómo se ha dormido, de la decoración del jardín, de las últimas noticias sobre la ocupación americana de Japón. Pero ¿qué mejor para una música que una rutina como esta? Su profesión la ha acostumbrado a trabajar siempre sola, a respetar una estricta disciplina de vida, a repetir sus ejercicios sin inmutarse, con la misma calma y la misma concentración. ¿Qué podría ser más tranquilizador? Incluso en tiempos de guerra, sus días siempre estaban organizados de acuerdo con el ritmo de sus pequeñas actividades diarias, lo que le permitía crear un marco protector. De modo que sí, su estancia en Bedford Springs es un paréntesis, un remanso de paz lejos de las bombas que encaja a la perfección con su rutina musical.

Comparada con algunos de sus compañeros de infortunio, se adapta con una facilidad desconcertante. También tiene más tiempo para escribir en su diario. Describe minuciosamente el placer que siente al escuchar el chirrido de la pluma sobre el papel o al escudriñar durante horas, acostada en la cama, las sombras de luz en las paredes, empapándose del silencio de la habitación, solo perturbado por su respiración.

Finalmente, poco a poco, vuelve a tocar el violín. Primero en secreto y luego cada vez más abiertamente, hasta que el personal del hotel y los guardias de turno la animan a hacerlo a la entrada de su

edificio.

Pero lo que en este momento ocupa más espacio en su diario es la arrebatadora pasión amorosa que experimentan Oga y ella. Al leerlo, no se tiene la impresión de que sea una simple melancolía tiernamente sentimental: es un estado ardiente, el frío, el calor, una embriaguez, una exaltación, un éxtasis, una fantasía, el sueño de una vida convulsa... En cada línea se siente esta alegría febril, esta fascinación repentina y brutal nacida de este forzado encierro. Sugiere con pequeños toques las primeras noches en que se abandona a él, las tardes que pasan envueltos en las sábanas, descubriendo sus cuerpos. ¿Eluden la vigilancia de los guardias? ¿Se benefician de su complacencia? ¡Qué más da! Nejiko decide confiar en Oga, recuerda el dolor del divorcio de sus padres, la mudanza con su cariñosa y tranquilizadora madre, su sentimiento de soledad, el papel de su tía Anna.

También le confía su sueño fracasado, sus ambiciones frustradas: nunca será una gran intérprete, una solista con talento. Fin de las grandes esperanzas. Está convencida de ello, aunque no es capaz de explicarlo. Todos esos esfuerzos, ¿valieron la pena…? A sus veinticinco años, la temeraria y decidida Nejiko no es más que una marioneta que se limita a poner buena cara, a engañar con el violín que le regaló Goebbels.

Los días en que ella lo ve todo negro, Oga prefiere cambiar de tema y hablarle de pintura. Evoca a su primo Onchi Koshiro, pionero de un nuevo arte del grabado al que llama «arte abstracto». Elogia la variedad de su trabajo y le promete que Koshiro le hará un retrato, un bijonga, una «imagen de mujer hermosa», inspirada en su última serie Ocho mujeres modernas.

Oga también le habla de su descubrimiento de la literatura americana, gracias a la biblioteca del hotel puesta a disposición de los residentes. Cita a Faulkner, London, Hemingway, Steinbeck y le entrega ceremoniosamente a Nejiko un ejemplar de El gran Gatsby.

Pasan las semanas. El aire se vuelve más frío, más húmedo. En el jardín, las hojas de los nogales, los arces y los robles empiezan a amarillear y luego caen. Está llegando el otoño. El pueblo va recuperando poco a poco su serenidad. Los guardias y los prisioneros se conocen; se ha establecido la confianza.

Persecuciones

Berlín – Tokio
1945-1946

21

La vida transcurre lentamente en Bedford. Nejiko aún ignora mi existencia. Yo solo la conozco por su nombre.

Creo que ya he dicho que, después de mi formación como trompetista clásico en el Conservatorio de París, en 1938, a la edad de veinte años, tuve la suerte de incorporarme a la Brigada Musical de los Guardianes de la Paz de la Prefectura de policía. Es una orquesta atípica cuyos integrantes, provenientes de las mejores escuelas, son músicos y a la vez policías. Además de participar en los conciertos de gala, actúan en todas las ceremonias oficiales y militares.

Mi modesto papel en la Resistencia interior parisina durante la ocupación me confirió un estatus especial en la liberación dentro de la orquesta de la Prefectura, hasta el punto de que, el 12 de enero de 1945, el prefecto Luizet me convocó en persona a su enorme despacho.

Frío, casi austero, el prefecto ha conservado las huellas de una educación rigurosa en Saint-Cyr, donde siguió las enseñanzas del general Leclerc y del capitán De Gaulle. Sin molestarse en levantarse ni apartar la vista de su montón de documentos pendientes de envío, me explica mi misión con tono cansado:

—Encontrar el violín Stradivarius perteneciente al sobrino del señor Braun, amigo personal del general De Gaulle.

Después de un silencio, deja sus gafas sobre la tapa de cuero verde del escritorio Luis XVI y se frota los ojos durante largo rato, suspirando. Intenta cruzar su mirada con la mía, pero yo estoy de pie frente a su escritorio, mirando al suelo. Él hojea mi expediente y formula esta sentencia, que me duele:

—Con usted como investigador, que es más músico que brigadier, todo parece tan simple como hallar un medallón en un campo de batalla.

* * *

Luizet no se equivocó. Desperdicié los primeros meses andando a tientas, siguiendo pistas falsas. Apenas he logrado reconstruir cómo transcurrió el día 20 de agosto de 1941, cuando los nazis detuvieron a Lazare Braun, el sobrino de Edmond Braun, y le confiscaron el violín.

Parisino de nacimiento y movilizado durante la Primera Guerra

Mundial, el padre de Lazare pensó que bastaba con respetar la ley para estar a salvo. Una ordenanza obligaba a los judíos de la zona ocupada a declararse como tales ante la Prefectura de policía. Lo mismo que otros ciento cincuenta mil judíos, Braun se inscribió dócilmente en el registro especial de la comisaría del barrio.

Este gesto le costará la vida a toda su familia. El 20 de agosto de 1941, junto con otros cinco vecinos, se encuentra en un rincón del patio de su edificio, a la espera de que concluyan las operaciones de búsqueda y control. Lazare Braun regresa a casa en este preciso momento. Un SS le pide su documento de identidad y, como lo ha olvidado en el piso familiar, el oficial lo acompaña para recuperarlo. Lo que sucedió a continuación me lo contó la vecina de al lado, una anciana de setenta años.

Al entrar en su casa, Lazare encuentra en el salón a un hombre con traje de tres piezas, camisa azul marino y corbata oscura, tranquilamente instalado en el sofá mientras examina su violín. Es Herbert Gerigk. Lazare Braun detalla el rostro del intruso. Lleva el pelo castaño y liso perfectamente peinado, pero un tupido remolino en el lado derecho le confiere un aspecto cómico. El ojo izquierdo, más grande que el derecho, refuerza esta impresión, añadiendo una escalofriante distancia a su mirada.

Gerigk se contenta con preguntarle a Lazare si el violín le pertenece y si es un Stradivarius. Lazare asiente. Visiblemente satisfecho, el hombre le dice que es musicólogo. Añade que, en nombre del Führer y del ministro de Propaganda, está obligado a confiscarlo.

El grito de desesperación de Lazare es tan terrible que llega hasta el patio y su dolor se clava en el vientre de la anciana que revive la escena mientras me la cuenta. El SS lo golpea violentamente en la cara con un palo para silenciarlo, tan violentamente que Lazare cae al suelo. Gerigk empieza a dar golpecitos con el pie en el pecho de Lazare, primero con suavidad, luego con más fuerza y, por último, de un modo frenético, como si imitara el ritmo de una partitura atonal. Los pulmones de Lazare están a punto de estallar.

—La atonalidad, he aquí un ejemplo de degeneración que combatimos en la música. Es un invento que revela típicamente el espíritu judío —concluye Gerigk mientras vuelve a meter el violín en el estuche. También coge algunas de las partituras antes de despedirse y deja que los SS se lleven a Lazare, a su padre y a sus vecinos a los autobuses de la RATP que los esperan al otro lado de la puerta. Drancy será su primera parada. Auschwitz, la última.

* * *

Para llevar a cabo la investigación que me encomendó Luizet, me reuní uno tras otro con todos los lutieres parisinos y les mostré una foto de Lazare y otra de su violín. Durante varios meses no avancé ni un milímetro, hasta que un día, en la rue de Rome, me encontré con un anciano que enseguida me dijo que había reconocido el violín de Lazare y que sabía quién lo tenía en su poder.

Era el 9 de junio de 1945, lo recuerdo muy bien. Esa mañana, el periódico de Camus, Combat, hablaba de nuevo sobre la muerte de Robert Desnos el día anterior, en el campo de concentración de Theresienstadt que el Ejército Rojo acababa de liberar. El rotativo reproducía uno de sus últimos versos, que aún soy capaz de recitar: «Porque los corazones que odiaban la guerra latían por la libertad al mismo ritmo de las estaciones y las mareas, día y noche».

Cuando entré en el taller del lutier, al fondo de un patio, el hombre estaba enderezando un diapasón de ébano con un cepillo alisador. Dos esquinas de un violín habían sido arrancadas. Las eclisas habían recibido golpes, el dorso estaba partido, el puente había desaparecido. Tenía el instrumento sobre una gamuza y lo trabajaba lentamente. Vestido con una bata de laboratorio, bisturí en mano, volvió a dibujar el filete con diligencia.

El ruido de la puerta le hizo levantar la vista. Le mostré mi documento de policía y le pregunté si había tenido que reparar o mantener un Stradivarius durante la guerra.

Antes de responder hizo una pausa.

—Un Stradivarius no, pero sí un magnífico Guarneri.

Para mayor tranquilidad, de todos modos, le enseñé la foto de Lazare con su violín.

—¡Sí, sí! Es este. Era este Guarneri...

Desconcertado, empezaba a preguntarme sobre la posible senilidad de mi interlocutor, pero en vista de que se mostraba tan categórico, acabé por escucharlo.

—He tenido este violín en mis manos decenas de veces. Me lo trajo una joven japonesa.

—¿Está seguro? ¿Cómo lo reconoce?

—Por la cabeza y el filete.

—Continúe... No soy un experto.

—La cabeza está hecha de arce, con ondas bastante anchas. El enrollamiento de la voluta es muy fino y particularmente delicado, y mire aquí... ¡Allí no! ¡Aquí! Sí, fíjese en la curvatura, tan ligera...

No estaba seguro de haber visto nada, pero observaba religiosamente.

—La coma termina en un pequeño botón redondo. Gracias a ese

detalle, mi joven amigo, los artesanos como yo sabemos de inmediato que se trata de un Guarneri. Y mire más de cerca la foto. El filete, dispuesto aparentemente sin ningún cuidado, descansa de hecho en el fondo de una garganta bien excavada...

Con la nariz pegada a la foto, me esforcé por discernir lo que era obvio para el anciano.

—Sin embargo, si se fija bien, verá que está incrustado bastante cerca del borde y termina en una lengüeta que no se desvía en el interior de la esquina. Esto revela sin duda la marca familiar y el estilo de Giuseppe Guarneri filius Andreae…

Terminó en un susurro, como si revelara un gran secreto o pronunciara el nombre de un santo:

—… el padre de Guarneri del Gesù…

* * *

La semana siguiente, el prefecto Luizet escucha mi historia. Relee varias veces el certificado redactado por el lutier y me pregunta una vez el nombre de esa joven violinista japonesa que había huido a Berlín.

«Nejiko Suwa», farfulla, y luego empieza a caminar por la habitación, con los brazos cruzados a la espalda. Finalmente, después de tres paseos de un lado a otro, se sienta y me dice que me da cuatro meses más para investigar con la mayor discreción.

—Salga lo antes posible para Alemania. Vaya a ver a mi asistente personal; le dará tres mil francos en efectivo y el contacto de Rose Valland. Ella es quien gestiona sobre el terreno, con los americanos, la recuperación de obras de arte robadas por los nazis. Con un poco de suerte, ese violín ya estará en sus manos. Vaya a verla directamente de mi parte. Es una amiga.

22

Cuando Nejiko llega a Bedford, yo acabo de poner un pie en Berlín. Me llevan del aeropuerto militar al cuartel general de las fuerzas francesas, en Berlín-Wedding, por una carretera desierta pero salpicada de barricadas y puestos de control. Me asombro al descubrir esta ciudad destruida y devastada, el caos que reina, las montañas de escombros, los enormes agujeros de las calles, las ruinas, los desniveles entre edificios pulverizados, y estos soldados impasibles en los que se detecta el desprecio que sienten por las mujeres, los niños y los pocos ancianos que limpian las calles.

Como me ha sugerido el prefecto Luizet, acudo de inmediato a Rose Valland. Es cualquier cosa menos agradable; nunca está disponible e intimida a todo el que le haga perder un minuto, incluidos los americanos. Responsable —en colaboración con la Comisión Americana para el Rescate de Monumentos Artísticos— de la recuperación de cuadros, estatuas de bronce y esculturas robadas, Rose Valland, la discreta conservadora de la Orangerie, está poseída por su misión. Yo tengo veintinueve años; ella, cuarenta y siete, y un carácter fuerte y un físico austero con sus gafas redondas, su pelo corto y su uniforme militar. Cuando le explico el motivo de mi visita, se echa a reír.

—¿Un violín? Pero ¿se hace usted una idea de la tarea que supone llevar de vuelta a Francia las obras de arte saqueadas de los museos nacionales…? ¡Un violín! ¿No tiene nada mejor que hacer?

* * *

Las primeras semanas son difíciles. Rose Valland deja que me pudra en la zona francesa de Berlín Occidental mientras ella pasa su tiempo en territorio americano y británico.

El cuartel Julius-Leber sirve de cuartel general a los franceses y todos lo llaman Cuartel Napoléon, sin duda en memoria de pasadas grandezas y victorias. Una alusión a la batalla de Jena, me aclara un día mi vecino de al lado en el alojamiento que me han adjudicado en Cité Foch, en Berlín-Wittenau. Es un joven soldado del 46.o Regimiento de Infantería. Un tipo curioso, de físico vigoroso, alto y ancho, pero con unos ojos pequeños y pálidos, casi incoloros. Intento mantener las distancias con él por sus incesantes diatribas sobre los

homosexuales; bueno, los «maricas», como suele llamarlos, o las «tortilleras», como Rose Valland, «con su puta asistente americana». Por no mencionar sus coplas sobre las mujeres alemanas cuya violación solo sería justicia… A partir de ahí, nuestras charlas no van demasiado lejos, salvo un día en que me deja atónito cuando me revela su pasión por el jazz. ¿Cómo puede un ser tan burdo disfrutar de esa música para iniciados?

En cuanto se entera de que soy trompetista, me abre todas las tardes las puertas de la zona americana, de un nuevo Berlín cuya existencia nunca hubiera sospechado. Cruzando los puestos de control con mi trompeta como bandera, deambulamos por los clubes donde se mezclan alegremente soldados y oficiales de alto rango.

Estos momentos me recuerdan a los que viví en la liberación de París, o antes de la guerra. El mismo viento de libertad, esa poderosa energía que me había llevado a frecuentar los locales de Saint-Germain-des-Prés.

En 1937, mi amigo Boris Vian y yo nos codeábamos con Hugues Panassié en el Hot Club de France. Nos reuníamos todas las tardes para tocar cuando no íbamos a conciertos: Django Reinhardt en Pigalle, o Duke Ellington, en abril de 1939, con motivo de su segunda gira europea... ¡Qué genialidad! ¡Y también qué euforia, qué clase, qué ritmo! Todavía recuerdo la emoción de Boris cuando me gritaba al oído: «Mi querido Félix, sin jazz, la vida sería un error...».

Al acabar la guerra, Boris y yo nos reencontramos, ebrios de alegría, en los mismos sótanos de Saint-Germain, tocando con Claude Luter, un destacado saxofonista, en el New Orleans Club, en el Caveau des Lorientais. Respirábamos jazz como un inmenso soplo de libertad.

De modo que imagínense mi emoción al descubrir el Berlin Jazz. En esos clubes improvisados, el jazz une a alemanes y americanos. Hermosa venganza de la historia cuando sabemos que, desde los años treinta, los nazis siempre han intentado obstaculizar esta «música negra», sin conseguir frenar el entusiasmo de la juventud por el swing, hasta su prohibición definitiva en 1943, a instancias de Herbert Gerigk.

A lo largo de la guerra, el swing siguió siendo la música de los que resistieron, y con este símbolo resurgió el jazz en 1945 en el Berlín liberado.

Paso todas las tardes en clubes efímeros y espontáneos, viejos albergues reconvertidos. El ambiente es festivo y, cuando hay una actuación, la despreocupación se impone a los rencores más obstinados. Todo este crisol, toda esta música cosmopolita, absorbe las influencias y los orígenes más diversos: negros, blancos, alemanes,

franceses y, sobre todo, americanos e ingleses, hombres, algunas mujeres, una misma comunidad que reúne, con notas, riffs y beats, la esperanza y la libertad.

Menciono esto porque fue en uno de esos sótanos caprichosamente iluminados donde me hice amigo de un oficial de alto rango del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Un pianista fenomenal que desplegaba un sonido amplio y bello, una forma de tocar sutil que era a la vez suave e intensa, pero también, en algunos crescendos, de una velocidad de ejecución impresionante. Él al piano y yo a la trompeta, nos abandonamos a algunas improvisaciones que aún hoy me dan escalofríos. Muchas baladas, pero también algunos ritmos centelleantes de melancolía quebrada y líneas de be-bop, alternando las melodías y retomando la estructura elaborada por el otro hasta que el público nos aclamaba.

Una de esas noches en las que la sala se mostraba especialmente entusiasmada, le cuento mi investigación sobre la violinista japonesa, Nejiko Suwa, mientras guardamos nuestros instrumentos. Le pregunto si por casualidad tiene contactos en la embajada japonesa en Berlín.

Aunque se muestra evasivo, al día siguiente me saluda con una buena palmadita en la espalda y me ofrece esta valiosa información:

—Toda la delegación ha sido encarcelada en Bedford, en los Estados Unidos. Si tu violinista existe, solo puede estar allí. Pero no te servirá de nada precipitarte. Dentro de un mes los devolverán a todos a Tokio. ¡Búscala cuando llegue el barco!

23

La libertad siempre tiene un precio. Para Nejiko es el de la expiración del contrato firmado entre la dirección del hotel Bedford Springs y el Departamento de Estado americano. Los dueños del hotel pretenden aprovechar la renovación del contrato de alquiler para aumentar la tarifa mensual. ¿Qué podría justificar mantener un arrendamiento tan bajo cuando la guerra terminó hace varios meses? Los funcionarios se toman su tiempo, despliegan un montón de argumentos y procedimientos, pero el presidente Truman es quien tiene la última palabra. Japón se ha rendido incondicionalmente. Ya no hay ninguna razón para prolongar el arresto de esta delegación.

Es 14 de noviembre de 1945. En Bedford, el invierno ha llegado temprano. Durante los últimos días ha llovido mucho; después la lluvia se volvió sucia, de un color gris blanquecino, y se mezcló con la nieve. Entretanto, las temperaturas también bajaron considerablemente, por lo que el valle está cubierto ahora por una fina capa blanca, húmeda y parcheada que contrasta con el manto de las montañas negras.

Acostada en la bañera, Nejiko deja pasar el tiempo, absorta en sus pensamientos y preocupaciones. Está anocheciendo; un ligero rubor anima el cielo gris, ese estado de transición descolorido, inanimado y triste que precede a la noche. Este mismo día, un poco antes, Oga le ha dicho que toda la delegación abandonaría Bedford en un plazo de cuarenta y ocho horas. «De vuelta a Japón». Lo dijo en un tono indiferente y neutral. Nejiko permaneció en silencio, sin responder, dividida entre la alegría de reunirse con los suyos y el miedo de retomar una vida que nunca será tan intensa como la que ha vivido en los diez últimos años.

Oga nunca ha ocultado su intención de reunirse con su familia y su esposa en Kioto cuando regrese de la guerra.

Él tiene treinta y siete años y Nejiko, veinticinco.

El agua tibia devuelve a la joven al cuarto de baño. Quita el tapón de loza y luego se enrolla una toalla en forma de moño alrededor de la cabeza antes de envolverse el cuerpo con otra, desde la parte superior de los pechos hasta los muslos. La penumbra se ha instalado en la habitación. Enciende una pequeña lámpara con reflejos dorados y se pone su yukata, un kimono ligero de algodón que viste antes de

acostarse. Se ata el cinturón con un leve susurro de la tela.

Nejiko se tumba en la cama con su cuaderno y su violín. Cierra los ojos unos segundos y se ve a sí misma de niña, en invierno, cuando sus padres la llevaban a la casa de su abuela en Nikko. La nieve. El frío cortante acentuado por las ráfagas de viento. El lago Chuzenji cerca del pueblo, incrustado en las montañas al pie del monte Nantai. La estrecha casa de madera donde su abuela les servía sopa caliente con tofu y esos champiñones negros de formas extrañas. Su padre parecía muy incómodo en medio de esa miseria.

En el fondo —empieza a escribir— es cierto lo que le dijo Gerigk en una ocasión: la guerra es sucia y triste, pero cuando estás en el lado bueno, la vida no resulta tan miserable después de todo. Conocer esa sensación de que cualquier cosa es posible, codearse con genios como Furtwängler, formar parte de una de las orquestas más prestigiosas del mundo, dormir en palacios y descubrir las capitales más bellas... Todo eso se lo debe a la guerra. En algún lugar, la vida es solo una cuestión de circunstancias, y si el azar la vio nacer japonesa, si la mandó a Europa del lado de una Alemania aliada de Japón, si vivió esta vida fue porque su destino estaba escrito de antemano.

En su cuaderno, utiliza la palabra shukumei en lugar de unmei para decir «destino». Shukumei es la pura casualidad, la fatalidad, todo lo que no se puede prever.

Luego escribe estas palabras:

«En esta nueva vida que me espera, eres el único ser que puede apoyarme. Mi querido violín, aquí estamos ahora, aferrados el uno al otro. Tú y yo terminaremos nuestros días juntos. Solos, pero juntos».

24

El director Hidemaro Konoye le susurra al oído a Nejiko en la noche cerrada de las montañas Allegheny, justo antes de que ella salga al escenario para interpretar la pieza que cierra esta velada de despedida. «El enemigo. ¿Quién es realmente?». Extrañas palabras que el

Lleva un vestido de seda ligera de la casa Lelong, tan oscuro que casi parece negro, que había comprado en la avenida Matignon de París. El escote, redondo y discreto, solo deja ver el cuello hasta la unión de las clavículas, y, por detrás, las vértebras de la nuca, que sobresalen un poco debajo del pelo cuando inclina la cabeza. Hace un último ajuste con su violín, se coloca a una considerable distancia del micrófono y da un paso para evitar un rayo de luz que la ciega.

En la sala, los invitados se mezclan alegremente: japoneses, oficiales americanos, personal del hotel, soldados y periodistas. Todos se han arreglado: los caballeros llevan traje de etiqueta, mientras que las damas lucen joyas y vestidos de noche. Sobre las mesas, botellas de champán y canapés. Un ambiente festivo salpicado de risas.

Son casi las once. Lentamente, el campo de visión de Nejiko se va velando. Se lanza y da comienzo al vigesimocuarto Capricho para violín solo de Niccolò Paganini en la menor. El público se queda petrificado. La música se despliega, para empezar, con el casi presto que Nejiko toca con ardor, desbaratando todas las dificultades. Luego ejecuta las variationi con una elegancia desconcertante y, acto seguido, llega la conclusión, suave y melodiosa, antes de un punto de aceleración hecho de cuerdas dobles y triples hasta el vuelo final. Gotas de sudor en la frente. Unos momentos de silencio y el público se levanta, casi atónito, y luego enloquece. Un estruendoso aplauso sacude la sala. Se elevan los vítores. El entusiasmo del público resuena y Nejiko responde con una sonrisa graciosa y chispeante.

La noche cae sobre Bedford. La multitud pide un bis. Le ruegan que interprete una última pieza, aunque sea algo muy breve. Nejiko busca un pianista en la fila de músicos, reconoce al soldado que interpretó las primeras piezas al piano y lo invita a unirse a ella. «Nocturno, opus 9, Chopin», le susurra. Él sonríe y asiente, y luego toca las primeras notas, lentas, suaves, cálidas, largas. Nejiko continúa en la decimoquinta. La armonía es perfecta; ella cierra los ojos y comienza un largo lamento, un aire tierno y nostálgico con una llamativa

igualdad de timbres. La música avanza, regresa, sube, baja en la amplia y profunda melancolía del vacío de las montañas.

* * *

Al amanecer del día siguiente, mientras dormita en el autobús que la conduce con el resto de la delegación a la estación de Washington, una espesa niebla gris envuelve sus recuerdos de la noche anterior. Un tren debe llevarlos a Seattle, donde los espera el buque de transporte de tropas USS General George M. Randall para cruzar el Pacífico.

En la estación, los andenes están mojados bajo los pies de los viajeros. Despunta el día, cubierto aún por un tamiz gris y frío. Los empleados de la estación se mueven en medio de un ruidoso bullicio mientras los altavoces guían a la delegación japonesa hasta el tren de la Northern Pacific Railway, fletado exprofeso para cruzar los Estados Unidos de este a oeste. El tren circula a una velocidad constante.

En el vagón del embajador, Nejiko se concentra en el espectáculo de los postes de telégrafo que desfilan a un ritmo casi metronómico y se transforman en un tictac interior. Añade las notas que emite la locomotora al deslizarse sobre los raíles y las más cálidas y redondas del ligero alboroto de las voces, creando en su imaginación una obra musical en movimiento.

Nejiko abre El ruido y la furia. Se olvidó de devolver la novela de Faulkner a la biblioteca del hotel. Sentado justo detrás de ella, a Oga le divierte que la joven haya cogido la novela más musical de la biblioteca de Bedford. En este libro, le explicó, Faulkner es compositor. Todo está muy ordenado con el primer movimiento, moderato, la vida contada por un idiota; el segundo movimiento, un doloroso adagio, es un monólogo interior del personaje; el tercero, un allegro puro y franco, es otro monólogo a través de la mirada odiosa de Jason, y el cuarto movimiento alterna entre allegro furioso y andante religioso antes del apaciguamiento de un lento final.

Con este nuevo prisma de una novela transformada en sinfonía, Nejiko ya no levanta la vista hasta la última frase, un lento sonoro que resuena cuando pasan por la estación de Chicago. El tren no se detiene, continúa su viaje durante largas horas hasta llegar a Milwaukee, después hacia Wisconsin y sus inmensos espacios y luego a Mineápolis. Cruza haciendo sonar la sirena los vertiginosos puentes que jalonan la ruta y luego empieza a reducir la velocidad a medida que se acerca a Grand Forks, que marca la entrada a Dakota del Norte. El tren serpentea por el sinuoso desfiladero; se ven los primeros vagones y el motor que escupe nubes de humo pardo. Las aguas

murmuran a la derecha y, a la izquierda, los pinos se alzan entre peñascos hacia el cielo gris piedra. Hay largos túneles oscuros y, cuando salen de nuevo a la luz, Nejiko divisa pueblecitos en las profundidades de vastos abismos.

* * *

Cuando cae la noche, Nejiko, adormecida en su vagón, escucha vagamente el susurro de una conversación a sus espaldas. Oga le cuenta al asesor militar del embajador que una noche, en el hotel Adlon, Eichmann le habló con gran detalle de los convoyes de trenes y de las cámaras de gas que permiten tratar —recordó esta palabra— «cantidades industriales de judíos».

Con el ruido de los raíles y la locomotora, Nejiko no lo entiende todo, solo escucha fragmentos. «El embajador telegrafió estos... al emperador... ninguna... alcanzó... La guerra... la desgracia... ¿Qué pasará si...? Cuentas...».

La oscuridad cubre la inmensidad de los espacios. Se ha levantado una violenta ventisca. Nejiko tiembla bajo su abrigo, helada por el viento que penetra con un estridente silbido por los intersticios de los compartimentos. Cuando se despierta, el sol es puro e intenso. Se deja llevar por la belleza de los paisajes: las montañas cubiertas de nieve a lo lejos, los bosques de abetos blancos que llegan hasta Montana y los parques nacionales que el tren recorre a paso más lento.

19 de noviembre Sigo preguntándome sin cesar si no hubiera sido mejor que nunca hubiera ido a Europa. La única certe za: toda esta peligrosa aventura ha sido interesante y romántica. De todos modos, siempre me había pro metido a mí misma que llevaría una vida diferente a la de las otras niñas y, más adelante, a la de las amas de casa corrientes. No quiero, como la mayoría de la gente, haber vivido para nada.

20 de noviembre Por fin hemos llegado al puerto de Seattle... Estamos a bordo del USS General George M. Randall con mil trescientos repatriados. La mayoría de ellos charlan sobre el estado de nuestro país. Tokio parecerá Berlín, completamente destruida y aniquilada. Mi corazón ya está furioso.

21 de noviembre Gran error. He retomado el violín, pero mi motivación ya no existe. En el crescendo, mi fraseo ha sido atroz. Malo. Una acumulación de errores. Horrible. ¿Quién apreciará mi forma de tocar en Japón? Todo está en ruinas, la gente tendrá mejores cosas que hacer que escucharme en un concierto… Además, ¿quién me conoce allí?

22 de noviembre La guerra, qué arritmia, qué caos. Es imposible que el ritmo y la armonía se apoderen de este espacio. Debacle, dispersión de notas y

timbres. Disonancias. Roturas.

23 de noviembre Oga dice que los americanos están grabando conversaciones en el barco. Todos nuestros ahorros en las cuentas de Alemania y Japón han sido bloqueados. También piensa que, cuando regresemos, lo arresta rán y lo juzgarán junto con el embajador. He inten tado tranquilizarlo, pero me ha hecho un gesto para que me alejara. Parece que ha perdido toda esperan za. O bien se aleja de mí, ahora que sabe que se reen contrará con su mujer.

24 de noviembre Anoche, muy tarde. ¡Tres golpes en la puerta de mi camarote! ¡Qué miedo! Alabado sea Dios, era Oga. ¡Qué alegría! ¡Qué noche más ardiente! ¿La última?

25 de noviembre ¡Debería hacer una lista de los artículos comprados en Europa que nunca volveré a ver! Aparte de mi vio lín, mi vestido de Lelong y mi partitura original de Bach, lo he perdido todo… Mi estola de cachemira de la rue du Bac, mis bufandas, mis pañuelos, mis per fumes. Mi sombrero de campana, de fieltro verde de Mühlbauer, en Viena. Incluso mi broche de Bulgari de via dei Condotti, en Roma…

25

Segundo martes de diciembre de 1945. Aunque esta escena la viví en primera persona, me cuesta mucho recuperarla. Los planos se superponen: la llegada del USS General George M. Randall entre la espesa gasa grisácea que nubla el cielo del puerto de Tokio; los soldados bromeando entre ellos, al pie de sus jeeps verdes; la pequeña multitud de japoneses, tranquilos, impasibles, con la esperanza de reencontrarse con un ser querido.

Conseguí alistarme en las tropas americanas como supuesto periodista francés para cubrir la ocupación militar de Japón. Esa gélida mañana de invierno me encuentro allí, en el muelle de Tokio, con los veinte reporteros acreditados, la mayoría americanos y japoneses, esperando el barco que repatría a los mil trescientos japoneses. Llevo la foto de Nejiko Suwa que me dio Boris Kamensky cuando lo conocí durante mi investigación en París, así como la hoja de evaluación manuscrita de 1938 que redactó sobre ella, como hace con todos sus alumnos. Sigo retorciéndola entre mis manos protegidas con guantes de lana, leyéndola y releyéndola para pasar el tiempo y el frío.

Nejiko Suwa

Alumna disciplinada y diligente. Humilde y paciente. Presta atención a los consejos.

Aunque no tiene cualidades musicales innatas, muestra una verdadera intuición en la ejecución y una gran honestidad en la interpretación.

Para ser una joven japonesa, posee un gran conocimiento del ambiente musical europeo y sus obras.

Sólida base de enseñanza recibida en Japón. Corrección técnica. Vibrato claro.

Carácter (de música) que hay que consolidar.

Un revuelo anima bruscamente el ambiente. Siento emoción ante la idea de que la mujer a la que he estado persiguiendo durante meses salga del barco. Observo la masa de pasajeros que bajan. Nadie se corresponde con el retrato que tengo en mis manos.

A contracorriente, rozo abrigos, maletas e incluso llego a llamar a dos jóvenes que, inquietas, aceleran el paso. Anoche dormí mal: no tengo ningún plan para hacerme con el violín y, cuanto más lo pienso, más me digo que las pruebas de que dispongo están lejos de ser abrumadoras. Y por añadidura, los americanos intentan pacificar las relaciones con la población: imposible provocar el más mínimo

incidente en público.

La multitud se está dispersando frente al barco. Rodeado de soldados, el embajador Oshima aparece en el puente donde varios oficiales americanos lo detienen de inmediato y lo obligan a subir a un enorme sedán negro. El vehículo arranca con un gran estruendo, escoltado por cuatro jeeps. Entonces es cuando la veo. No tengo la menor duda. Una maleta en una mano y un estuche de violín en la otra. Es hermosa, muy hermosa, incluso más que en la foto. Tiene veinticinco años, yo pronto cumpliré treinta. Me digo que, entre músicos, seguramente nos entenderemos: se lo explicaré todo, ella lo comprenderá y me devolverá el violín de Lazare.

Saco mi libreta y mi falso carné de periodista para ponerme en situación y me acerco a ella lo más sonriente posible para no preocuparla.

—En mi país ya la echa de menos todo el mundo —le digo en francés.

Ella me pregunta quién soy y ataco de inmediato.

—Un periodista interesado en su violín. Se dice que Goebbels se lo regaló y que tiene un valor incalculable. ¿Es el que tiene en sus manos?

Un destello de pánico cruza sus ojos. Busca con la mirada a alguien que no está allí. Se lo vuelvo a preguntar y ella responde con evasivas. Termina lanzando un suspiro, muy molesta:

—Sí, es este. He arriesgado mi vida para protegerlo durante la guerra y seguiré haciéndolo.

Ella mira para otro lado, trata de escabullirse de mí. Le corto el paso y, como sé que no me queda mucho tiempo, opto por darle de una sola vez toda la información acumulada durante mi investigación.

—Los nazis le robaron su violín a un joven francés llamado Lazare Braun. ¿Y sabe por qué se lo robaron? Porque era judío. ¿Y sabe qué le ocurrió? Como todos los judíos, fue asesinado. Si acepta enseñarme su violín, podré autentificarlo. Mire, aquí tengo una foto de él con su violín. Unos días después, los alemanes lo deportaron a uno de sus campos de exterminio…

Durante mi perorata, veo que Nejiko pierde la compostura. Tiene una expresión petrificada, abrupta y triste. Se tambalea. Extiendo el brazo para sostenerla, pero temiendo que intente cogerle el violín, se libera y echa a correr.

—¡Déjeme en paz! —grita.

Varios rostros, americanos y japoneses, se dan la vuelta, alertados. Hago un gesto para decir que todo va bien, que se trata de un error. Aprieto los puños y maldigo a esta japonesa. Primer encuentro. Una

actuación torpe. Fugaz y fría.

26

A partir de ese momento, el tiempo se dilata. Los cuadernos de Nejiko se vuelven más vagos, menos precisos, y los escritos más raros. Algunas huellas, dispersas. Simples anotaciones que se acoplan a los torbellinos de la vida.

De regreso en casa de su madre, en Mejiro, Nejiko cae enferma. Envuelta en las mantas, abrumada por las oscilaciones de la fiebre, tirita sudorosa. No para de toser. Después de uno de sus mareos, escribe este sueño visionario.

Se imagina a sí misma en un tren, con su violín carbonizado por las llamas después de una redada. Escucha el ruido de un cuatrimotor americano que traza amplios círculos sobre su cabeza, pero en vez de detonaciones y explosiones, los altavoces emiten música que se mezcla con el zumbido del motor. ¡Jacques Offenbach, Orfeo en los infiernos!

Más tarde, su madre le contó que, mientras estaba enferma, un bombardero americano estuvo transmitiendo música desde el cielo de Tokio, pero no de Offenbach. Para apaciguar a la población, el general MacArthur decidió reemplazar las bombas por Beethoven, que le gusta especialmente.

* * *

La madre de Nejiko, desesperada por lo que parece ser la aparición de un principio de neumonía cuando ya no hay más medicamentos disponibles en la ciudad, decide recurrir al enemigo como último recurso. Implora al comandante supremo de las fuerzas aliadas que permita que su hija sea tratada en el hospital militar americano.

Esta es su carta, que pude encontrar:

Señor general MacArthur:

Es con el corazón destrozado que me tomo la libertad de dirigirme a su excelencia para suplicarle que
acuda en ayuda de mi hija, Nejiko Suwa.

Todo un prodigio musical, es hoy la violinista más grande de nuestro país tras años de gira internacional.

Por desgracia, ha caído gravemente enferma y yo no tengo los medios para tratarla ni los recursos para darle los alimentos que le permitirían combatir su enfermedad.

Me dirijo a usted como comandante supremo, pero también como melómano; a usted, que ha sustituido las bombas de sus B-29 por la música de Beethoven.

Adjunta a esta carta encontrará la grabación de una de las últimas composiciones de mi hija.

Su excelencia, le imploro con humildad que responda favorablemente a la súplica de una madre soltera preocupada por su hija. ¡Ayúdela! Solo usted puede salvarla.

¿Leyó MacArthur esta carta? No tengo pruebas de ello. Sin embargo, unos días después de que su madre la mandara, Nejiko ingresó en el hospital militar americano, en el barrio de Hibiya.

Durante toda su vida, excepto quizás el día en que decidió dejar Japón por su cuenta para continuar su formación musical en París, Nejiko se ha beneficiado del destino, del shukumei, de las oportunidades que, a su pesar, se han decidido en su lugar. Y se servirán de ella durante su vida como si fuera un símbolo. No de su música, ni siquiera realmente de su violín, sino de ella, de lo que encarna: en otros tiempos fue la intérprete japonesa afincada en Europa que selló la alianza de los dos imperios, y ahora, la violinista japonesa formada en Europa, un modelo que seguir en este nuevo Japón modernizado que el general MacArthur ha venido a construir.

De modo que sí, los americanos la vuelven a poner en pie y no una sino dos veces, con la idea de que pueda recorrer el país con su violín para subir la moral de la población.

Nejiko lo aprendió de Goebbels: la guerra y su continuación son solo una cuestión de comunicación y propaganda controlada. En este campo, los americanos no son una excepción. Douglas MacArthur está interesado en que el emperador de Japón sea exonerado en el juicio de Tokio que está a punto de comenzar. Exministros y generales del ejército, embajadores en Berlín, en Roma... Esos deben ser declarados culpables de la doctrina expansionista de Japón, pero no Hirohito. A él hay que utilizarlo para mantener la estabilidad del país, exhibirlo como el títere de un folclore pasado, como herramienta para repeler el comunismo. Esto es esencialmente lo que el general le dijo al presidente Truman.

* * *

El 1 de enero de 1946, cuando Camus proclama en el Flore, ante un público de amigos entusiastas, la rebelión metafísica que conduce al rechazo de Dios, Nejiko se encuentra en su habitación de hospital escuchando por primera vez, asombrada, la voz de Hirohito a través del transistor. ¡Ningún emperador se ha dirigido nunca de viva voz a su pueblo! Pronuncia su declaración de humanidad, ningen sengen, cuyo texto le han dictado los americanos:

—Los lazos que me unen a vosotros, mi pueblo, se basan en una relación de confianza y respeto mutuos, no se reducen a meros mitos y

leyendas. Tampoco se basan en las concepciones caprichosas que hacen del emperador una divinidad revelada y de los japoneses un pueblo superior a todos los demás y destinado a dominar el mundo.

Se acabaron los milagros. La humanidad está despertando y poco a poco abre los ojos: a los crímenes y a las masacres, a las posiciones ambiguas y a los compromisos. Ha llegado la hora de la verdad. Para los dioses, las deidades vivientes, los militares, los generales, los políticos, los embajadores, los traidores e incluso los músicos.

* * *

La tía Anna, que ha venido para hacerle compañía a Nejiko en la habitación del hospital, le cuenta que Wilhelm Furtwängler ha sido detenido en Berlín por una comisión de desnazificación creada por los americanos. Implicado públicamente, denunciado por el nuevo poder y los aliados, ha sido sometido a humillantes interrogatorios en los que han salido a la luz sus relaciones con altos dignatarios nazis, en particular con Goebbels.

—¿Cómo se puede detener a un hombre con tanto talento? —se indigna Nejiko—. ¿Arrastrar su honor por el suelo por el mero hecho de que se negó a dejar los instrumentos para tomar las armas? Pero ¿qué ha sido de él?

Su tía le dice que finalmente lo han exonerado porque, al parecer, muchos músicos judíos han salido en su defensa. Le lee una carta que Yehudi Menuhin le dirigió al general representante del Gobierno americano en Berlín: «En muchas ocasiones, Wilhelm Furtwängler arriesgó su vida y su reputación para proteger a amigos y músicos de su orquesta. No creo que el hecho de permanecer en su país, especialmente para hacer su trabajo, que se asemejaba a una especie de “Cruz Roja” espiritual o a una misión pastoral, justifique una condena. Todo lo contrario. Como miembro de las fuerzas armadas, debería saber que, a veces, permanecer en su puesto requiere más valentía que huir».

¿Existe un veredicto más difícil de emitir para un juez cuando se trata de evaluar si un artista que continúa haciendo su trabajo aprueba o apoya un régimen?

Imagínense la perplejidad del jefe de gabinete del comandante supremo de las fuerzas aliadas en Japón cuando me recibe… ¡La violinista prodigio Nejiko Suwa, símbolo de la nueva amistad americano-japonesa, tendría como instrumento un violín robado a un músico judío francés que murió en un campo de concentración!

Revisa el certificado del lutier parisino, las fotos, la orden de mi

misión firmada por el prefecto Luizet y, por último, las copias de la edición de 1943 del periódico The Asahi Shimbun donde Goebbels, muy sonriente, entrega el violín a Nejiko. Al final se levanta y me da una palmadita en el hombro mientras me acompaña a la salida: «What a story! Amazing…».

Al día siguiente cuatro soldados se presentan en el sencillo hotel de Mejiro donde me alojo. Me anuncian que tienen la orden de obligarme a abandonar inmediatamente Japón en el primer barco que zarpe con destino a Los Ángeles.

Pantomimas

Tokio – Los Ángeles
1946-1951

27

Primavera de 1946. Con más lirismo del que jamás seré capaz, Nejiko escribe sobre su placer al redescubrir las impresiones apacibles de su infancia, los olores que había acabado por olvidar. Todas las líneas están repletas de cerezos blancos o rosas, parterres de tulipanes amarillos y naranjas, macizos de azaleas, hortensias, rosas, sendas de alcanforeros que recorren las empalizadas, ginkgos, magnolias...

Casi podríamos olvidar a los miles de vagabundos que siguen refugiándose en las estaciones subterráneas del metro; las cosechas aún catastróficas; los enfermos que mueren en los hospitales, más de hambre que de enfermedad; las cartillas de racionamiento; las humildes judías cocidas; la escasez de carbón, el caos en el transporte... No hay ninguna mención a esta realidad en el diario de Nejiko. ¿Será porque después de haber estado tan cerca de la muerte se siente renacer en este país de refinamiento sin igual? ¿Porque cree que, sean cuales sean las circunstancias de la vida, ella, Nejiko, siempre se las arreglará gracias a su talento musical? ¿O es simplemente un hechizo para que vuelva la felicidad?

* * *

A cambio de aceptar una gira musical de varios años por todo Japón, los americanos han desbloqueado los ahorros y las cuentas en el extranjero de Nejiko. Ella deja que su madre y su tía Anna lo aprovechen; les hace comprar comida, madera y ropa en el mercado negro de Ikebukuro. También se regala a sí misma un piso en el barrio de Hibiya, muy cerca del Palacio del Emperador y del Gran Hotel Imperial, lugar de residencia de los americanos de alto rango. Es la primera vez que vive sola en su propia ciudad y ya está llevando otra vida al margen del mundo que la rodea, con sus vergüenzas y sus corrupciones...

En su diario evoca el camino recorrido entre su infancia en Mejiro y su regreso, hasta acabar instalándose en este luminoso y cómodo piso en la segunda planta de un pequeño edificio de estilo occidental que, a pesar de la guerra, se ha mantenido intacto.

Desde la ventana de la sala de estar, con su suave suelo de cedro rojo, nada parece gustarle más que observar la cola que se extiende a lo largo de la avenida desde las taquillas del cine Hibiya. En estos tiempos convulsos, la sala está tan llena como los pocos trenes que

circulan. Se proyectan películas americanas, pero también cortometrajes japoneses aprobados por la comisión de censura del cuartel general americano. A Nejiko le entusiasma No añoro mi juventud y sobre todo Los que construyen el porvenir, del joven director Akira Kurosawa, que celebra la paz y el fin de los horrores de la guerra.

Si damos crédito a algunas anotaciones lacónicas e inequívocas, también parece que vuelve a ver a Oga en esta etapa. Él viaja a menudo a Tokio para ayudar al embajador Oshima a preparar su defensa.

Una noche, encantado con el hallazgo, Oga le regala a Nejiko dos grabados originales para decorar su nuevo piso. El primero es de Fritz Capelari, en un guiño al cuadro del monte Fuji que ella tenía en París, pintado por el mismo artista; el segundo es de Onchi Koshiro, su primo. Ambos representan retratos de mujeres: una frente a un espejo, con destellos de color y brillo; la otra, en plena siesta con un vaso en primer plano, titulado en francés La primavera. Oga le explica que forma parte de la serie Mujeres hermosas de las cuatro estaciones.

En cada una de sus visitas, él le trae noticias del embajador Oshima, preso en Sugamo, que corre el riesgo de morir en la horca igual que los otros veintisiete presos. En el banquillo de los acusados hay cuatro primeros ministros, tres ministros de Asuntos Exteriores, cuatro ministros de Guerra, un ministro de Justicia, dos ministros de Marina, seis generales, un almirante, dos empresarios, dos traficantes de droga, un teórico del expansionismo japonés y dos embajadores de Japón, uno en Roma y el otro en Berlín. Oga se enfada con frecuencia por esta farsa, dirigida por un presidente del tribunal australiano a quien considera a sueldo de los americanos.

También condena con la misma rotundidad la actitud deshonrosa del emperador Hirohito, que habría accedido a colaborar a cambio de salvar su vida y la de toda su familia. Esta parodia de la justicia es tan evidente que, cuando los intereses americanos están en juego, nadie se preocupa: Oga cita el destino del general Shiro Ishii, responsable de los experimentos bacteriológicos en la unidad 731, que accedió a ceder a los servicios secretos americanos todos los resultados de sus macabros experimentos a cambio de no ser detenido.

Un día, con la idea de convencer a Nejiko, Oga insiste en que lo acompañe a una mañana de audiencias en los edificios grises del antiguo cuartel general del ejército de Ichigaya, reconvertidos en ese momento en sede del Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente.

Mientras los escalofríos ante el ambiente que reina en esta inmensa

y austera sala la recorren, Nejiko observa la obra que se representa en ella, con su público de actores de rostro severo, serio y cerrado: acusados, jueces, abogados, fiscales, traductores, público.

Oga ha elegido mal el día. Es en el que el presidente Webb decide examinar las pruebas de la masacre de Nankín cometida por soldados japoneses: trescientos mil muertos y veinte mil violaciones en seis semanas. Los informes de las tropas japonesas y los documentos militares oficiales hablan de soldados japoneses que obligan a las familias chinas a cometer actos de incesto: los hijos son obligados a violar a sus madres y los padres, a sus hijas.

Sube al estrado un cirujano americano que describe una escena que presenció personalmente:

—La última persona de la fila era una mujer que estaba embarazada. El soldado pensó que podía violarla antes de matarla, así que la arrastró a unos diez metros para alejarla del grupo. Cuando intentó forzarla, la mujer se resistió enérgicamente… El soldado la apuñaló en el estómago con la bayoneta. Ella lanzó un último grito cuando los intestinos se le salieron del vientre. Luego el soldado apuñaló al feto, del que se veía claramente el cordón umbilical, y lo arrojó a un lado.

Más tarde, esa misma mañana, Nejiko vuelca sobre Oga todo el asco e indignación que estos testimonios han despertado en ella. Él se defiende como puede, alegando que los veintiocho acusados solo obedecían órdenes del emperador, que se habla de casos aislados en Nankín, y no deja de achacar la responsabilidad al que ahora llama «ese traidor de Hirohito», que se ha convertido a sus ojos en el juguete de los americanos, que lo visten al estilo occidental como aquel que viste a una muñeca.

Nejiko se ofende ante esas palabras y busca lo más mezquino que pueda decirle. Opta por recordarle lo que le susurró una tarde, cuando cruzaban América en tren: la confidencia de Eichmann y la prueba de que él y Oshima conocían perfectamente la masacre de los judíos en Europa. Ni siquiera habían movido un dedo para tratar de detener a Hitler...

Los juicios de Nuremberg disfrutaban entonces de una amplia publicidad en todo el mundo. Herido en lo más profundo, Oga, a su vez, le pregunta si realmente cree que Oshima tiene alguna responsabilidad en el ascenso al poder de Hitler y en el desarrollo de su teoría sobre la raza...

—Nos das mucha importancia —concluye antes de irse dando un portazo—. Oshima es un diplomático, no un asesino.

28

Las estaciones se mezclan, las ciudades se confunden. Nejiko se deja llevar una vez más por la inercia del tiempo. Toca Bach, Händel, Sibelius, Beethoven, Mozart, Darius Milhaud, Paganini, Mendelssohn, Stravinski, Bartók...

Primavera, verano, otoño, invierno de 1946. Tokio. Nagoya. Kioto. Osaka.

Primavera, verano, otoño, invierno de 1947. Yokohama. Fukushima. Sapporo. Akita. Trenes, Hoteles. Salas de conciertos. Autógrafos. Aplausos. Recepciones. Discursos.

Primavera, verano de 1948. 15 de agosto. Kobe. Las diez de la mañana. Días caniculares que repiten incansablemente el mismo sopor y el mismo entumecimiento. Una habitación de hotel, con las cortinas corridas y las ventanas cerradas. Ambiente saturado de humedad, apenas agitado por el ventilador de hierro forjado que cuelga del techo. Esa mañana, una migraña obliga a Nejiko a quedarse en cama. Parece cada vez más propensa a un terrible insomnio. Dentro de un rato debe tocar en un concierto. Siempre los mismos días, se lamenta en su cuaderno, con un público menos informado que en París, Viena o Berlín y que tiene un gusto más pronunciado por el shamisen tradicional que por el violín.

Cuanto más viaja por el país, más acusa las diferencias insalvables de interpretación entre los músicos japoneses y los maestros europeos. Bajo la influencia germánica de Furtwängler y Knappertsbusch, aprendió a apreciar la música estructurada y perfectamente simétrica. Aquí, todo es distinto. Los directores no se preocupan por el equilibrio orquestal y los músicos se mantienen todos en la sombra, en la discreción, en el consenso, mientras que en Europa le enseñaron a revelar su personalidad y su propia singularidad en la interpretación. La única característica propia de la ejecución japonesa es esa capacidad más aguda de marcar el ma, esa facultad de ajustar los tiempos fuertes y los débiles, las pausas y los silencios. Nejiko se esfuerza por trabajar más ese aspecto.

«Tengo que tocar las notas que hay en la partitura, pero también los silencios que están detrás de ellas y que conforman el todo. Me gustaría una música que se desarrolle sin fin, tan natural como la respiración». El timbre del teléfono la saca de su estupor. Cuando contesta, escucha la voz agitada y acelerada del director del establecimiento, que desea transmitirle una noticia absolutamente extraordinaria: ¡las autoridades de la Prefectura de Kobe le acaban de

comunicar que el emperador de Japón, Hirohito en persona, se dirige al hotel! Aturdida, Nejiko se toma su tiempo para asimilarlo. Pero ¿qué está haciendo él aquí? Recorre el país para conocer a su gente.

Cuando los consejeros del emperador le informaron de que Nejiko estaba presente en la ciudad, él quiso saludar a esa joven virtuosa del violín de la que todos cantaban alabanzas.

La noticia se agolpa en la mente de Nejiko. El mismísimo emperador… Qué idea tan rara que venga de improviso, como una visita cualquiera… Y esta migraña que nunca se va. Se viste, se peina apresuradamente y baja corriendo las escaleras.

La emoción ya es palpable. Una pequeña multitud se ha congregado frente al hotel. En su interior, el ambiente es frenético; el personal corre de un lado a otro para ordenar las mesas y sillas de la sala, y traer flores y adornos.

Mientras el director del establecimiento acompaña a Nejiko por los escalones, dos sedanes negros seguidos de varios jeeps americanos se detienen delante del hotel. Los curiosos se mantienen a una distancia de seguridad. Se abre la puerta del automóvil y un zapato negro pisa el suelo. Murmullos entre el público. Algunos se inclinan. Sale un hombre bajito, flaco, despreocupado, extrañamente vestido con un traje negro de estilo occidental y una camisa blanca. Su cuerpo parece totalmente desarticulado; sus andares son confusos y tambaleantes. Parece flotar dentro de su vestimenta. Nejiko lo observa mientras avanza lentamente, concentrado en su paso vacilante. Hirohito está ahora muy cerca. A su lado, el director hace una ostentosa reverencia para dar la bienvenida al ilustre personaje. Ella lo imita.

El emperador los observa con una mirada vacía mientras el director tartamudea unas palabras y se apresura a conducirlos al salón reservado, donde se ha dispuesto una mesa baja para la ceremonia del té. El emperador de Japón y Nejiko se encuentran cara a cara. La joven violinista guarda un silencio incómodo; no se atreve a mirarlo a los ojos. El emperador inicia la conversación sin preocuparse por los requisitos del protocolo:

—La opinión sobre usted es unánime. Es, a los ojos de todos, la mejor violinista japonesa que ha conocido nuestro país.

En la mente de Nejiko se agolpan sentimientos contradictorios. La paraliza encontrarse cara a cara con el descendiente directo de Amaterasu, la diosa del Sol, pero, al mismo tiempo, la decepciona descubrir a un ser de aspecto tan normal. Esta última consideración la ayuda a recuperar el habla.

—Su majestad, es un gran honor poder dirigirme a usted. Su visita es muestra de un interés que no creo merecer.

Hirohito la observa unos instantes, casi aliviado de que Nejiko le responda, y parece relajarse.

—Ambos hacemos el mismo trabajo útil. Recorremos nuestro país para devolver la esperanza a la gente. Y usted lo hace con un talento musical que yo aprecio.

Nejiko se inclina lentamente para darle las gracias al emperador, que continúa:

—Oí hablar de usted por primera vez cuando estaba en Europa. Nuestro embajador en Berlín me había informado de que le habían regalado un prodigioso violín en nombre del canciller Hitler. ¿Todavía sigue en su poder?

—Sí, su majestad. Nos hemos enfrentado juntos a tantos momentos difíciles que hoy nada podría separarme de él. Sería como arrancarme una parte de mí.

Sorprendida de que el emperador hable de Hitler y del embajador Oshima con tanta libertad, Nejiko piensa en las preocupaciones de Oga y decide aprovechar la situación:

—Su majestad, el embajador Oshima me ha sido de gran ayuda en Europa. ¿Cree que deberíamos preocuparnos por su destino tras el veredicto del juicio de Tokio? ¿Sería posible que les pidiera a los americanos que sean clementes?

El emperador detiene el movimiento del brazo con el que se está llevando la taza de té a los labios. El rostro le cambia en un instante y sus rasgos se convierten en los de un señor de la guerra.

—No he venido a verla para hablar sobre ese juicio. Hay fotógrafos; le prometí al general MacArthur una foto con usted. Me repite todo el día que, ahora, mis súbditos deben sentir que estoy más cerca de ellos... Tengo intención de honrarla muy pronto, señorita Suwa, pero estoy pensando en la forma más apropiada de hacerlo.

Se acerca un enjambre de fotógrafos. Nejiko intenta relajarse mientras posa con el emperador. En la foto que colgará más tarde en su salón se refleja la sonrisa crispada de este momento.

29

26 de septiembre de 1948. Una intensa lluvia —los restos de un tifón que ha pasado frente al mar de Japón— cae sobre Tokio. Nejiko da un gran concierto en el teatro Hibiya para celebrar el final de su gira. Es primer violín bajo la dirección de Kosaku Yamada. Han decidido juntos el programa de la noche. Mozart, Brahms, Händel y Chaikovski. La sala está llena; su madre y su tía están en primera fila, cerca de los generales americanos, los miembros del Estado Mayor, y también personalidades japonesas. Oga también está allí. Para ganarse el perdón, ha venido con su primo, el famoso artista Onchi Koshiro, que va a pintar el retrato de Nejiko tocando, como le había prometido en Bedford.

Cuando Nejiko sale al escenario, el público vibra de emoción. La violinista famosa incluso en Europa… Su violín costaría lo mismo que el palacio del emperador... Las luces de la sala permanecen encendidas y permiten ver cada rostro, cada pequeña reacción del público.

Como de costumbre, una angustia se apodera de Nejiko, la sensación de estar a punto de saltar al vacío. La música se eleva en un estremecimiento vacilante y Nejiko se lanza a la lucha contra su instrumento. La tensión entre ella y su violín es inmediata, desde las primeras notas, como entre dos imanes que tratan de unirse pese a su similar polaridad, dos fuerzas opuestas con movimientos paralelos que se deslizan una contra la otra a medida que se van acercando.

Cuando era pequeña, Nejiko se compró dos piedras negras magnéticas para experimentar esta tensión de otra manera que no fuera con su instrumento. Mientras se las vendía, el viejo tendero murmuró una palabra incomprensible que ella le había hecho repetir. «Indómitas —articuló—, así se llaman estas piedras». Recordó esta palabra al tocar el violín de Goebbels.

* * *

Al final del concierto, Nejiko se reencuentra con Oga, que ha insistido en invitarla a cenar con su primo en un restaurante cercano al teatro. Ella les dice que en principio tenía la intención de tocar el Cuarteto de cuerda número 1 de Shostakóvich, pero que los americanos se negaron. A Onchi le ofende que las consideraciones políticas puedan interferir en un programa musical, y Oga aprovecha la ocasión para

avivar las disputas recordándole que, hasta hace poco, tenía el estatus de artista de guerra y trabajaba en la propaganda del Imperio de Japón en Asia.

—¡El arte tiene una patria, mi querido Onchi!

Encantado de que Nejiko sea testigo de su pelea de gallos, Onchi se defiende y responde que aquellos que se codearon con el régimen nazi en Europa deben entender que el arte es esquivo.

—Creo firmemente en la diferencia entre honestidad personal y honestidad artística —coincide Nejiko—. Se puede estar apegado a la defensa de la civilización japonesa mientras se practica un arte, incluso extranjero, como la música clásica europea, con gran sinceridad artística y aportando nuestras propias influencias. Los japoneses estamos tratando de asimilar lo que llega de Europa. Porque no tenemos elección: o la tradición muere o se asocia con la modernidad.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —interrumpe victorioso Onchi, viendo en las palabras de Nejiko un paralelismo con la influencia de la pintura europea que incorpora a sus grabados.

Nejiko continúa sin dejar que la distraigan:

—El artista sigue siendo esquivo. Me he codeado con directores de orquesta como Furtwängler o Knappertsbusch, quienes de ningún modo me dieron la impresión de apoyar el régimen político de su país. Sin embargo, no dejaron de actuar ni de mantener viva su música, que solo les pertenecía a ellos. Incluso si un artista toca del lado del régimen que gobierna, sus líderes no tienen la garantía de que apoye su política. Y nada asegura siquiera que no se burle de dicho régimen con ironía y distancia, como hace Shostakóvich en Moscú, si he de creer lo que dice mi tía.

La discusión continúa hasta altas horas de la noche: de la música como arte más cercano a la creación natural pasan a la música como camino artístico más noble para llegar al interior del alma.

—¿Cómo te va con tus dibujos? —le pregunta Nejiko a Onchi.

—Trato de evitar el engaño. Reproduzco a las personas como las percibo y no como les gusta mostrarse.

—¿Y lo consigues?

—Solo combinando lo figurativo y lo abstracto… ¡una y otra vez!

* * *

Unas semanas después, Oga le trae a Nejiko el grabado Impresión de una violinista, retrato de Nejiko Suwa, que Onchi acaba de terminar. El rostro y el instrumento de la joven se ven entre los hombros de dos

espectadores durante un concierto, iluminados por una luz artificial. El arco del violín crea una diagonal que parte en dos la composición mientras que la línea negra que su sombra proyecta sobre la nariz divide el rostro de la violinista.

Podría haber imaginado la escena entre Nejiko y Oga, pero su diario habla por sí solo:

> En todos los retratos realizados por este pintor, las mujeres se muestran gráciles y luminosas. ¡Y cuando me representa, domina la oscuridad! Por no hablar de la tristeza que distorsiona mi rostro. ¡Onchi le ha explicado a Oga que quería simbolizar un teórico con flicto interno que habría percibido en mí durante el concierto! Supuestamente, el de tocar ante las fuerzas de ocupación americanas. ¡Es ridículo! ¡Utilizarme así con fines políticos! Ahora entiendo mejor su condi ción de artista de guerra… Si por lo menos hubiera querido plasmar un posible conflicto con este violín cuyo origen se me escapa… Pero no. Este retrato es sombrío. Le he pedido a Oga que se lo devuelva inme diatamente antes de cortarlo en pequeños pedazos.

30

Sentencia dictada por el Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente el 12 de noviembre de 1948 (fragmentos).

Los Estados Unidos de América, la República de China, el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la Mancomunidad de Australia, Canadá, la República Francesa, el Reino de los Países Bajos, Nueva Zelanda, la India y la Mancomunidad de Filipinas

Contra

El acusado Hiroshi Oshima, teniente general del ejército japonés, agregado militar japonés en Berlín en 1936, embajador en Alemania desde octubre de 1938 hasta octubre de 1939 y nuevamente entre febrero de 1941 y abril de 1945.

[…]

Acta de acusación

[…] En los años siguientes a los que se refiere la presente acta de acusación, las políticas interior y exterior de Japón han estado dominadas y dirigidas por un grupo militarista criminal cuyas decisiones han causado graves disturbios mundiales, guerras y grandes daños contra los intereses de pueblos pacíficos y de los propios japoneses.

El espíritu del pueblo japonés se ha visto sistemáticamente envenenado por ideas relacionadas con la supuesta superioridad racial de Japón sobre otros pueblos de Asia y, en realidad, del mundo entero. Las instituciones parlamentarias japonesas se utilizaron como instrumento para la agresión generalizada y se puso en marcha un sistema similar al establecido entonces por Hitler y el Partido Nazi en Alemania. Los recursos económicos y financieros del país se movilizaron exclusivamente para el esfuerzo bélico, en detrimento del bienestar del pueblo japonés. Se organizó un complot entre los acusados, junto con los líderes de otros países agresivos, a saber, la Alemania nazi y la Italia fascista. […]

Considerando que usted contribuyó activamente, junto con todos los demás acusados, a la construcción y ejecución de un plan o complot común,

Considerando que el objeto de tal plan o complot era, por un lado, aliarse con la Alemania nazi y la Italia fascista, y por otro asegurar la dominación militar, política y económica del mundo entero, la esfera de Japón que cubre el este de Asia, los océanos Pacífico e Índico […],

Considerando que ha actuado personalmente, primero en calidad de agregado militar en Berlín, para alentar y hacer posible esta alianza que alinea a Japón, Alemania e Italia contra las potencias occidentales, abriendo así el camino al Pacto Tripartito de 1940,

Considerando que posteriormente desempeñó un papel decisivo, en calidad de embajador de Japón en Alemania, en la decisión de Japón de declarar la guerra a los Estados Unidos de América y al Reino Unido de Gran Bretaña en el Pacífico violando el derecho internacional, […]

Por todo esto,

El tribunal lo declara culpable de llegar a un acuerdo para cometer un crimen contra la paz y lo condena a cadena perpetua.

[…]

Con respecto a la acusación de crímenes de guerra igualmente formulada contra usted, […]

Considerando que no participó en actividades de mando en la guerra y no ejerció ningún papel que implicara responsabilidades sobre los prisioneros, […]

El tribunal lo absuelve de este cargo.

* * *

Diario de Nejiko Suwa:

17 de noviembre de 1948 Oga se ha derrumbado. Me ha informado de la decisión del tribunal con respecto a Oshima. Pero ¿qué esperaba? Me ha hecho prometer que iría a tocar para el exembajador y los demás presos políticos en Sugamo. No he tenido valor para negarme. De los veintiocho, a siete los han condenado a pena de muerte. Para todos los demás, o casi, cadena perpetua.

12 de diciembre de 1948 He hablado por primera vez con mamá de mi relación con Oga. Ella ha guardado silencio y solo me ha dicho: Si tu violín ya te hace sufrir, entonces, ¿por qué añadir a la escena un hombre casado?».

¿Por qué se lo he contado?

12 de febrero de 1949 Los americanos no paran de hablar de jazz. Por mucho que lo escucho, no veo realmente dónde está la novedad, dónde está la aportación a la música... Las piezas más conocidas son extremadamente simples desde el punto de vista de la composición. Inmovilidad rígida, estereotipia, unidad de lo banal. E incluso en las supuestas improvisaciones más extravagantes, se detecta rápidamente el patrón.

23 de septiembre de 1949 La tía Anna me ha informado de la muerte del profesor Kamensky. Ocurrió hace dos días, en París. Knesia le ha mandado un telegrama. Lo han enterrado en el cementerio ruso de Sainte-Geneviève-des-Bois.

También ha aprovechado para decirme que la salud de Stalin se está deteriorando y que, después de su muerte, ella por fin podrá regresar a su país.

«¿Qué harás allí sin nosotras, Anna Dimitrievna?», le he preguntado como hacía de niña.

Ella me ha respondido: «Empezaré por encontrarte un apuesto músico ruso como esposo y me apresuraré a asistir a las actuaciones de Shostakóvich y Prokófiev, porque sería difícil que un día me cruzara con alguno de los dos en Japón…».

¿Qué voy a hacer sin ella cuando se haya ido?

23 de enero de 1950 Hoy al mediodía hemos celebrado mi trigésimo cumpleaños con mamá y tía Anna. La escarcha brillaba en las ventanas. Mamá ha preparado mis platos favoritos: rollos de kombu y yuba con zumo de yuzu… Ya tengo la impresión de vivir el presente.

Cuando la tía Anna ha cogido mi violín para tocar una pieza que ha compuesto ella, le he preguntado si pensaba que era un Stradivarius o un Guarneri, como pretendía ese francés. Parecía enojada mientras me decía que todo el mundo lo reconocía como un Stradivarius y que se me había ofrecido

como tal; no tenía por qué seguir atormentándome con eso. Mamá ha añadido: «¿Serías tan ingenua como para darle tu joya a ese mentiroso, que la vendería de inmediato al mejor postor?».

24 de mayo de 1950 Ayer recibí una larga carta de Gerigk. Casi me había olvidado de su existencia. Aún está casado con la cantante Elfriede Beckmann. Ha aceptado un trabajo como crítico musical en el periódico local de Dortmund. A diferencia de Furtwängler, no parece que la justicia de su país le preocupe, ni siquiera la americana. O, al menos, no me lo ha dicho. Todo el mundo parece haber retomado sus vidas y regresado a la normalidad. Me ha felicitado por mi gira por Japón y mis últimas grabaciones. ¿Cómo puede saber lo que estoy haciendo desde Alemania?

31

Marzo de 1951. Imposible dejar el mundo ni un segundo sin vigilancia. El hombre es insaciable cuando se trata de hegemonía y de guerra, de poder y de salvajismo.

Stalin desafía a Truman pidiéndole públicamente el establecimiento de un tribunal especial para juzgar al emperador Hirohito y a cuatro generales, incluido Shiro Ishii, por crímenes contra la humanidad. La tensión vuelve a subir. Los soviéticos y los americanos se miden entre sí por países interpuestos. Corea les parece un excelente patio de recreo. Las divisiones comunistas de Corea del Norte entran en la Corea del Sur proamericana. Las Naciones Unidas condenan esta agresión y Truman ordena al general MacArthur que actúe desde Japón, precipitando la intervención de la China comunista.

La guerra y la política: Nejiko siempre ha puesto todo su empeño en mantenerse alejada de ellas. Apenas es consciente de que Japón ha recuperado su soberanía, aunque las tropas del general MacArthur permanezcan estacionadas en el país.

Una mañana encuentra en su correo un sobre oficial del Comando Supremo de las fuerzas aliadas en Japón. En un papel cuadrado de cartulina, un mensaje mecanografiado:

> El general MacArthur solicita que se reúna con él el jueves 18 de marzo de 1951 a las once y media de la mañana para una entrevista de treinta minutos en su despacho del Cuartel General del Comando Supremo.

Nejiko vuelve a leer varias veces estas pocas líneas. Son difíciles de interpretar. El estilo es ceremonioso y cortés, pero sigue siendo tan inflexible como una convocatoria. Considera todas las hipótesis y vuelve a preocuparse por su violín.

El jueves 18 de marzo un ordenanza la conduce al despacho de Douglas MacArthur. Ve a un hombre de cuerpo atlético, alto, esbelto, que viste un uniforme oscuro perfectamente ajustado con galones dorados. Mandíbula cuadrada, nariz recta, sonrisa franca y cálida, ojos azules. A Nejiko le sorprende su apariencia de actor de cine. En su escritorio, todo tipo de documentos y papeles pendientes de envío, algunos elementos decorativos y unas Ray-Ban negras tiradas por ahí. Nejiko se queda impresionada por el aspecto suntuoso del despacho, dos veces más grande que su piso. El general la saluda y la invita con un amplio gesto a seguirlo para tomar asiento en el salón. En cuanto

se sientan, aparece un soldado vestido de blanco. Sin molestarse en mirarlo, MacArthur le pide dos copas de champán, a menos que a la señora no le parezca bien.

—¡No soporto a esos malditos franceses, pero bebo con gusto su vino y su champán! —exclama a continuación.

Nejiko permanece en silencio, sonriendo cortésmente ante esta broma.

—Me han dicho que ha vivido en París durante casi diez años —prosigue el general—. ¿Qué ha aprendido de Francia? Aparte del pesimismo, por supuesto.

A gusto ante tanta familiaridad, responde espontáneamente sin darse cuenta de lo que pueden llegar a sugerir sus palabras:

—¡A seguir sintiéndome orgullosa de mi nacionalidad, pase lo que pase!

MacArthur se queda rígido un momento antes de soltar una sonora carcajada.

—¡Su emperador no me mintió! Diez años allí y ha adoptado usted sus mordaces respuestas. Tenga cuidado, no vaya a acabar como ellos. Fíjese en su general De Gaulle: la última vez que lo vi hacer autocrítica frente a Truman fue para jactarse aún más.

Nejiko, que prefiere evitar seguir por un derrotero tan peligroso, le pregunta humildemente al comandante supremo el motivo de su presencia aquí.

—Sí, sí, sí… Debería haber empezado por eso, tiene razón. Como es obvio, no la he traído aquí para hablar de los franceses.

El general se toma unos instantes para encontrar su línea de pensamiento antes de explicar:

—Veo al emperador Hirohito todas las semanas y me ha hablado de su encuentro hace algún tiempo, en Kobe. Resulta que nuestros dos países, junto con otros, se están preparando para firmar un tratado de paz en California el 8 de septiembre. Japón reconocerá la independencia de Corea y otras islas, y prometerá compensar a los países que hayan sido víctimas de su expansionismo militar.

Ante la palabra «compensar», Nejiko se estremece, segura de que el destino de su violín está en juego.

—¿Cómo me afecta esto? —murmura Nejiko con voz ahogada.

—El 15 de septiembre de 1951, solo unos días después de la firma del Tratado de San Francisco, se organizará en Los Ángeles un concierto benéfico al aire libre para celebrar la paz —responde el general MacArthur—. El emperador se tomó la libertad de darme su nombre para que represente a Japón ese día. ¡Sería un símbolo formidable!

Nejiko recupera el aliento.

—Pero ¿qué podré tocar? —dice, aliviada.

El general MacArthur sonríe ante lo que considera un exceso de modestia.

—Señora Suwa… ¡Me imagino que ha podido escuchar mi pasión por Beethoven flotando en el aire! ¡Lo que admiro en él es esa forma de hacer música política!

¡Nejiko no puede creerlo! Tiene la sensación de estar reviviendo sus discusiones con Oga y Onchi, cuando debatían sobre la manía de los líderes de querer politizar terminantemente el arte. Entonces, incapaz de soportarlo más, responde:

—Perdóneme, pero la música es solo música, no tiene nada que ver con la política. Los políticos se apropian de ella para los fines que les convienen. Beethoven, por ejemplo: mi tía Anna, que huyó de Rusia después de la revolución bolchevique, me ha dicho que a Lenin le encantaba su sonata para piano en fa menor, la Appassionata. Sé que Hitler ordenaba que tocaran la Novena en todos sus cumpleaños. Churchill, por su parte, elegía la Quinta. Y aquí, en Japón, dicen que, en 1945, los kamikazes tomaban sake antes de despegar mientras escuchaban el Himno a la alegría... Verá, allí donde un maestro como Furtwängler diría que Beethoven representa el punto de encuentro entre el Yo y la humanidad, los políticos entienden lo que quieren entender... Y sobre todo lo que pretenden hacerle decir...

Sorprendido por este discurso, el general, que no está acostumbrado a quedar en ridículo, se pone de pie para señalar el final de la reunión y concluye:

—¡Tenga en cuenta que no soy un político, sino un militar! Esto es sin duda lo que me acerca a los sentimientos de los músicos. ¡Soy más sensible al ritmo y a la cadencia que a los mensajes simbólicos!

En la puerta, el general saluda a Nejiko y, para dar a entender que el asunto está zanjado, añade:

—Por supuesto, todos sus gastos en Los Ángeles correrán por cuenta del comité organizador, tanto el hotel como los billetes de avión. Facilitaremos todos los trámites diplomáticos y los agentes locales la acompañarán para garantizar su seguridad.

32

Más que un estado de ánimo, un state of mind, para mí el jazz siempre ha sido una comunidad. Despedido de la Brigada Musical de los Guardianes de la Paz de la Prefectura de policía tan pronto como salí de Berlín hacia Japón, en 1946 no tenía ninguna prisa por regresar a París cuando los americanos me sacaron de Tokio para escoltarme hasta California, donde los soldados me dejaron —good luck— abandonado a mi suerte.

Los Ángeles. Una ciudad nebulosa, la nueva tierra prometida de América donde estrellas y actores ya desfilan por Sunset Boulevard y Vine Street, pero que también arrastra su cuota de tristeza y harapos, sus fachadas de gloria, la otra cara de la moneda, la droga, la heroína. Esta enorme trituradora de sueños, esas deslumbrantes aspirantes a estrella convertidas en camareras de autocines o en prostitutas, esos aprendices de cómico transformados en policías, repartidores, obreros, electricistas, proxenetas...

Por cincuenta dólares al mes he encontrado refugio en la habitación de un motel cochambroso, detrás de Vernon Avenue, enmarcado siempre en el mismo paisaje de palmeras, amplias avenidas, unos cuantos edificios descuidados de ladrillo rojo, tipos sospechosos que vagan por ahí, coches patrulla con las sirenas ululando… Dentro, ruidos por todas partes, gritos, crujidos de la madera bajo los pasos de los vecinos, el chisporroteo del neón, el techo agrietado y sucio. Fuera, el chirrido regular de las ruedas de acero de los tranvías en los raíles, las noches a menudo inquietas de esta ciudad estruendosa.

Y sin embargo, en medio de todas estas almas llegadas aquí atraídas por Hollywood y el cine, sentía, con una fuerza hasta entonces desconocida, el pulso de la vida. Estaba convencido, tal vez como Nejiko en la misma época, que mi trompeta y mi jazz siempre me ayudarían a salir de la niebla, que me protegerían. Ritmo, flow, onda, materia, melodía. Me ahogaba todas las noches en los rincones de be-bop y los locales de jazz de la ciudad: el Trade Wings, el Billy Berg's, el Surf Club, el Haig, el Tyffany's Club y, sobre todo, el Lighthouse de Hermosa Beach.

Allí encontré a mi nueva familia: no a los bohemios ni los hípsteres, sino a los músicos de jazz de la Costa Oeste, blancos como yo, con un estilo que mezclaba la música escrita y la improvisación libre; tipos curiosos, con la misma formación clásica que yo que introducían, en las maravillas que ya estaba dando el jazz americano, nuevos

instrumentos como el oboe, la tuba o la trompa.

Mis nuevos amigos se llamaban Stan Getz, Chet Baker, Art Pepper. También había, por supuesto, algunos negros —¡hablamos siempre de jazz!— como Curtis Counce, Buddy Collette o Hampton Hawes, toda esa vanguardia, todos esos tipos encantadores convertidos en compañeros de viaje. Me impregnaba a fondo de sus influencias del be-bop y el swing, y desplegaba con ellos un jazz a veces lento y doloroso, a veces frenético y espontáneo. Pero también intentaba aportarles algo nuevo, haciendo a mi vez experimentos, recurriendo a compositores clásicos que conocía, como los impresionistas franceses Debussy o Ravel. Me escuchaban, se reían, me marcaban el ritmo, improvisaban, y creo que fue así como acabaron por adoptarme y coronarme irónicamente con el apodo de Conde Francés Félix. Dicho así, espero que entiendan por qué todavía estaba allí en 1951, el día que me enteré de la llegada de Nejiko Suwa a esta ciudad que ahora consideraba la mía. Es absolutamente necesario que hable de esa noche.

Yo estaba en el Lighthouse; el humo y el calor hacían el ambiente irrespirable. Stan gritaba que abrieran las puertas y las ventanas para que entrara un poco de aire fresco. Fue en ese momento cuando Miles Davis eligió hacer su majestuosa aparición, la primera en ese club.

—Así que este es el paraíso del jazz cool... —exclamó ante el público.

Algunos aplausos, silbidos, y «Hey Miles»… Tenía veinticinco años, pero ya todos lo considerábamos una leyenda. Había tocado con los más grandes: Dizzy Gillespie, Charlie Parker, Thelonious Monk, Billie Holiday… Después de su concierto de esa noche en el Finale Club de Los Ángeles, insistió en que lo llevaran al Lighthouse, cuya aura había llegado hasta Nueva York. Quería comprobarlo con sus propios ojos, desafiar a esos novatos con una jam session para demostrarles que en Nueva York el jazz lo tocaban los negros y que no había otra forma de hacerlo.

Antes de llegar ya había tomado mucho alcohol y drogas. Se sentó a la mesa donde estábamos nosotros, con Stan y algunos otros, y pidió seis whiskies con soda. Cogió mi trompeta del pie de la mesa y miró a su alrededor para ver quién la tocaba. Probablemente me traicionó mi acento francés, que reconoció de inmediato, antes de exclamar burlonamente al público:

—¡El primer trompetista francés que actúa en los Estados Unidos!

Hilaridad general.

Continuó la charla conmigo en un tono más amable y, aunque yo todavía no podía creerme que estaba hablando con él, me contó que

acababa de regresar después de pasar varios meses en París, donde había tocado en la sala Pleyel con el grupo del pianista Tadd Dameron. Después de cada concierto, recorría un barrio repleto de sótanos que albergaban clubes de jazz.

—¡Saint-Germain! —exclamé.

—Sí, creo que era algo así —confirmó.

Fue allí donde conoció a una francesa.

—¡Díos mío! ¡Qué mujer! Estaba locamente enamorado. Pensé que me casaría con ella. Era cantante, Juliette Gréco, ¿te suena? —me preguntó, con los ojos aún turbados por la emoción. No, no me sonaba —. No pasa nada. Lo que importa es que, en tu país, un hombre negro como yo puede casarse con una mujer blanca sin que eso suponga un problema. Aquí los negros solo valemos para el jazz.

El héroe hablaba sin parar sobre Juliette en un monólogo interminable:

—¿Sabes? Tenía amigos muy curiosos… Recuerdo a un pintor, Pablo Picasso. Acababa de terminar la masacre de los coreanos por parte de los americanos. ¡Ese cuadro era una carnicería, tendrías que verlo! Lo último que supe fue que quería titularlo Masacre en Corea... También recuerdo a un hombre llamado Sartre. Ese me caía bien; vivía encima de un club y siempre acabábamos en su casa… Un buen tipo que defendía la causa de los negros. Fue la primera vez en mi vida que sentí que un hombre blanco me trataba como a un ser humano. Y luego también recuerdo a un trompetista, Boris Vian.

Al oír este nombre no pude evitar interrumpir su monólogo.

—¡Oh! ¡Boris es uno de mis mejores amigos! ¡Un excelente jazzman!

Miles me miró un instante antes de corregirme.

—¡Un excelente jazzman francés! En cualquier caso, qué personaje… ¡El rey de la fiesta! Se buscaba a sí mismo un poco en la música, en la pintura, en la escritura, en el teatro, ¡pero lo cierto es que lo pasamos bien!

Consciente de que Miles iba a dedicar el resto de la noche a derramar su anhelo de amor, Stan lo interrumpió para sacarlo de sus recuerdos:

—Miles, la vida en París está muy bien, pero estamos en Los Ángeles, ¡el templo del jazz cool! ¡Te enseñaremos quiénes son los reyes! ¡Vamos, sube al escenario!

Se levantó, acompañado por Stan y algunos más, y me dejó solo en la mesa junto a mi amigo André Previn, un pianista excepcional que también venía a distraerse todas las noches a los clubes de jazz después de dedicar sus jornadas a componer y a dirigir para la orquesta de los estudios Universal. Yo le debía trabajos ocasionales como chófer o mensajero para todo Hollywood y también algunas

colaboraciones en bandas sonoras de películas. Esa noche fue él quien me habló de su participación en un concierto benéfico que se celebraría al día siguiente en el Hollywood Bowl para celebrar el tratado de paz. Allí estarían todas las estrellas de Hollywood, pero también artistas internacionales, como la violinista japonesa Nejiko Suwa.

Tensé todo el cuerpo y se me hizo un nudo en la garganta. Pensé que era víctima de una ilusión hasta que añadió:

—Qué símbolo más hermoso, ¿no te parece, Félix? Una violinista japonesa en California…

Nejiko Suwa… Casi lo había olvidado, pero todo volvió a mí en un santiamén: la guerra, los nazis, Lazare Braun, el violín, el «Déjeme en paz» de Nejiko en los muelles del puerto de Tokio… Decidí contarle toda la historia a André Previn. En realidad, se llamaba «Priwin», porque había nacido en Alemania y había huido con toda su familia judía del ascenso del nazismo para refugiarse en América.

Conmocionado por la historia, me preguntó qué podía hacer para ayudarme.

Me tomé el whisky con soda de un trago y le pedí simplemente que diera mi nombre en la entrada de artistas para poder ver a Nejiko en su camerino antes del concierto.

Previn asintió con la cabeza.

33

Daily Los Angeles: «La primera estrella de la música clásica en pisar suelo americano desde la firma del tratado de paz».

California Post: «La más grande violinista japonesa de todos los tiempos».

The New York Times: «Una artista excepcional».

L. A. Story: «Un talento increíble. Estelar».

Pegada a la ventana de la Pan American, Nejiko observa el ala del avión que se recorta contra el cielo. Una azafata retira su taza de té vacía. Esta es la primera vez que coge un avión: qué sosiego en el aire, qué agradable sensación de balanceo, de calma y de tranquilidad. Falta poco para aterrizar. El avión pierde altura, ligeras turbulencias, algunas sacudidas entre las nubes, masas de aire y, por fin, la tierra se hace visible: inmensas llanuras desérticas, el océano extendiéndose hasta donde alcanza la vista y, poco a poco, una mancha urbana, enorme, ancha. «Los Ángeles, prepárense para el aterrizaje». Nejiko cree que no hay nada tan hermoso como sobrevolar el mundo. Piensa en los bombarderos ingleses y sus pilotos. ¿Qué debían sentir al apretar el botón? Aquí todo es tan hermoso, tan tranquilo, tan alto, tan lejos de la gente, tan mágico. El avión se acerca al suelo y despliega con estrépito el tren de aterrizaje. Treinta metros, ya se ve la pista. Veinte metros, la torre de control, los edificios del aeropuerto. Diez metros, Nejiko apoya la palma de la mano derecha en el asiento delantero. Cinco metros, la pista de aterrizaje. Tres metros, un metro, las dos ruedas traseras tocan el suelo y luego todo a la vez: el estruendo del motor y los frenos en la pista para reducir la velocidad, la presión en la mano derecha y, por último, la sacudida hacia atrás, el alivio, unas cuantas vueltas y el avión se detiene.

Un comité de bienvenida espera a Nejiko a la salida del avión con un enorme ramo de flores de parte de los organizadores del evento. Dos funcionarios del Gobierno dan un paso atrás, pero permanecen vigilantes. Un pequeño grupo de periodistas la rodea rápidamente.

* * *

Transcripción de la conferencia de prensa de Nejiko Suwa tras bajar del avión, en la pista del aeropuerto de Los Ángeles, 13 de septiembre de 1951 (archivos de Los Angeles Times)

—Señora Suwa, ¿su presencia en este concierto es un símbolo del restablecimiento de la amistad entre nuestros dos países?

—¡Sí, por supuesto! Pero ante todo soy violinista. Vengo a tocar música, y la música transmite sentimientos universales, incluida la aspiración a la no violencia y la paz.

—¿Quien la ha invitado?

—El general MacArthur me hizo el honor. Es un amante de la música, hasta el punto de ordenar que retransmitieran Beethoven en los aviones B-59 que so brevolaban Tokio…

—¿Va a tocar Beethoven mañana por la noche?

—No. He querido volver a mis primeras inspiraciones. Mendelssohn, un compositor judío alemán a quien me han prohibido tocar durante demasiado tiempo.

—Señora Suwa, está en Hollywood. ¿Le gusta el cine? ¿Tiene pensado visitar los estudios?

—Me encanta el cine. Voy siempre que puedo. En Tokio vivo cerca del cine Hibiya. Cuando vivía en París ya frecuentaba asiduamente sus salas.

—¿Cuál es su actor americano favorito?

—¡Gary Cooper, sin duda alguna!

—Señora Suwa, ¿a quién considera el más grande compositor del momento?

—Es una pregunta difícil. No quisiera ofender a nadie...

—No nos oye nadie, señora Suwa. ¡No lo publicaremos!

—En ese caso, dudaría entre Igor Stravinski y Dimitri Shostakóvich. Pero ¡sé que lo publicarán!

—¿Es cierto que tiene familia soviética?

—Mi tía Anna huyó de la revolución bolchevique. Le gustaría poder regresar a su país, pero ahora es imposible. Probablemente esto explica mi sensibilidad hacia la escuela rusa.

—¿Cuál es la mejor escuela para una violinista?

—No hay una que sea mejor que las demás. Me influyó la escuela rusa, pero también la franco-belga cuando completé mi formación en París. Y la escuela alemana con el maestro Furtwängler. Ahora forman un todo coherente en mi universo musical.

—Señora Suwa, ¿es cierto que la encarcelaron en Bedford con una delegación de japoneses? ¿Culpa a los americanos?

—No siento rencor. Me trataron con mucho respeto y humanidad. Pero no me gusta hablar de la guerra, es el pasado. La música armoniza mejor con el aire de los tiempos; es el movimiento, la vida. A medida que tocas, cada nota crea otra y se unen para formar una melodía interior y colectiva.

Los oficiales americanos se acercan a Nejiko y la invitan a seguirlos mientras empujan cortésmente a la multitud de periodistas para abrirse paso. Se presentan: Jim Tomson y Bill Hodges, del Gobierno americano, encargados de acompañarla a todas partes durante estos tres días.

Los dos hombres cogen sus maletas —pero no el estuche donde guarda su violín, que ella conserva firmemente a su lado—, y los tres se acercan al Chrysler negro que los está esperando para dirigirse hacia la Grand Avenue, en el Downtown, donde se encuentra el hotel

Biltmore que, con sus once plantas, es el establecimiento más lujoso de la ciudad.

La desmesura del hall impresiona a Nejiko. Una recepcionista se apresura a darle la bienvenida. En recepción ya la esperan varios mensajes. Uno es de su tía Anna, para animarla. Otros son peticiones de entrevistas.

Las formalidades se despachan rápidamente. Un botones la acompaña a su suite. Nejiko le escucha comentar el origen de los frescos que va viendo por el camino, los murales, las fuentes, las columnas de mármol tallado, las paredes artesonadas de roble, las barandillas de bronce, los tapices bordados, las lámparas de araña de cristal de Murano…

34

5 de septiembre de 1951 – Hollywood Bowl, Los Ángeles.

América triunfa y Nejiko vuelve a estar en el centro de la celebración de esta victoria. Rasgos finos, pómulos altos, pelo corto, cejas negras como las alas de una golondrina... Le ha llegado el turno de pisar el escenario al aire libre, preparado para la ocasión. El maestro de ceremonias, el comediante Bob Hope, la coge delicadamente de la mano y la lleva al lado de Alfred Wallenstein, quien dirige la Orquesta Filarmónica de Los Ángeles. Los miembros de la formación la aplauden. La multitud la vitorea. La primera artista japonesa en recibir ovaciones de posguerra en los Estados Unidos.

Nejiko deja que su mirada flote sobre los artistas que la han precedido. Están ahí, en primera fila, y también la aplauden. Benny Goodman, el rey del swing, que se deshace en sonrisas con su impecable peinado y sus discretas gafas. El público ha aclamado su interpretación de The Man I Love. Clarinetista genial, es el único músico de jazz que ha actuado en el templo del Carnegie Hall con sus dos amigos Count Basie y Duke Ellington. También están el compositor Carmen Dragon, Hy Averback, John Fante, Florence George, Lester «Les» Brown con su éxito Over the Rainbow; Lionel Barrymore, poseedor de un Óscar al mejor actor y uno de los protagonistas de ¡Qué bello es vivir!, de Frank Capra; el cantante Gordon MacRae, descubierto en Hollywood; el pianista Johnny Green, ganador de un Globo de Oro, que acaba de terminar los arreglos de Un americano en París, y, por supuesto, el pianista y compositor André Previn, que ha interpretado dos estándares de jazz, Duet y Uptown. En fin, todo lo que Los Ángeles puede ofrecer en cuanto a estrellas del escenario, del cine, de la radio, de la pantalla. Artistas a manos llenas, doscientos músicos de prestigio.

Nejiko espera a que se haga el silencio. El sol, de color rojo, se pone lentamente. Está inmóvil, de pie, con el violín en la mano derecha y el arco en la izquierda; una leve brisa le acaricia el rostro... Ayer ensayó todo el día con Wallenstein y la Orquesta Filarmónica. Un trabajo agotador. En general, necesita al menos dos días para familiarizarse con una orquesta como solista. Pero aquí, su programa solo le ha dejado un día y ha resultado más difícil. Esta orquesta americana es más nerviosa, más eléctrica que aquellas con las que suele tocar en Japón. Y su director no dejó de corregir con pequeños toques, ajustando un poco aquí, luego allí y un poco más allá: los violines, el

piano, los violonchelos, los contrabajos, los fagots, las trompas, los oboes… Nejiko tuvo que armarse de paciencia. Solo intercambió comentarios con Wallenstein, nunca con la orquesta. Comentando la partitura de Mendelssohn, ella le dio sus impresiones: aquí la nota no debe ser demasiado corta, necesita un ligero legato. Allí es demasiado viril, necesita más dulzura, más redondez. Wallenstein escuchaba, anotaba y seguía con la orquesta.

Wallenstein asiente con la cabeza a Nejiko, levanta la batuta y empieza el Concierto para violín número 2 de Mendelssohn. La orquesta emite dos notas largas y cálidas; luego continúa Nejiko. El primer movimiento vibra con fervor sobre un tema allegro molto appassionato. Nejiko toca ahí notas claras y límpidas, particularmente en el momento de su solo. El segundo movimiento, andante apaciguado como un sueño despierto, revelando todo el romanticismo de Mendelssohn, conquista al público. Finalmente, el último, allegro molto vivace, acaba de entusiasmarlo con sus caprichosos toques. La interpretación es perfecta. Nejiko habría tocado aquí y allá algunas notas de otra manera, pero en general está satisfecha.

Tras unos treinta minutos de interpretación, saluda junto con Alfred Wallenstein ante las ovaciones de la orquesta y el público. Los aplausos brotan de las primeras filas y de toda la colina. Los músicos golpean sus atriles. Ella se retira entre bambalinas y recorre el pasillo hasta su camerino; la gente la felicita, los flashes destellan, «Bravos» espontáneos, sonrisas, alguna que otra petición de autógrafos.

Y cuando entra en su camerino, a quien encuentra cómodamente sentado en su sofá es a mí. Solo la estupefacción le impide gritar. Para tranquilizarla sobre mis intenciones, tengo a mi lado un magnífico ramo de flores que me apresuro a entregarle. Sin darme tiempo a felicitarla por su interpretación, quiere saber qué estoy haciendo aquí, y cuando le pregunto en francés sobre la historia de su violín, es cuando me reconoce y decide dar la cara.

Ella cree que no cometió ningún delito para conseguirlo. En su país, rechazar un regalo se considera una falta de respeto y una ofensa muy grave; el embajador Oshima nunca le hubiera perdonado tal afrenta al emperador, a quien indirectamente iba dirigido este presente…

—¡Ya estamos! Obedecer las órdenes, lealtad al emperador, siempre las mismas patrañas para exonerarse de la propia responsabilidad… Una última cosa, si el emperador le hubiera pedido que se sacrificara ¿lo habría hecho sin pensar?

Recuerdo su mirada sombría, la ira que se apoderó de su piel y de su carne cuando me contestó que, en el momento álgido del incendio

provocado por el terremoto de 1923, los maestros se habían sacrificado voluntariamente para salvar el sagrado retrato del emperador colgado en cada clase... Luego se deja llevar por su ira.

—Basta, no tengo que justificarme ante usted. ¿Cómo se atreve a molestarme aquí? ¡Váyase, no quiero volver a verlo!

Alertados por las fuertes voces, los dos oficiales se precipitan al interior del camerino, se abalanzan sobre mí y me tumban al suelo. Mientras me esposan y me levantan, grito de indignación a Nejiko. ¿Cómo tiene el descaro de desfilar con este violín frente a músicos judíos como mi amigo Previn? ¿Piensa sinceramente que solo con interpretar a Mendelssohn ya es suficiente para lavar su alma?

No veo el efecto que causan en ella estas últimas palabras porque sus guardaespaldas ya se la han llevado.

Después de seis meses detenido, me envían de vuelta a París sin poder despedirme de Stan ni de los demás...

35

Nejiko, junto a Oga, a la prisión de Sugamo.

Invierno de 1952. Una última imagen: la del Toyota llevándose a Nejiko, junto a Oga, a la prisión de Sugamo.

En el coche, él le explica su visión del nuevo reparto del mundo, donde los occidentales y los soviéticos libran una guerra encubierta, donde solo el terror nuclear congela el estallido de las hostilidades. Un telón de acero divide Europa y, en Corea, tres años de guerra pronto devolverán a los contendientes a su punto de partida. Al igual que el senador McCarthy, nada preocupa más a los americanos que el miedo a los rojos: en esta caza de brujas a cualquier precio, Japón se ha convertido en un valioso aliado en Asia.

—Todo esto puede parecer lejano y teórico —le dice Oga—, pero tiene consecuencias muy concretas.

Él habla de su situación personal y le dice a Nejiko que el Ministerio de Asuntos Exteriores lo acaba de readmitir. En los próximos días lo destinarán a la embajada de Japón en Noruega. Nejiko finge sentirse feliz por ello, pero en su diario no tendrá palabras lo suficientemente duras para describir lo que considera traición y abandono, sobre todo después de saber que esta vez lo acompaña su esposa.

Pero volvamos al coche donde Oga continúa con sus explicaciones. A partir de ahora, los antiguos líderes conservadores japoneses, antaño próximos al emperador, ya no actúan como elementos opositores. La popularidad de los presos políticos de Sugamo sigue creciendo entre la opinión pública. Sobre todo desde que Oshima convenció a sus compañeros de prisión de participar en el esfuerzo bélico para defender a los surcoreanos. La prensa se hizo eco de ello y aplaudió este esfuerzo de los antiguos líderes del régimen por confeccionar ropa y otros objetos destinados a los soldados comprometidos que luchaban junto a los americanos. Ya no cabe duda de que su liberación, e incluso su amnistía, están cerca. De hecho, reciben un trato especial dentro del recinto de Sugamo: ocupan un edificio aparte con un patio privado. También han obtenido permiso para editar su propio periódico, cuyo editorial, por supuesto, refleja todo lo malo que piensan de los comunistas. En definitiva: disfrutan de actividades de ocio de acuerdo con su nuevo estatus, como es el caso de este concierto que Nejiko está a punto de dar.

¿Es tan ingenua como para creer que este acto no será interpretado simbólicamente por los demás? ¿O está actuando para honrar la

promesa que le hizo a Oga? ¿O quiere demostrar que es libre como siempre lo ha sido y que su música le pertenece a ella y a nadie más? Otra hipótesis: ¿ha recibido la bendición de los americanos para este concierto en honor a los prisioneros de guerra? Mi única certeza: ella nunca habría tocado frente a un público de comunistas japoneses.

El director del establecimiento les da la bienvenida en medio de una neblina invernal, en la escalinata del edificio principal, con sus paredes de ladrillo pintadas de blanco. Les invita a seguirlo hasta el edificio de los presos políticos, después de que un fotógrafo haya inmortalizado la escena.

Docenas de caminos austeros separan los edificios dispersos; hay guardias que patrullan por todos los rincones, torres de vigilancia y alambres de púas en la parte superior de los muros que se elevan hacia el cielo. El único color que realza la imagen: la flor roja de una pequeña camelia de invierno al pie del barracón de los presos políticos.

A medida que el grupo se acerca, el guardia de turno se cuadra y luego abre la puerta. En el interior, dos soldados más los esperan en medio de un ambiente húmedo y frío. El director indica con un gesto de la mano que no es necesario inspeccionar el estuche del violín de Nejiko. El grupo prosigue su recorrido por un corredor amplio, bajo y recto, iluminado cada diez metros por luz artificial. De vez en cuando, se topan con rejas que ralentizan su avance, momento en que el director coge la correspondiente llave del manojo. Se desvían hacia otra ala; ahora, a ambos lados del corredor hay celdas donde los prisioneros están sentados en el suelo, sobre colchones de paja. Ruidos desagradables, pasos que retumban en el suelo, el tintineo de llaves que entrechocan. Rígidos dentro de sus uniformes, los guardias parecen impregnados del ambiente metálico del lugar.

Finalmente entran en una sala grande con paredes opacas, de un color claro. El comedor se ha transformado para la ocasión: han quitado las mesas y han colocado tatamis frente a un atril. Pasan unos minutos; los primeros prisioneros se acomodan mientras el director le recuerda a Nejiko la prohibición formal de hablar con los reos. Los guardias, apostados de pie a intervalos regulares, vigilan la sala, pero la calma y la disciplina del público hacen casi superflua su presencia. Oshima es el último en entrar; a continuación todos se sientan en silencio en los tatamis, con las piernas dobladas.

Sin esperar, Nejiko empieza a tocar. Y siempre me hago la misma pregunta. Al imaginármela interpretando el Concierto para violín número 3 de Mozart frente a presos condenados por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, pienso en qué mensaje quiere

transmitir con su música. ¿Qué historia quiere contar? Los archivos de la prensa japonesa me dieron una pista, un punto de referencia: en 1952, la opinión pública japonesa ya miraba con más indulgencia y piedad a sus antiguos líderes y altos dignatarios, en otro tiempo cercanos al emperador. ¿Por qué imaginar que Nejiko iba a ir en contra de su época y de las ideas predominantes en su país? ¿No es ella precisamente un perfecto icono de Japón en sus luchas y vaivenes entre la modernidad, la autoridad y la tradición?

Una vez extinguida la última nota, se impone un largo silencio. Toda la sala calla, no se oyen murmullos ni aplausos. Suponemos que Nejiko, inquieta, mira uno tras otro los rostros, las bocas entreabiertas, los rasgos congelados. Obviamente esperaba, si no una aclamación, sí al menos una señal de agradecimiento... Pero nada. Solo este vacío que tanto odia. Vuelve a sentir esa angustia, ese miedo visceral que la ha llevado desde niña a querer precisamente coger un violín y hacer que surja ese sonido que la estremece, como nos estremece a todos, para llenar ese vacío. Le gustaría gritar: «¡Eh! ¡Oh! ¡Se acabó! ¡Pueden aplaudir!». Pero los guardias ya están ordenando a los presos que se levanten y formen filas para regresar a sus celdas. El director, que ha adivinado su confusión, se acerca a ella, pero sus explicaciones sobre la obligación de silencio impuesta a los reos llegan demasiado tarde.

Final

El tiempo pasa y, poco a poco, Nejiko se encierra en un largo silencio.

Ahora se acabó. El mejor capítulo de su vida ha quedado atrás.

En su vida, donde se mezclan y entrelazan tantos hilos, ahora nada enciende la pasión, todo parece insulso y aburrido. Las estaciones pasan una tras otra en medio de un ambiente monótono y Nejiko asiste impotente al marchitamiento de su vida.

Entonces, ¿qué es la música? ¿Un breve sonido entre dos silencios? ¿Un largo silencio entre dos melodías?

Ha vivido. Ha viajado por todo el mundo, pero ahora ha decidido dejarse llevar. Pasa días enteros en su piso, detrás de la ventana, observando a los transeúntes, contemplando el fluir de la vida en otros lugares. Tumbada en el suelo, se queda durante horas escuchando los sonidos de la habitación. Los memoriza, los clasifica, los enumera: desde los más anecdóticos, como el de la gota de agua que se estrella contra un plato de bambú olvidado en el fregadero, hasta los más melodiosos, que ensambla y traduce mentalmente en música.

¿Qué ha sido de sus sueños y de sus ilusiones? ¿Alguna vez volvemos a ver las quimeras de antaño, las melodías que se han evaporado?

Quizá sea mejor dejar que hable ella. Tiene treinta y cinco años, y escribe estas líneas:

«Siempre he pensado que el peor sentimiento es la amargura. Y es exactamente el que vive en mí ahora mismo. Me he vuelto muy amargada. Mis años más felices fueron los que pasé en Europa. Quisiera gritar con la alegría que experimentaba en ese período en que el impulso vital y el musical estaban íntimamente ligados. Pero ¿qué puedo hacer hoy? ¿Cómo saborear esos momentos del pasado? ¿Resultaba adecuado sentir, a nivel personal, la felicidad y el amor cuando la destrucción y la muerte triunfaban por doquier? Y ahora que en el mundo reina la paz, ahora que la alegría de vivir y la despreocupación inflaman el futuro, estoy triste, con todo mi ser, mucho más de lo que he estado nunca».

Nejiko se siente abandonada. La incomoda algo que finalmente consigue materializar: ayer partía sola hacia Europa y dejaba a su familia en Japón. Hoy, todos la abandonan y la dejan sola aquí, con su violín. Se convence a sí misma de que, a partir de ahora, su vida no será más que un tejido de dolores solitarios.

Después de Oga, es su tía Anna quien la deja. Tras la muerte de

Stalin, cumple su palabra y regresa a Abjasia, cerca del mar Negro, en el sur de la Unión Soviética, donde pasó su infancia. Y cuando Nejiko le pregunta si le mandará más noticias que Oga, Anna se divierte contándole la historia de las tres mariposas.

—La primera dice: «He visto la llama del amor». La segunda exclama: «Mis alas han padecido las llamas del amor». La tercera no dice nada, se arroja al fuego y muere consumida. Solo la última mariposa ha conocido verdaderamente el amor. —Y esperando animar a su sobrina a retomar el violín, le dice—: La música es una pasión mucho más sabia que el amor. Confía en mi experiencia.

Tras el fallecimiento de su madre el 30 de noviembre de 1954 —el mismo día que el de Wilhelm Furtwängler, no existen las casualidades —, el silencio cobra la entidad de una persona en la vida de Nejiko. Nunca es fácil sobrellevar la muerte de un ser querido: cada uno lo supera a su manera, pero ella lo niega.

«¿Qué supone para mí que alguien esté vivo? —escribe—. Solo escuchar su voz. Entonces, ¿dónde está la diferencia? Incluso muerta, mamá sigue viva para mí, porque continúa hablándome».

Es difícil no ver en estas líneas una manifestación de su vergüenza por no enfrentarse a la realidad. Esa realidad que siempre se ha preocupado por alejar de ella y que, sin embargo, siempre vuelve con violencia.

Circulan rumores sobre el origen de su violín, surgen sospechas que muy pronto se convierten en reproches. Desafío. Disonancias. Nejiko no soporta estas sospechas, que llega a calificar de mezquindad cuando se entera de que no solo provienen de periodistas, sino también de otros músicos japoneses. Todo este alboroto melifluo y disimulado, que ella toma por perversidad, acaba por hundirla en lo que sus médicos diagnostican como distimia: una depresión, en definitiva.

Una depresión que durará quince años. Un día recibe una carta anónima con un ejemplar de la primera edición japonesa de Anne no Nikki, El diario de Ana Frank. Anota en su cuaderno estas líneas sacadas del libro, sin más comentarios:

> Me resulta absolutamente imposible construirlo todo sobre una base de muerte, de miseria y de confusión. Veo cómo el mundo se va convirtiendo lentamente en un desierto; escucho cada vez más fuerte el es truendo de un trueno que se acerca y que también nos matará a nosotros. Siento el sufrimiento de mi llones de personas y, sin embargo, cuando miro al cielo, pienso que todo acabará saliendo bien, que esta brutalidad tendrá un final, que la calma y la paz vol verán a reinar en el mundo.

¿Qué parte de estas líneas le resulta más inspiradora? ¿El final, «que todo acabará saliendo bien», o más bien el principio, la imposibilidad de construir sobre las brechas del alma? ¿Establece un paralelismo inconsciente con su propia capacidad de producir sonido puro a través de su violín, ese instrumento ofrecido por Goebbels, ese hombre al que ahora considera un asesino? A menos que no sea el párrafo entero, su todo coherente, la alegoría que encarna.

La realidad es un todo sin detalle, pero, a su vez, un todo que solo se deja atrapar por una acumulación de detalles, de modo que omitir uno de ellos ya supone distorsionarla.

Un detalle que no engaña: Nejiko ya no toca, ni siquiera unas notas. Ha renunciado a sus giras y, aunque la polémica sobre su violín se desinfla rápidamente, prefiere mantenerse en un segundo plano. A los pocos periodistas que aún se interesan por ella y le preguntan sobre esta hibernación musical, les responde, sin que yo pueda afirmar si lo dice en serio o no, que los tiempos han cambiado, que el jazz de Davis, el folk de Cohen y el pop de los Beatles han arrasado con todo a su paso y que ahora la gente lo que quiere es participar, gritar, cantar y bailar. En esta nueva era musical, si los ritmos son binarios y simples, si carecen de matices, mejor. Un preludio de la diversión.

Signo de un progresivo desplome de la época, también cede, desde la llegada de las imágenes en color, a los encantos de la televisión. Su nueva forma de ver el mundo a bajo coste. Ya no hace historia, sino que observa, desde su salón, la historia en movimiento.

El 10 de octubre de 1964 rechaza la oferta del emperador para actuar en la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos de Tokio, los primeros en Asia. Demasiado miedo a una nueva controversia sobre su violín. Qué más da. Sentada cómodamente frente a su televisor, aprovecha el instante como si estuviera allí, con los noventa mil espectadores del gran estadio olímpico, los doce mil globos de todos los colores, las ocho mil palomas que levantan el vuelo hacia el cielo y, luego, otro símbolo —porque... ¿acaso la Historia está hecha de otra cosa?—: la entrada en el estadio del joven atleta Yoshinori Sakai, nacido en Hiroshima el día en que explotó la bomba. Recorre el estadio portando la llama olímpica como estandarte, sube al podio y, frente al mundo que se tranquiliza después de que americanos y soviéticos hayan firmado un acuerdo de convivencia pacífica, prende fuego al pebetero con un poderoso e irresistible aliento de paz.

Sin embargo, la paz siempre es frágil cuando no se basa en un trabajo vigilante de la memoria. Ese día, ¿quién recuerda que fue Hitler quien introdujo el símbolo del relevo de la antorcha olímpica en los Juegos de Berlín de 1936? Nejiko no y, sin embargo, ella debería

recordarlo mejor que nadie. Pero este momento televisado la sumerge en otros recuerdos.

De niña le hubiera gustado practicar más deporte, inspirar a pleno pulmón, espirar, saltar lo más lejos posible, lo más alto posible. Correr, sí, correr, con el pelo suelto al viento, sentir con más vigor la fuerza del cuerpo, de las piernas, la contracción de los músculos, notarse sofocada una vez cruzada la meta y luchar, en un estertor, por absorber el aire, frenar la sensación de ahogo y calmar la exaltación de su corazón.

Nejiko no para de pensar. Por la noche empieza a hablar con sus jueces imaginarios. «Seguro que si hubieran vivido la guerra como yo...». Comienza frases que nunca termina. «Solo tenía veintitrés años… Era muy joven… Nunca he…».

Se hunde en la noche. Sin música, el tiempo no existe.

Tiene que salir de la oscuridad.

La luz viene de donde ya no lo esperaba. En 1967, a la edad de cuarenta y siete años, recibe su primera carta de amor. Una carta habitada por palabras sensibles y poderosas, bellas, largas, apasionadas. De esas que inflaman los sentimientos con los que, al final, todo se ve hermoso y resplandeciente. El cielo y su intenso azul celeste. El piso irradiado de luz. Una vida que parece, tal vez, capaz de retomar su curso, como si un rayo de sol volviera a hacer parpadear su corazón.

Es Oga, por supuesto. ¿De qué sirve guardar una parte de resentimiento cuando finalmente llega la felicidad? Ella no lo piensa demasiado. De todos modos, ¿qué otra opción le queda? Se aferra a esta carta como a un salvavidas, como ya había hecho en otros tiempos con el viejo lutier parisino.

Una ola, un latido, un movimiento, el tiempo se reinicia y acelera, y también los sonidos, el final del silencio. Se prometen ir a vivir juntos a Europa para volver a visitar París.

Inspiración, aliento, impulso. Al año siguiente deciden casarse.

¿Y después?

Y después, el rumor del mundo se convierte solo en una melodía lejana para Nejiko. Ella y Oga decidieron volver a vivir en Alemania. Aterrizaron en Colonia en octubre de 1968. A Oga lo nombraron director del Instituto Cultural Japonés. Elogió esta ciudad de músicos que vio nacer a Jacques Offenbach y a Max Bruch, e incluso al canciller Adenauer.

Es la primera vez que Nejiko pisa suelo alemán desde 1945. Una

impresión sobrecogedora. Nuevos edificios en construcción por todas partes, grúas gigantes, grandes infraestructuras que apenas emergen del suelo. Dicen que, a diferencia de las personas, las ciudades nunca mueren. Tras ser arrasadas, vuelven a crecer. Tras ser destruidas, resucitan. Tras ser pisoteadas, ni siquiera se hunden. Pero algunas, como Tokio, Berlín, Dresde, Hamburgo, Le Havre, Hiroshima, Stalingrado, Brest, Nagasaki, Rostock, Caen, Colonia y otras más, ya no se curan, sus heridas y quemaduras están en carne viva. Obligan a los hombres —a los vivos— abrumados tras haber perdido en un suspiro toda la profundidad visible y acumulada del tiempo, a empezar de nuevo, a subir otra vez hacia el cielo para luego volver a descender, inevitablemente, y empezar una vez más. Heridas abiertas, jirones urbanos, incendios cuyas cenizas aún se arremolinan en el aire para quien sepa distinguirlas, fracturas irremediables, lesiones profundas, campos de miserable polvo ofrecido a los caprichos del viento, tantos traumas al ver la belleza de los tesoros pacientemente construidos y reunidos a lo largo de los siglos destruida para siempre.

Esto es, en esencia, lo que su chófer les cuenta a Oga y Nejiko. Se llama Frantz y habla con los ojos brillantes de esta ciudad —su ciudad —, de la nueva ópera que siempre está llena en las noches de concierto, de los trenes que pueden volver a cruzar el Rin sobre el puente Hohenzollern, así como del Deutzer Brücke y el Severinsbrücke, reconstruidos para el paso de los coches. Habla de la primera línea de metro, recién inaugurada, que permite ir desde la Estación Central hasta la Friesenplatz; también evoca los tesoros que se conservan en la catedral, sus reliquias de los Reyes Magos. Al final de la guerra, solo quedó esta en pie, la segunda más alta del mundo. Lo que no menciona, sin embargo, es la frialdad de la ciudad, las casas oscuras que se ahogan en la espesura gris de las nubes, la austeridad, la severidad de la gente.

El tiempo pasa y, un mediodía, al regresar de un paseo sin rumbo por las calles, Nejiko se entera por su criada de que un caballero que se presenta como un viejo conocido de París le ha dejado una nota: «Estoy de paso por un día en Colonia. Nos vemos a las tres en punto dentro de la catedral. Herbert Gerigk».

A Nejiko le zumba la cabeza, los recuerdos estallan dentro de ella, el tiempo se escapa.

En la oscuridad de la catedral, ella no lo reconoce de inmediato. Ha cambiado. Tiene el pelo blanco, al igual que sus pobladas cejas. Rollizo, su rostro sigue siendo el de un hombre de sangre caliente, lleno de pasiones brutales y de pesados apetitos terrenales. Se enorgullece de anunciar que presenta hoy en Colonia su Diccionario

de la música, publicado gracias a la generosidad de la editorial Hanefeld, la misma que había publicado su Diccionario de los judíos en la música. Le habla a Nejiko de la vida apacible que lleva en Bochum, una ciudad tranquila entre Dortmund y Colonia, y de su trabajo como crítico musical para el periódico local, el Dortmund Ruhr-Nachrichten.

Ante el asombro de Nejiko, sí reconoce tener algunas «dificultades administrativas», en especial las de una comisión de investigación de la Oficina Federal Alemana de Restitución Externa que lo acusa de malversación y confiscación de instrumentos y material musical en Francia y en la Europa ocupada. O incluso esos celos, en particular el episodio en el que algunos músicos —incluido Carl Orff— se opusieron a su nombramiento en la administración, pero nada realmente preocupante. Quita importancia a todo esto citando al canciller Adenauer: «Olvidar las propias faltas es la más segura de las absoluciones».

En vista de que Nejiko guarda silencio, él le pregunta medio en broma por su Stradivarius. Con un tono falsamente inquisitivo, bromea, acusándola de haberse planteado sin duda venderlo al mejor postor judío, ya que podría ganar una considerable fortuna con él. Ante estas palabras, Nejiko le asegura que ese violín solo le ha causado problemas y le dice que ese instrumento al que él aún se refiere como un Stradivarius es en realidad un Guarneri.

—¿Un Guarneri? ¿De dónde sacas esas tonterías?

Nejiko se lo explica y Gerigk reconoce que es posible que su revendedor alsaciano le hubiera mentido, y una vez más interrumpe la discusión:

—En cuanto a saber lo que él estaba haciendo y si robaba violines a los judíos, ¡no me preocupaba y aún hoy sigue sin preocupar a nadie!

Todo esto dicho con la misma desenvoltura de Göring en el juicio de Nuremberg, cuando afirmó que nunca había tenido conocimiento de crímenes contra los judíos y condenó, con voz trémula, esas espantosas masacres que no era capaz de comprender.

Para Nejiko se acerca el momento de regresar a Japón. Sabe que nunca lo abandonará.

Cuando se marcha definitivamente de Europa, me manda un telegrama. Con la perspectiva del tiempo, cómo no ver en él una primera llamada de socorro para ayudarla a restaurar una parte de la verdad.

Tengo el telegrama frente a mí; dice lo siguiente:

Sería mejor que mis acusadores se interesaran por un tal Gerigk, Herbert

Gerigk, que vive en Bochum. Con él encontrará usted la clave.

Nunca fui a Bochum ni busqué a Gerigk. No estoy orgulloso de ello, pero al menos tengo el valor de admitirlo.

Cada uno persigue sus propios fantasmas, sus almas condenadas, las notas contaminadas de la música del pasado.

¿Nejiko Suwa tocaba con el violín de Lazare Braun, como afirmaba ese lutier parisino?

Lo ignoro.

¿Quién es Nejiko Suwa?

Una célebre violinista japonesa cuya vida romántica ha pasado a formar parte la historia, pero sobre todo una mujer que se esconde de mí, de nosotros, con sus sombras, sus enigmas y sus secretos. Toda vida alberga el misterio.

Se dice que lo que no se sabe hay que inventarlo. Intentémoslo.

Noviembre de 1983, Tokio. Hallamos a Nejiko en Japón.

Para cerrar definitivamente este pasado complicado y pesado, decide dejarse invadir por la música y ofrecer un último concierto después de treinta años de silencio.

Nejiko tiene sesenta y tres años y en el coche que la lleva a esta fiesta de despedida, a través de las luces que iluminan la ciudad y su perfil, contempla una ciudad, Tokio, que definitivamente transita hacia la modernidad y sigue ganando altura. Shinjuku, Shibuya, Roppongi, Park Avenue, el hotel Keio Plaza... todas estas torres aplastan ahora las ruinas de un pasado hundido en sus cimientos. El Sunshine Building y sus doscientos cuarenta metros de metal y acero ocupan el sitio exacto en el que antes se encontraba la cárcel de Sugamo.

La vemos en su camerino; se concentra, escucha su propia respiración. Poco a poco, sus músculos se relajan y se distienden. Coge su violín, lo deja en el regazo y lo acaricia delicadamente como solía hacer. Contempla el instrumento, pero esta vez no le habla. Escucha su silencio. Es entonces cuando el timbre de su alma se le manifiesta: tiene el sonido de gritos aterrorizados, de aullidos, de sollozos, del chirrido agudo de trenes que frenan en sus vías, de todos los alaridos desesperados de las almas prisioneras en su cuerpo.

Un golpe en la puerta del camerino: «Es su turno, señora Suwa. Un minuto». Se levanta con su violín, abre la puerta y sigue a este fantasma que la guía por el pasillo. Un escalofrío le recorre el cuerpo. Se imagina a todos esos muertos en el frío del barro, con la piel roída por los gusanos y los huesos mezclados con la tierra. El fantasma se da la vuelta. Se parece al Kaminari al que tanto temía de pequeña, el dios

del trueno vestido con un taparrabos de piel de tigre que se come el ombligo de los niños demasiado despiertos.

Llega frente a un inmenso velo negro que ondula, se arremolina y amenaza con envolverla. «Diez segundos, señora Suwa».

Presa del pánico, busca desesperadamente la luz, un diminuto destello que la guíe hasta el escenario. En vano. Su cabeza y su cuerpo están atrapados en un torbellino; coge el violín con todas sus fuerzas, lo que no hace más que amplificar el eco de esas voces roncas que ahora escucha claramente, que le imploran y le ruegan que las libere...

El fantasma ha cambiado de apariencia, ahora tiene los rasgos de un joven de rostro demacrado; la piel que cubre sus huesos le confiere la silueta de un muerto. Camina hacia Nejiko con pasos tambaleantes, con un violín en la mano exactamente igual que el suyo. Él la mira con sus ojos vacíos, huecos; intenta articular algo, abre dolorosamente la boca, lo intenta varias veces y acaba pronunciando en francés, con voz entrecortada: «Así es como interpretamos sinceramente a Mendelssohn... Déjeme que la guíe».

Mientras apoya el violín en el hueco del cuello y coge el arco con la otra mano, se abre el telón y la luz ilumina el escenario. Nejiko se encuentra sola frente a los focos que la ciegan, aferrada a su violín, y surge una primera nota. Solo ella es capaz de enmarcar el silencio de los muertos.

Agradecimientos

Toda mi gratitud a mi editor, que no dejó de animarme durante el proceso de creación de esta primera novela.

Gracias a Caroline Faure, amiga y compañera de clase desde hace mucho tiempo, por sus valiosos consejos.

Gracias a Anthony L. y Julie N., por su ayuda material y lingüística en Japón durante mis muchas estancias en ese país. Gracias a ellos descubrí el increíble café Le violon en el barrio de Asagayakita de Tokio, donde todavía se pueden escuchar grabaciones sonoras de Nejiko Suwa.

El violín de Goebbels es, en cierto modo, una novela histórica, en el sentido de que a veces me he tomado, para las necesidades del relato, algunas libertades con los archivos, sobre todo reproduciendo diálogos que no están sacados directamente en su totalidad de una fuente precisa.

Me resulta difícil dar cuenta de la atenta acogida y la disponibilidad que los investigadores me dispensaron durante los años que he pasado documentándome. Me gustaría mostrar un agradecimiento colectivo a las instituciones públicas internacionales que trabajan en la recuperación de la memoria y, en especial, al IFZ (Institut für Zeitgeschichte) de Múnich y al Yad Vashem World Holocaust Remembrance Center de Washington, con una mención muy especial para las de mi país, en particular los Archivos Nacionales y el CDJC (Centro de Documentación Judía Contemporánea).

Entre las publicaciones especializadas, esta novela se ha beneficiado en gran medida de la obra de Willem de Vries, Commando Musik: comment les nazis ont spolié l'Europe musicale (Éditions Buchet Chastel), de las fascinantes conversaciones entre Haruki Murakami y Seiji Ozawa relatadas en Música, sólo música (Tusquets), pero también del cautivador libro de Hyacinthe Ravet Musiciennes: enquête sur les femmes et la musique (Éditions Autrement).

Esta novela también se basa en testimonios de músicos, famosos o anónimos, publicados o hallados en foros dedicados a la música, el jazz y el violín. También me siento profundamente en deuda con Clara

B., violinista, que se tomó su tiempo para ayudarme y nunca dejó de enseñarme cosas sobre la música y las particularidades de este instrumento, así como con Maude Antoine, estudiante de doctorado en la EHESS, por su atenta relectura histórica.

Finalmente, me gustaría dar las gracias a amigos muy cercanos sin los cuales este libro probablemente no habría visto la luz: Frédéric Potier (delegado interministerial para la lucha contra el racismo y el antisemitismo), David Medioni (fundador del Média littéraire Ernest), Yves Douet (director literario del festival Impressions d'Europe), Nicolas Cardou, Fabien Tastet y Simon Munsch. Cada uno de ellos sabe lo que les debo.

A mi madre (melómana), a mi padre (saxofonista aficionado), a mi hermana y, sobre todo, a Esmée y Jeanne: que nunca abandonen el camino que les inspira.

* Versos de un poema de Isidore Ducasse. (N. del T.)

Título original: *Le Stradivarius de Goebbels*

© 2021, Slatkine & Cie
© de la traducción, 2022 de Josep Escarré Reig
© de esta edición, 2022 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.,
Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2022

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.o B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19004-36-9
Código IBIC: FA
DL B 10.942-2022

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Emma Camacho

Imagen de la cubierta: © Anna Buczek / Trevillion Images; © Oleksandr Kostiuchenko / Shutterstock

Conversión a formato digital: www.acatia.es
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos